



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

RESILIENCIA

Crónicas de mujeres migrantes y afro descendientes en Chile

FLORENCIA RIOSECO RETAMAL

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA
Categoría: Crónica periodística

PROFESOR GUÍA: JOSÉ MIGUEL LABRIN ELGUETA

SANTIAGO DE CHILE
OCTUBRE 2019

Agradecimientos

A mi madre: Por el trabajo de toda una vida, la incondicionalidad de su amor, bondad y confianza, y por último, por la enseñanza de la rectitud humana. Al Agustín, mi alma gemela y mi amiga, por tanta paciencia, compañerismo y amorosa edición. A mis amigas y hermanas, siempre con la palabra en la comisura de la boca. A la Valelito: Por la nobleza de su corazón, el compañerismo, el apoyo, la constante transformación de nuestro vínculo a partir de lo que comunicamos, su pasión por la justicia y la ternura de su amor. A las mujeres de Micro Sesiones Negras y a todas quienes abrieron sus historias con la sola voluntad de ayudar a convertirme en periodista. A Juana, Yaramil, Tamara y Melissa. A Andrea Valdivia, porque siento que inició un camino que jamás pensé explorar. A África, todo mi respeto y gratitud, por los ritmos que me dan razón de vivir, y las maestras que abrieron el camino; Toffy, Flor. ¡Gracias!

Índice

Introducción	
Exóticas: los conceptos que deshumanizan a las mujeres afro en Chile.....	5
Capítulo I	
La número 300 mil.....	15
Capítulo II	
La santera.....	47
Capítulo III	
La bailarina.....	80
Capítulo IV	
La cantante.....	106
Epílogo.....	127
Bibliografía.....	134

Notas aclaratorias

1. Varios de los nombres de las personas han sido modificados para proteger su identidad.
2. Muchos de los adjetivos están escritos de la manera en que las protagonistas se refieren a ellos. Por ejemplo: *pacos*, *Dominicana* (en vez de República Dominicana), *krèyol*.

Exóticas: los conceptos que deshumanizan a las mujeres afro y migrantes en Chile.

“Lo exótico es lo extraño, es lo deshumanizante, porque a ti no te va a aparecer una persona como exótica cuando tú la ves y la reconoces como humana”

Juliette Micolta¹.

La abuela de Carolina Amaral (23, Brasil) se sentó a mirar el fuego del brasero. Era una noche extrañamente fría en Salvador de Bahía. El mar coreaba olas suavemente y de vez en cuando, la brisa del viento se colaba por la ventana para redondearle juguetona la coronilla. De pronto, la mujer realizó un movimiento. En el llano de la oscuridad, cogió una peineta de metal y la acercó al fuego. Las llamas azuladas le devolvieron el reflejo de su cabello negro, rizado, chascón.

Con la ayuda de un guante, sacó el peine y sintió penetrar el calor a través de la tela. La palma de su mano se humedeció por la temperatura. A continuación, fue rápida. Botó todo el aire que contenía en el pecho y luego abrió las costillas aspirando una bocanada grande. Su cuerpo se contrajo levemente; la espalda se arqueó al tiempo que alzó los brazos y pasó la peineta escuetamente, de manera frígida.

Desde un pequeño espejo colgado en la pared, su imagen le dio una sensación extraña. Cada cierto tiempo debía enfrentarse a ella, la mujer que en el espejo tenía el pelo repentinamente negro y lacio, como una doncella, o sencillamente como otra mujer, una que no era ella.

Se tomó un segundo antes de seguir. De a poco, todo rastro de africanidad se desvaneció por completo de su cabeza. Todo, menos lo más evidente-por supuesto-el peso de su piel.

¹ Estudiante de Sociología, activista política en Micro Sesiones Negras.

Las mujeres afro tienen un peso de la piel diferente a las mujeres blancas o mestizas. Un peso, o quizá una marca, dada por el señalamiento de la sociedad racista.

Años más tarde, Carolina Amaral recordaría la imagen de su abuela brasileña como un símbolo histórico de la opresión. Ahora vivía en un lugar diferente, Santiago de Chile; sin embargo, los que conocen la realidad de la migración, saben que las imágenes de los lugares en que hemos nacido nos acompañan durante toda la vida. A veces son recuerdos borrosos, como en la penumbra de un sueño, y otras, increíblemente vívidos, lúcidos; aparecen fugaces por la vista como si pudiéramos tocarlos con la punta de los dedos. Su abuela navegaba por sus memorias con esa delicadeza. Y con el paso del tiempo, esa memoria adquirió también una verdad política. El sometimiento de la identidad negra al blanqueamiento desde lo más evidente: un acto estético.

Pero en Santiago no todas las mujeres blancas y mestizas son conscientes de la profundidad de esa reflexión. A Carolina se le resiente el estómago cuando observa cómo algunas mujeres blancas se apropian de elementos que históricamente han sido utilizados por las mujeres afro, como las trenzas y los turbantes, pasando por alto el valor que emana genuinamente de ellos; símbolos de resistencia. Sabe que carecer de simbolismo no conforma el agravio, este se encuentra en la expresión de la desigualdad: las mujeres negras pierden espacios por ser negras y cuando se apoderan del uso de trenzas y turbantes se vuelven socialmente más negras aún, más visibles, más exóticas. Las mujeres blancas mestizas carecemos de ese peso sobre la piel. Porque ser exótica bordea peligrosamente el límite con ser humana. Ser exótica es más bien lo opuesto a ser humana, es derechamente deshumanizante.

Y por eso, cuando una mujer se acercó a pedirle una fotografía a Camila (25, Brasil) durante un festival en el Movistar Arena de Santiago, ella le respondió que no. “Es por tu pelo”, indicó, como si fuera una explicación genuina, pero Camila repitió su respuesta: “No”, le dijo, y la mujer quedó pasmada. No se fue en seguida. Miró a Camila largamente, incapaz de comprenderla. Vaciló un poco más y abrió los brazos, en señal de acercamiento. Camila frunció el ceño y su boca formó una mueca de risa: “¿Espera que la abrace?”, pensó, “No le voy a dar palmaditas en la espalda, si eso es lo que pretende”, se dijo.

Carolina y Camila se reunieron muchos años después a la auto imposición moral-fue el racismo lo que la convirtió en costumbre-de la abuela. Ya se habían visto a ellas mismas a través de los ojos de los demás, conscientes de que el mundo está anclado en las vigas del racismo. La sociedad no ha cambiado demasiado. Todavía arrastra la historia que a todo país latinoamericano le ha costado enfrentar: un pasado esclavista.

En medio del camino que implica releer la propia identidad con ojos antirracistas y feministas, descubriendo a través de eso heridas fuertes del pasado que las formó como mujeres afro descendientes, también se encontraron con Juliette (27), de Colombia.

Para las tres, llegar a Chile solo evidenció lo que habían venido discutiendo en los países donde nacieron: ser una mujer afro descendiente es ser una mujer que resiste con fiereza a un mundo misógino, racista y patriarcal. Y encima, ser una mujer migrante significa lidiar con la xenofobia.

Juliette volcó la fuerza que emana de resistir a esos paradigmas a través de la militancia, creando la colectiva de mujeres migrantes y afro descendientes, Micro Sesiones Negras, donde Camila y Carolina también participan.

En Micro Sesiones Negras saben que hacer visible la lucha afro se transforma en un quehacer muy urgente en un lugar como Chile, un país que ha demostrado ser ingrato tanto con personas indígenas-como en el caso del Wall Mapu-, como con afro descendientes chilenos, cuyo reconocimiento constitucional como pueblo tribal ocurrió recién en 2019 después de veinte años de activismo de organizaciones como Oro Negro o Luanda.

Las mujeres negras chilenas y las que habitan el territorio de Chile debieron, entonces, reunirse en torno a la falta de reconocimiento y visibilidad, algo que el país no provee ni garantiza. El 25 de julio de 2019 a la histórica marcha con motivo del aborto libre en el país se sumó otro precedente de lucha: el día de la mujer afro latina, afro caribeña y la diáspora.

Micro Sesiones Negras creció. Junto a otras colectivas de mujeres como Negrocéntricas y Colectivo Luanda (Arica) se encontraron con la Coordinadora Feministas en Lucha y realizaron en conjunto la construcción de las dos banderas políticas que levantarían ese día.

El feminismo de Chile estaba saldando su deuda histórica: la de respetar el espacio de las mujeres negras como individuos con circunstancias políticas diferentes en el contexto de la opresión. Porque sí, importa el peso de la piel. Y el peso de la piel que tenemos las mujeres blancas no es el mismo que el de otras mujeres más oprimidas aún. En nuestra piel blanca, se encuentra al mismo tiempo que la hegemonía, el hecho de pertenecer a un pasado privilegiado, a un pasado esclavizador.

Unir las dos luchas significaría exactamente eso. Que las mujeres blancas también delimitaríamos nuestra tarea a no negar los espacios, a no marchar delante, mientras las mujeres negras marchen detrás². Que el feminismo será antirracista, o no será.

Llegaron entonces las mujeres. Llegaron las mujeres negras. Y sin embargo, no marcharon completamente libres por la Alameda. Y ¿cómo caminar libres? algunas de ellas iban indocumentadas o aún en proceso de regularización migratoria que, ante los ojos de la policía, es lo mismo.

Se sintieron amenazadas, como si el solo hecho de existir constituyera objeto de sospecha; en la experiencia de las mujeres de Micro Sesiones, ser una mujer negra en Chile es ser una mujer señalada.

Si se causaban disturbios, quienes estaban indocumentadas podían tener un desenlace brutal. Serían señaladas doblemente, ¡triplemente! Por ser negras, por ser migrantes, por ser ilegales.

² Han sido reiteradas las apelaciones a las mujeres feministas blancas desde el feminismo negro, desde Soujerner Truth (Feminismos negros, una antología, 2012), en adelante. Esta referencia es explícita a “¿No soy yo una mujer?”, texto de Truth que se considera fundacional del feminismo negro y que fue expresado en la convención de los derechos de la mujer en Ohio (1851). Este surgió en medio del debate por el sufragio femenino, movimiento que ha sido calificado como racista, por mantener la diferencia entre mujeres blancas y negras. Dicha diferencia se manifestó muy visible en las protestas del movimiento, cuando las blancas caminaban delante, y las negras, detrás. Para los detalles de una discusión más contemporánea, véase bibliografía Bidaseca, K (2012).

Carolina deseó que todas las mujeres que marchaban tuvieran consciencia de ese hecho. Sin embargo, luego de un rato, un par de personas las increparon por no violentarse. Fue extraño. Las interpelaron por no expresar suficiente rabia, no seguir la corriente del desmán. Pero no era ausencia de rabia. Acaso fuera la rabia un sentimiento global a estas alturas. Era más bien un acto de protección, por supuesto. Las consecuencias para una mujer indocumentada que comete desordenes en la vía pública serían mucho más graves que para mujeres chilenas. Esos pequeños sucesos demostraron que aún estamos lejos de comprender las circunstancias históricas y sociales de la diversidad de mujeres que militamos el feminismo.

Y aunque por un lado el feminismo va saldando sus deudas muy de a poco (esto no necesariamente constituye una proeza); por otro, ha sido el Estado el que se ha quedado atrás, sorteando sus cartas perezosamente. El sistema público ha sombreado sus responsabilidades políticas subrepticamente, manoseando proyectos de leyes, vociferando medidas administrativas. Y en el entretiem po, las mujeres han muerto.

“Como en el caso de Rebe ka”, dice Juliette, y su rostro no se eriza más que de lo costumbre. Lo dice porque lo sabe cierto, lo afirma porque no solo lo ha visto, ha puesto el cuerpo en la experiencia.

Rebe ka Pierre sabía que le pasaría algo ese día. No era un rumor de la intuición, no era un berrinche superfluo. No sería muy estúpido deducir que su profesión de médica le haya ayudado a despertar la sospecha de que algo no andaba bien con su cuerpo. En el Hospital Metropolitano, sin embargo, le garantizaron que estaba bien, y le dieron de alta.

Sus síntomas no mejoraron. Le dolía una pierna tremendamente, y no conseguía respirar.

Estaba embarazada de nueve semanas, y además, tenía un hijo de cinco años, Royse. Ahí surgió un verdadero acto instintivo, maternal: C cogió el celular y le escribió a una amiga, adjuntando el número telefónico del papá de Royse: “No me siento bien, me falta el oxígeno. Si algo me pasa, llámalo para que venga a buscar a mi niño”.

Ojalá su preocupación hubiera sido simplemente eso. Una sospecha y nada más, una sospecha desvanecida en el aire como el polvo que desaparece errático sobre una vereda.

Rebeka salió de la sede Félix Bulnes del Hospital Metropolitano y se dirigió a un paradero de transporte público para coger una micro camino a Cerro Navia, el lugar donde vivía hace seis años.

Por un pequeño instante en el mundo, en la intersección de las calles Mapocho con Huelén, el tiempo pareció retroceder. Rebeka se desmoronó en el suelo. Su cuerpo cayó al mismo tiempo con la fuerza de una pluma que la de un batallón. Será a esta altura, difícil de conocer con certeza.

Juliette cogió un respiro: Rebeka Pierre (podía) acceder a la salud, pero se encontró con una persona que en todo su privilegio le informó que estaba bien, cuando ella realmente no estaba bien. No es casual: Él claramente generó una discriminación. Y estoy súper clara que era racial-añade, como despejando las posibilidades de que fuera una mera desatención por parte del sistema público-. Es racismo sistemático.

Entonces, pareciera haber una equivocación, o a lo menos falta de información; Rebeka no murió de un paro cardiorrespiratorio y hepatitis fulminante. O esta no pareciera ser la única causa.

“Rebeka murió porque era una mujer negra-continuó Juliette-. Y no era cualquier negra, además, era una mujer haitiana”,-insiste-“No es casual. El idioma que habla Rebeka, por ejemplo, no es un idioma cualquiera, es un idioma negro. Y el krèyol es negro”.

<<Muchas mujeres tienen esas tres opresiones: el racismo de color, el racismo por la inmigración, pero también está el racismo lingüístico; y cuando esas tres se juntan, es la peor cara del racismo institucional en el que se puede someter una mujer negra no hispanohablante en Chile>>, sostuvo.

Ella misma lo había vivido. Estuvo hospitalizada durante un mes en un recinto de Santiago. Como no podía caminar, debía movilizarse en silla de ruedas. Un día, la enfermera la debió trasladar de un lugar a otro. La movió con brusquedad, y la ignoró durante el trayecto. Juliette resistió. “No estás en condiciones de pelear”, se dijo a sí misma, y sin embargo, con cada centímetro que avanzaba, la enfermera parecía esforzarse en ser bruta. Creía que Juliette no entendía el español, y consecuentemente, entonces, no entendería la vida.

“Párese, ¡párese!”, le dijo luego de un momento, haciendo un gesto exagerado con las manos.

Juliette estaba débil, pero la increpó: “¡Usted me tiene que ayudar!”.

La enfermera parpadeó. Quedó muda, se pasmó al comprender que hablaban el mismo idioma. Era obvio que había asumido que al ser una mujer negra, sería haitiana. (Como si eso fuera en algún caso, motivo de excusa para tratarla mal).

Juliette repitió: “¡Usted me tiene que ayudar! Yo no puedo sola”, dijo e indicó sus piernas, mostrando la evidencia.

“Perdón-reaccionó la enfermera-¡Perdón! ¡Claro, la ayudo!”

La levantó con súbita dulzura. Juliette, por otra parte, estaba molesta.

Mientras escuchaba a su amiga, Carolina frunció el ceño, asintiendo. Estaba sentada en el sillón rosado que decora el salón de estar en el apartamento de Juliette, y parecía tener una perfecta sintonía con él.

“Todos podemos ser categorizados bárbaros si estamos siendo observados por alguien que no entiende nuestro idioma”, dijo de pronto, citando a Tzvetan Todorov.

Como es consciente del trato que reciben las mujeres negras en los recintos públicos de salud de Chile, Carolina fue a buscar a una amiga haitiana después de dar a luz en el hospital. Su nombre es Almond³.

Almond no sabía hablar bien español, pero era capaz de entenderlo. Aun así, no estaba en una situación sencilla; parió a un bebé lejos de su familia, como mamá soltera y migrante.

Cuando se subió al auto lucía el rostro compungido, enarbolado con la altivez de su mentón moreno.

Carolina la observó, identificó su pesar: “¿Cómo estás?”

“Estoy bien, cansada”, dijo e inmediatamente agregó: “El bebé está bien”.

Carolina se enterneció, le dedicó una sonrisa: “¿Qué te dijeron en el hospital? ¿Está todo en orden?”

Almond enmudeció por un instante. Asintió flemática, indiferente.

“¿Sí?”, Carolina quiso corroborar.

“Está todo bien, pero hay cosas que no entendí”.

“Bueno, no te preocupes. Seguramente habrán escrito algo. Luego revisamos”.

Pero no fue así. Desde el hospital no dieron observaciones post parto escritas, solo habladas. Carolina se enfureció.

“No entiendo. Deberían haberte dado las indicaciones por escrito. ¿Te acuerdas de algo importante? Supongo que después de cada parto hay ciertas precauciones”.

³ Nombre falso

La mujer bajó la voz: “Dijeron algo sobre mi vagina. Pero supongo que está todo bien, porque no me duele nada. Creo que era solo una advertencia, en caso de que me infectara”.

Carolina entrecerró sus ojos, felina: “Almond, tú entiendes español. ¿La persona que te dijo las instrucciones demostró mala voluntad? ¿Cuál fue tu sensación?”

“No es eso- replicó-Es solo que hablaba muy rápido. El español yo lo entiendo. El chileno, no tanto”.

De vuelta en el sillón, Carolina especuló sobre la cita de Todorov: “Cuando alguien no puede entender tu idioma y al mismo tiempo percibe tu idioma como más bajo intelectualmente por ser una persona negra o por ser de pueblos originarios, existe una incapacidad de poder comunicarnos y por ende, obviamente existe una deshumanización”.

La deshumanización de las mujeres afro descendientes y migrantes es, en los peores casos, incluso asesina. Una semana después de la muerte de Rebeka Pierre, Monice Joseph, también haitiana, falleció esperando ser atendida en el Hospital Barros Luco.

“No entendimos sus síntomas”, argumentaron los doctores.

“Solo hablaba krèyol”, se excusaron, explicando, entonces, que no hablar español en Chile te puede llevar a la muerte.

Juliette endureció su mirada: “Esta es una de las aristas donde aparece el racismo sistemático”.

El racismo sistemático también opera en el sistema de visas, por ejemplo. Y asimismo, en una legislación anticuada sobre migraciones, que data de un contexto enfocado en la seguridad nacional.

Las mujeres de Micro Sesiones Negras al igual que todas las mujeres negras que viven en Chile-incluso si no son militantes políticas de su identidad-se enfrentan a muchas esferas del racismo sistemático. Entre las más terribles, y en algunos casos fatales (Rebeka (2019), Monice (2019), Joane (2017)), está la de atención en salud; pero también está presente en el sistema de visas, y en una legislación que nació en contexto de seguridad nacional⁴.

A eso se añade la dimensión del racismo interpersonal, ese que sucede en el encuentro con otras personas.

“Nosotras lidiamos con las consecuencias de ser mujeres negras-afirma Carolina, y con la mano se señala a sí misma, enfatizando el pronombre- En cambio, a las mujeres blancas, aunque lleven trenzas, no les van a decir “¿me puedo sacar una foto contigo?, es que nunca había visto una negrita tan linda como tú”; o “eres negra, ¡debes ser fogosa en la cama!”.

“Exacto-concede Camila-. El racismo interpersonal es grave. No es un chiste con el que puedas bromear, un disfraz que puedas dejar atrás después de ocuparlo”.

Camila y Carolina asistieron a la anti marcha del orgullo LGBTIQ+ y fueron testigos de una de las expresiones más violentas del racismo interpersonal: *black face*.⁵

Un par de hombres se había “disfrazado” de mujeres negras, resaltando los atributos por los cuales ellas son discriminadas, marginadas y en los peores casos, violentadas hasta la muerte.

Lucían un trasero prominente, el cabello afro, y los labios grandes.

⁴ Rojas, N; Amodé N; Vásquez J, (2015), *Racismo y matrices de “inclusión” de la migración haitiana en Chile, elementos conceptuales y contextuales para la discusión*.

⁵ Cara negra; práctica normalizada que consiste en pintar la cara de negro, emulando ser afro descendiente. “El Blackface es creado por y para una audiencia blanca, en donde los sujetos caricaturizados vivieron la opresión de la esclavización y en los tiempos actuales otros tipos de opresiones y dominaciones heredadas del colonialismo” (...). Granja, K. *Del Black Face y otros demonios*, Recuperado en: <https://afrofeminas.com/2017/12/25/del-blackface-y-otros-demonios/>

Carolina estaba furiosa: “¡Racista, racista, racista!-les gritó-. ¡Racista! ¡Racista!” y luego, en medio de su frustración, soltó un insulto hacia las mujeres blancas.

El emplazamiento fue inmediato: “¡Oye! ¡Ojo! ¿Cómo puede decirnos eso? ¡Estás aplicando racismo en tus palabras también!”.

Carolina sabía que no era cierto. Tuvo una reacción de rabia: A esos hombres no les niegan espacios por travestirse de mujeres negras. Estaban, nuevamente, convirtiéndolas en exóticas, despojándolas del peso de su piel: caricaturizando su africanidad.

La situación con los estereotipos no mejora ni siquiera en los espacios políticos disidentes, como la marcha del 25 de julio o la anti marcha LGBTIQ+.

Pero por más grave que esto pueda parecer, el problema es incluso peor cuando se asciende hacia la esfera del sistema público.

“*Son más de 300 migrantes irregulares*”, aseguraron desde el gobierno en abril de 2018, pocas semanas después de que el Presidente Sebastián Piñera asumiera el mandato.

Aunque nadie entendió muy bien cómo se determinó ese número, si con ayuda de la Policía de Investigaciones (PDI), el Departamento de Extranjería o cualquier otra entidad desconocida, la cifra funcionó. No generó pánico, sino advertencia.

“Chile necesita una migración segura, ordenada y regular”, explicó el Presidente.

Y no era una declaración sin precedentes. Durante su primer gobierno, en 2012, se había instalado un visado consular para personas dominicanas, cuando comenzaron a llegar a Chile con más frecuencia que antes.

No fue una sorpresa entonces que en 2018 el Presidente repitiera la misma estrategia, estableciendo una visa consular para personas haitianas. Y en 2019 con personas venezolanas.

Las y los migrantes comenzaron a entrar a Chile por una puerta que cada vez se iba haciendo más pequeña. La reacción es predecible: ante una negativa de entrada por la ausencia del visado, es mejor no pasar a saludar. Muchos migrantes entran por trayectos no autorizados, y esto no es prueba de una irresponsabilidad cívica, podría ser un signo que indica la vulnerabilidad de sus circunstancias, la velocidad con la que debieron partir de sus países, o simplemente la ejemplificación de lo que provoca la desigualdad en el sistema de visas: irregularidad.

No fue una estrategia singular o aislada. Al contrario, se trata de varios elementos, cuya conexión radica en observar la migración como un problema de seguridad nacional.⁶

Otro ejemplo de ello ocurrió en diciembre de 2018, cuando el gobierno del presidente Sebastián Piñera decidió no suscribir al Pacto de Marrakech, un acuerdo promovido por la ONU en temas de migración.

“Chile cree y está comprometido con el diálogo y la colaboración internacional porque queremos y estamos avanzando hacia una migración más segura, más ordenada y más regular”-declaró el ejecutivo, insistiendo en la relevancia de esos conceptos- “Queremos que ocurra en el mundo y también que ocurra así en nuestro país”, tomó una breve pausa y continuó, “Sin embargo, como Presidente de Chile y en resguardo del interés de nuestro país y de todos nuestros compatriotas, no puedo apoyar un texto (...); y después de un profundo y exhaustivo análisis considero que lesiona y no resguarda el interés de Chile y los chilenos, que incentiva y pone el foco en la migración irregular, que facilita la promoción de derechos no reconocidos, que establece nuevos deberes para el Estado de Chile y que dificulta el resguardo de nuestras fronteras, limita nuestra soberana capacidad de tomar decisiones en materia de migración; pensando al interés de Chile y todos los chilenos>>.

⁶ Íbidem.

Pero Chile no fue el único en restarse del pacto: la posición política del país parece no ser fortuita. Al contrario, está en perfecta sintonía con Estados Unidos y Brasil, quienes tampoco adscribieron al acuerdo.

Pareciera ser que estas declaraciones desataron un monstruo dormido: la anti inmigración. De pronto, agrupaciones anti inmigratorias comenzaron a predicarse con esfuerzo panfletario. “Recuperar Chile para los chilenos”, “que no te engañen”, indicaron algunos de los grupos que incluso convocaron marchas, como Despierta Chile, Movimiento Social Patriota y el Partido Social Patriota.

La primera fue en agosto de 2019 y la Intendencia de Santiago rechazó su realización por rumores de porte de armas. Pero el movimiento no se frenó. Y continuó adelante a través un discurso recalcitrante, pero no menos poderoso.

Veinte personas asistieron a la segunda marcha anti inmigración los primeros días de septiembre, luego de que los autodenominados patriotas hubiesen convocado otra marcha. Las fuentes oficiales de la Intendencia Metropolitana garantizaron que no estaba autorizada, pero eso no los detuvo de reunirse.

A pesar de que Fuerzas Especiales sí los dispersaron, ellos no tenían el temor de ser expulsados, deportados, ser declarado ilegales, apátridas o inmorales; como muchas de las mujeres que asistieron al día de la mujer afro latina y la marcha del aborto libre. Como las mujeres que Camila, Juliette y Carolina acompañaron ese día, pues en la sororidad feminista ocurre algo extraordinariamente humano: la empatía.

Fue ese mismo sentimiento empático que les permitió conectarse con las historias de mujeres como Rebeka Pierre, Monice Joseph, Almond y Joane Florvil, porque a pesar de ser diferentes, en la experiencia de ser mujer y afro descendiente, hay más de un elemento compartido.

A continuación presento los testimonios de cuatro mujeres afro que, además, son migrantes en Chile. Un país que no batalla una contienda directa, sino más bien solapada. Son pocos- apenas veinte-los chilenos que osan insultar con vehemencia a las personas migrantes, pues la mayor parte del tiempo solo están echando tallas, bromas inocentes o apodos “cariñosos”.

Pero el problema no es menos grave si se ejerce un tipo de racismo del cual no se es consciente. No existe una buena experiencia de migración frente a cualquier tipo potencial de discriminación, sea este explícito, como un insulto o una agresión; o bien una expresión aislada del lenguaje.

Las experiencias migratorias de estas mujeres no han sido fáciles. En la diversidad de sus historias, donde el hilo que las conecta radica en ser al mismo tiempo mujeres migrantes y afro descendientes, se han enfrentado a trabas migratorias, problemas de visados, discriminación en el espacio público, cesantía, vulnerabilidad social, depresión, entre otras cosas.

Si bien constituyen casos distintos a los presentados en esta introducción, la multiplicidad de voces respecto a una misma experiencia migratoria enriquece las perspectivas sobre ella, pudiendo a continuación, profundizar en el tema a partir de la fuerza de los testimonios.

Algunos relatos pueden ser más terribles y otros más amables. En esa diferencia también hay un punto cardinal que las une de forma inexorable: la resiliencia.

La número 300 mil

Somos cinco mil aquí.

Somos cinco mil.

En esta pequeña parte de la ciudad.

¿Cuántos somos en total en las ciudades y en todo el país?

*Somos aquí diez mil manos,
Que siembran y hacen andar las fábricas.*

*¡Cuánta humanidad
Con hambre, frío, pánico, dolor,
Presión moral, terror y locura!*

Víctor Jara

El 8 de abril de 2018, el Presidente Sebastián Piñera se dirigió al Estadio Víctor Jara, ex Estadio Chile. Estaba acompañado de un séquito de seguridad y se protegía del frío con una chaqueta roja con la que de vez en cuando jugaba a través del cierre: lo subía, lo bajaba, lo subía, lo bajaba, y así pasaba todo el tiempo.

Justo en el frontis del estadio y medio que doblando la esquina, un montón de personas formaban una hilera desordenada. La razón: el lugar había sido recientemente habilitado como espacio de atención a personas migrantes, quienes estaban en búsqueda de acogerse a un proceso de “regularización extraordinaria”.

La situación era un poco extraña, o tal vez solo paradójica. Ese día, el presidente anunciaría que el número de migrantes irregulares había ascendido preocupantemente a 300 mil personas. Era una cifra alarmante, sin precedentes para Chile. Y he aquí la paradoja; en ese mismo lugar, tan solo cuarenta y cinco años antes, y mientras era prisionero de la dictadura cívico militar Víctor Jara escribía sus últimos versos antes de ser asesinado: “*somos cinco mil en esta parte de la ciudad, ¿cuántos somos en total en todas las ciudades y en todo el país?*”. ¿Cuántos son, en realidad, los migrantes en Chile, y por qué esa cifra importa?

El Presidente hizo su ingreso formal, acompañado de figuras como el Ministro del Interior, Andrés Chadwick, el Subsecretario del Interior, Rodrigo Ubilla, y la intendenta de Santiago, Karla Rubilar. Los migrantes se entusiasmaron notablemente. Era el Presidente de Chile a punto de darles una bienvenida. Sebastián Piñera tuvo un minuto de fama incuestionable. Mientras desfilaba por el pasillo entre galerías, a lo walk of fame, los migrantes aplaudían, vitoreaban, e incluso gritaban “¡Qué viva el Presidente!”.

Él, por otra parte, muy dije, se sonrió, “*Obvio, bienvenidos, buenos días, muchas gracias*”. Y mientras caminaba recibía besos, daba abrazos, cogía guagua ajena, se sacaba fotos, *selfie*, “Para el Instagram”, “Para el Facebook”, “Para mi mamá que está en Perú y que nos vea por el WhatsApp”.

Y eso no fue todo, ya que en un acto extremadamente público y modesto, el presidente atendió a la primera familia en espera: un hombre y su hija. Y para que la guagua no mañoseara mientras el papá hacía el trámite, el mandatario la tomó en brazos, regaloneándola; upa, chalupa, le dijo. El opio del pueblo: solo consiguió más aplausos. Nadie

se quejó. Nadie reclamó. Nadie pidió una nueva ley de migraciones, mejoras en el sistema de visa. Nadie dijo pío.

Ya más compuesto, con la chaqueta a media guata, el Presidente comenzó su discurso de bienvenida.

“Chile siempre ha sido un país abierto y acogedor con la migración extranjera. Lo que queremos es algo muy simple: queremos que la migración a nuestro país sea una buena migración; ordenada, regular, segura, que permita mejorar la calidad de vida tanto de los que vienen a Chile a buscar una vida nueva, como de todos los chilenos (...)”, dijo, y continuó con una serie de palabras bonitas, sobre integración y respeto a las leyes, *“Y por esa razón les quiero decir con toda franqueza: “Bienvenidos a Chile”,* y en las galerías, la gente volvió a estallar en aplausos.

Las nuevas medidas administrativas que acababa de anunciar el gobierno permitirían que los *“300 mil inmigrantes”*⁷ en situación de *ilegalidad*, es decir, carentes de un documento que acredite su presencia y les permita trabajar, cotizar, imponer, etc., pudieran regularizar sus papeles, incluso aquellos que hubieran ingresado al país por pasos no habilitados o trayectos no autorizados⁸.

Organizaciones cívicas de personas migrantes, como Movimiento de Acción Migrante y la Coordinadora Nacional de Migrantes, aseveraron que aún se desconoce de qué manera el gobierno obtuvo esa cifra, pero lo cierto es que el anuncio se hizo igual, con o sin la respectiva aprobación de algunos sectores.

La fecha límite para incorporarse al proceso sería el 23 de mayo del mismo año. Después de ese día, personas haitianas en Chile, por ejemplo, (el público principal al cual iban dirigidas estas medidas), deberían obligatoriamente presentar un documento otorgado en el consulado chileno en Haití, sin el cual simplemente no podrían quedarse en el país. Un decreto similar

⁷ Varias organizaciones civiles como Movimiento de Acción Migrante (MAM), Plataforma de Organizaciones Haitianas, Coordinadora de Migrantes Chile, entre otras; y Nicolás Rojas, académico de la Universidad Alberto Hurtado sostienen que esta cifra es cuestionable, ya que se desconocen los mecanismos que se emplearon para determinarla. Sin embargo, la cifra se encuentra disponible en la web del gobierno. Recuperado en: <https://www.gob.cl/nuevaleydemigracion/>

⁸ Cuando se ingresa a Chile, se debe obligatoriamente pasar por Policía Internacional, o sea, Policía de Investigaciones (PDI). Cuando se afirma que una persona migrante ingresa por trayecto no autorizado quiere decir que no hizo declaración de su llegada por Policía Internacional y pasa automáticamente a la ilegalidad.

del primer gobierno del presidente Piñera había sido promulgado durante su primer mandato, en 2012, cuando se estableció una visa consular para dominicanos y dominicanas para ingresar a Chile.

El Servicio Jesuita a Migrantes sostiene que la versión oficial argumenta que las redes de tráfico ilegal de personas habían aumentado considerablemente hacia Sudamérica; y el gobierno dominicano-afectado particularmente por ese tipo de delitos-solicitó a los países miembros del Mercosur, vía nota consular, que les impusiera el visado. Una especie de medida transitoria, entonces, que tendría como objetivo frenar o a lo menos, controlar, el flujo de personas viajantes hacia Chile.

A modo de solidaridad con la República Dominicana, varios países impusieron el visado: Argentina, Bolivia, Brasil, Perú y Chile. Sin embargo, en febrero de 2017 el Estado de Perú desestimó la medida aludiendo el mismo argumento: el tráfico de personas. El problema radicaba en que el visado podía ser al mismo tiempo una medida de control como un incentivo al delito. En efecto, personas en riesgo, o en contextos de violencia o pobreza, economizan recursos y documentos, con la finalidad de acelerar el viaje: presa fácil para los traficantes.

Entonces, para llegar a Chile, Juana se fue a Lima.

....

Juana estaba sentada frente a mí, en la tienda de Starbucks de Estación Central. Tiene 32 años pero su rostro no es muy jovial, al contrario, está compungido, como si estuviera viviendo un período de tristeza. Su ceño estaba fruncido, sus párpados caídos y contrastaban fuertemente con su polera color amarillo brillante.

“¿Tú te reconoces como mujer afro descendiente, Juana?”, le pregunté de manera muy directa. Aunque a simple vista podía parecer evidente, dado el color de su piel, a esa altura pensaba que el reconocimiento como mujer afro es una cuestión que trasciende lo físico. De hecho, se podría decir que se trata más bien de una construcción de identidad y por lo tanto, implica muchos factores sociales y políticos.

“¿Cómo, afro descendiente?”, inquirió ella ladeando la cabeza.

“Es decir, que reconoces que tus abuelos, ancestros y antepasados vienen de África”, aventuré, en una pobre explicación.

“¡Ah! No-respondió ella un poco indiferente-. Pero extraño mi país..., dijo, rectificándose.

Mientras revolvía su taza de café con mucha calma, Juana hizo un gesto de tristeza. Por un par de segundos indescifrables, nos miramos con temor; yo, de la imprudencia, pero ella, no sé de qué cosa. Tal vez de la diferencia, el abuso, o la sencilla vulnerabilidad de ser migrante irregular frente a alguien con una grabadora. Suposiciones. Es difícil adivinar los pensamientos de Juana y entender las palabras que vienen al mundo con tal aparente ligereza, despreocupadas y navegantes de un acento caribeño indiscutible.

A sus pies, una bolsa matutera repleta de galleticas estaba parapetada en el suelo, sostenida en su pierna derecha. “Es la mercancía que tengo que vender esta tarde”, me explicó. Debía reunir \$100.000 para pagar un cuarto compartido junto a una prima hermana, María.

Para ganarse el dinero, Juana se ubica todos los días en el mismo pasillo angosto de Estación Central y repite un eco de fragmentos aprendidos por sobrevivencia, o quizás, a esa altura, solo por mecánica neuronal o inercia rutinaria.

“¡A \$500 las galleticas!-grita-. ¡A \$500 las serranita! ¡A \$500 las Carioca!-continúa, al tiempo que la ola de pasajeros inunda el metro en horario punta.

Las y los vendedores de la clásica Estación Central, se apiñan uno al lado del otro y meten ruido como si les dieran cuerda. Llevan tanto tiempo en eso de lo ambulante que son buenos para identificar las necesidades de temporada: cambian de productos con cada nueva estación: En verano, será agua *Cachantún* embotellada; en marzo, los útiles escolares a mitad de precio; y en invierno, un cafecito *Nescafé* en vaso de *plumavit*, que con *promo* viene acompañado de un sándwich aliado jamón y queso.

Pese a que Juana no se interesa en interactuar con el resto de los comerciantes-salvo los cristianos que se encuentra los sábados en la iglesia-, procura morderse las opiniones y solo estar atenta a sus movimientos. Es consciente de que sus compañeros no solo conocen a cabalidad las implicancias y detalles del sector y del rubro, sino que además, son expertos en oler el peligro, que se aproxima al área a eso de las cuatro de la tarde.

Como si se arrimaran a una ley garante de escándalo, los carabineros llegan con balizas encendidas, vehículos a motor en espacios no autorizados (como la propia estación), y aparatos de radio activos y sonando con información de la central a todo chanco. Entre sus estrategias de guerra más comunes, está la de interrumpir la peligrosa jornada laboral con luma y azote. Si, de repente, salen empujes o garrotazos, todavía mejor.

“¡Mientras más dejen la cagá, más nos llevamos! ¡Así que no peleen!” , advertían.

Juana, sin excepción, comienza a avisparse a la una, por si a la policía se les ocurre aparecer antes. Se ubica en su esquina favorita, donde se da la mayor confluencia de pasajeros del metro, y aprovecha, discretamente, para reservar sus ganancias en el entre seno de su sostén. Con la misma cautela, guarda un par de monedas en el banano que esconde debajo de la ropa y lo protege del jaleo.

Algunas de las mujeres del sector le habían dicho en más de una ocasión que, en caso de detención, debía ser muy obediente y evitar las pataletas, pues si quisieran, podían llevarla a un juicio, provocando incluso una temprana expulsión.

“Tú no quieres irte de Chile ¿o sí, Juana?” , le preguntó una de las jóvenes peruanas que llevaba tres años vendiendo en el pasillo.

“No”-respondía, aunque un poco desconfiada-. Yo voy a correr con mi mercancía si es necesario”.

“Muy bien-contestaba la mujer, como si estuviera orgullosa-. Mira, tienes que estar muy atenta-le explicó-. Apenas veas a alguien corriendo hacia abajo por las escaleras, tú agarras tus cositas y partes corriendo también. La mayoría de las veces es porque vienen los *pacos*⁹, y si es que no fuera así, mejor que corras igual no más, por cualquier cosa”.

La última vez que se encontró con uno de los sargentos de Carabineros, teniente Pérez parece que le decían, Juana pensó que al menos por esa ocasión, se había encontrado con un paco bueno. Lo miró a los ojos con clemencia y le pidió que le permitiera mantener sus pertenencias, pues era lo único con lo que contaba para sobrevivir.

⁹ Juana se refiere de esta manera a Carabineros.

“¡Por favor, sargento!-le gritó Juana-¡Por favor, déjeme mis cosas, y no vengo más!”, dijo en una promesa.

“¡Cállate, negra *hueona*!-espetó él, de manera violenta-. Te dije que no *vinierai* más pa’ acá a vender. Ándate a otro lado, porque donde te pille, te voy a botar todas las *hueas* no más”, la amenazó.

Juana se dio la vuelta, mitad vacía, mitad sonajera con la cantidad de monedas que agitaba en el pecho. A partir de ahí, supo que en el fondo, las cosas eran igual que en su país. En los pacos no se confía en ninguna parte.

...

“¿Quieres almorzar, Juana?-pregunté en un gesto cortés-. Yo te invito”.

Ella me indicó un “no” con la cabeza; intuyó que Starbucks podía ser demasiado caro.

“No gaste su platita-dijo compasiva-. ¿Quieres galleticas?”, me ofreció, pensando en mi hambruna.

“Gracias, Juana”, respondí, de puro educada, y me engullí un par de serranitas, de las mismas que tardan una eternidad en venderse.

“No sé si usted sabe-argumentó ella de pronto, haciendo una observación-. Yo me imagino que usted no ha pasado por eso-aseguró-. Pero acá todo se paga, para todo se necesita plata: comida, casa, agua. En mi país eso no se usa-me explicó-. En Dominicana-continuó entusiasmada-, si tú necesitas el baño, se lo pides a la gente, aunque no la conozcas. Si aquí yo quiero ir al baño, me tengo que gastar \$300 y por cada paquete de galleticas ¡yo me gano \$500! Pa’ eso me aguanto”.

Como si por un momento, respirara una súbita ráfaga de alegría, Juana miró por una ventana mientras navegaba por los recuerdos de su país natal, República Dominicana. El paraíso caribeño irreprochable, destino turístico de anhelo, se había perdido en una ilusión del tiempo, enclaustrado en el negocio gringo de los resort y las piñas coladas, el mar cristalino y la natación con delfines.

En los interiores de la isla vecina de Haití, la que Colón en su arrogancia colona bautizó como “La Española”, se vivía una realidad muy diferente. Para marzo del 2016, el 30% de la población se encontraba viviendo en la pobreza y casi el 7% en pobreza extrema, según el Banco Mundial y la Oficina Nacional de Estadísticas. Además, en un estudio liderado por el Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo en 2015, el país ocupó el cuarto lugar en el índice de desigualdad de género en América Latina.

Cuando confronté los datos con Juana, esta aseveró que los factores de la desigualdad en República Dominicana eran producto de la intervención de los estadounidenses y el *tourism business* que tenían allí alojado. La producción de ron también era parte del esquema y muchos de los dominicanos más plátudos ni siquiera eran los dueños reales de las empresas más grandes, cayendo ellos también en la encrucijada del sistema neoliberal que abunda en Latinoamérica.

La inestabilidad económica de ese país, junto a otros elementos más preocupantes, como la violencia, eran los principales motivos para que cada año, cerca de 2 millones de dominicanos y especialmente dominicanas (más del 50% del total) migraran fuera de la isla, contribuyendo con remesas hasta conformar el 5% del Producto Interno Bruto (PIB) de la nación.

Aunque por una parte, abundaran las historias del éxito realizado del sueño americano, también había copucha acerca de malos tratos, malas pagas y en casos más severos, otras cuestiones más peligrosas, como trata o tráfico ilícito de personas. De hecho, el país figura como uno de los Estados que más sufre de este delito. Según datos otorgados por la Organización Mundial de la Migración y un estudio de la UNOCD (Oficina de Naciones Unidas contra la droga y el delito), entre 2007 y 2010, las mujeres dominicanas representaban el 1% del total de víctimas en países de Europa central y occidental y el 3% de aquellas localizadas en América. Cualquiera podía mirar las dos caras de la moneda, y echar el viaje a su suerte.

Para Juana, quien nunca tuvo en el horizonte cruzar el atlántico como una prioridad, la sola idea resultaba un escaparate.

En su primer trabajo, a sus dieciséis años y tres meses en 2003, Juana transitó directamente de la adolescencia a la jornada laboral precarizada. Luego de la muerte de su padre, la

responsabilidad de mantener la economía familiar activa recayó en ella y en sus otras tres hermanas, quienes, en todo caso, resistieron el mayor tiempo posible antes del abandono prematuro de la escuela, soñando eventualmente con poder finalizar el proceso.

Juana, sin embargo, en la naturaleza de un corazón generoso, nunca dudó de su deber. Contribuiría al bienestar de esa familia, incluso costando el valor de sus sueños individuales, y lo haría con gracia, al igual que el 18% de las mujeres dominicanas que desertan la escuela para trabajar.

Llegada la edad suficiente, se presentó ella misma en la casa de don Arturo y doña Jacinta, ofreciendo sus servicios domésticos personalizados; alimentación, limpieza, higiene y crianza de niños porfiados.

La primera experiencia en ese rubro la realizó puertas adentro, mientras estuvo soltera. Cuando conoció a su primer y único novio, quien además es el padre de sus hijos, Daniel, Juana renunció y se cambió a otra casa para continuar trabajando puertas afuera.

Una vez que fue madre, a los veinte en 2007, con Alejandrino, empezó a soñar con tener un solar en la zona rural de Santo Domingo. Sería una casita humilde con espacio suficiente para recibir a toda la familia y a los parientes de siempre. Nada muy opulento a los ojos de Dios, más que un hogar para gente digna.

El noviazgo no estaba ni en campaña cuando llegó el segundo hijo, Benjamín. Y como Dios quería para ella pura abundancia-se dijo a sí misma-le mandó otro: “El último, Dios, no me da pa’ más”, le pidió. Y llegó Maciel en 2014.

Crecía la prole en paralelo y, al mismo tiempo, también la esperanza de construir la casa en el campo, con un jardín donde los niños pudieran jugar en libertad. Algo incluso menos exagerado que el sueño americano; simplemente alejarse del sector mundanal.

“Estuve viendo unas ofertas de solares cerca de Santo Domingo”, aventuró Juana un día libre cualquiera.

“Sí”, contestó Daniel, siempre escueto.

“Hay un lugar particularmente económico”, aseveró.

Daniel se desvistió preparándose para ir a la cama. Se tumbó a un costado de Juana, cruzó las manos sobre el estómago y lanzó un suspiro de cansancio.

“¿Sí?”, repitió él en una pregunta luego.

Juana asintió pero él tenía sus ojos cerrados. Se acurrucó un poco más cerca y él abrió sus brazos.

“Pues habrá que ir a verlo”, dijo el isleño en una sonrisa y Juana lo estrechó fuerte.

En 2015 la pareja concretó la compra del terreno a un campesino que vendía una chacra para saldar deudas de juegos de azar. La oferta llegó con la misma magia con la que se había aproximado todo lo demás; el trabajo, el amor y sus hijos.

Daniel y su equipo comenzaron a planificar la construcción de una casa sencilla. La distribución de los planos se centró en un único piso donde se ubicarían la cocina, el baño, una antesala, pasillo y tres habitaciones. La única condición que propuso Juana fue la de mantener abierta la posibilidad de continuar una extensión hacia arriba.

“Yo pienso que eso puede ser para después, Juana, porque sale más caro-había afirmado Daniel-. Primero hagamos lo básico y después viene lo demás”.

“Está bien-accedió ella-. Primero lo más urgente para vivir. Pero después, yo quiero una casa grande, con segundo piso”, sentenció.

El proceso de la casa transcurrió fuera del horario semanal de trabajo, sacrificando las jornadas de descanso e incurriendo en las creatividades del oficio cuando faltó el dinero para material. Daniel había trabajado en faenas de construcción la misma cantidad de tiempo que Juana en el ámbito doméstico: prácticamente toda su vida. Esta, sin embargo, sería la primera vez que lideraría la obra completa, desde la arquitectura inicial, con el diseño, la ingeniería a través de los planos, y la carpintería en la etapa final.

La edificación del sueño familiar tomó aproximadamente un año y seis meses en concluirse, y en el verano del 2016 se trasladaron todos al nuevo hogar, los tres hijos, Daniel y Juana.

Juana aprendió a gozar rápidamente de la vida en el campo. No sabía mucho de cultivos, pues había sido criada en la ciudad, pero se sentía a gusto de estar lejos del ruido urbano.

Por las noches, cuando los niños dormían, Juana cogía una silla y la ponía en el antejardín, solamente para sentir el aroma de la hierba fresca y cerrar los ojos frente al estupor de la brisa nocturna que muy a lo lejos levantaba el mar. A veces, también Daniel se sumaba a la soledad improvisada de Juana en la terraza, y contemplaban juntos la noche isleña acalorada.

Incluso sintiéndose flotar en la distancia perenne de una pareja consolidada, Juana no sospechó que Daniel no estuviera igual de satisfecho que ella con el solar que habían adquirido cerca de Santo Domingo. Pasaron los días como del otoño al invierno, y aunque fueran estos el eterno caribe de playa y sol, se manifestaron como dos gotas claras de agua lluvia, la ausencia y la irreprochable indiferencia de un amor a punto de marchar.

Y así sucedería. Uno de los días en los cuales Daniel se alzaba temprano y dejaba la casa al amanecer-no sin antes engullir el desayuno que Juana le servía cada mañana sobre la mesa-, cogió su bolso y emprendió una caminata que a diferencia de las otras, no marcó el sendero de vuelta.

Como por biología, dirán algunos, Daniel simplemente no quiso conocer más de cerca las prerrogativas de la vida campesina. Por el contrario, albergó la necesidad de inmiscuirse en aquellas aventuras más bien ciudadinas, en las cuales los vicios mundanos estaban más garantizados.

Así llegó el mayo lluvioso del verano en Las Antillas, y Daniel se asomó a la puerta por última vez. A mitad de camino se dio media vuelta y observó a Juana saludándolo con el brazo desde la ventana. “Chao, Juana”.

...

Juana jamás le había dado más importancia de la que debía a la presencia de Daniel. Tal vez la costumbre de ver a su madre sostenerse a sí misma cuando era más pequeña, le había dado esa fiereza natural de hacerse responsable de sus hijos y de su vida, no obstante las vicisitudes propias de un mal de amor o la partida de un padre.

Durante una reunión donde compartían en torno a la palabra del pastor, Juana escuchó de una compañera de iglesia que su cuñada ya había visto a Daniel con una novia caminando por las calles de Santo Domingo. Ella no se inmutó. “Yo soy la madre de sus hijos”, se dijo a sí misma.

“Yo soy la madre de sus hijos-le repitió a una de sus hermanas en una afirmación severa, durante una reunión *sorora*¹⁰ de domingo-. A mí no me importa que él tenga novia, que vuelva o se vaya. Nosotros construimos una vida. Esta casa es de él también ¿Tú crees que después de un tiempo no nos va a extrañar?-preguntó, un poco soberbia-. Yo sé lo que tengo”, sentenció.

Un invierno impostor se aproximaba a la isla, como haciendo notar el paso del tiempo (porque el clima no cambiaba mucho), pero Daniel continuaba sin aparecer.

¹⁰ De sororidad.

Lo que Juana más lamentaba sobre la ausencia de su pseudo marido, era el abandono del sueño que habían construido en conjunto. Tras su partida, no hubo gran diferencia en la casa, más que tres niños preguntando por su padre. Ella continuó haciendo las labores domésticas de siempre, de las cuales Daniel nunca participó con mucho entusiasmo. La verdadera manifestación de su desaparición estaba en el dinero. El salario de Juana simplemente no era suficiente. Eso significaba, además, que la posibilidad de extender la casa hacia un segundo piso, sería imposible. No conseguiría obtener todo lo necesario, aparte de otro maestro de construcción.

“A lo mejor te vas a buscar plata a otro lado”, dijo su madre, en uno de los típicos círculos de mujeres con ella y sus hijas.

Juana la observó expectante.

“Para juntar dinero, digo-continuó-. Nos hacemos cargo de los niños. Si te va bien te los llevas, y si no, aquí estarán conmigo, esperando que nos envíes algo...”

Cristina, su hermana mayor, resopló en una burla.

“¿Qué?”, preguntó la madre molesta, frunciendo el ceño y los labios.

“No, nada, que deja que ella decida-contestó-. Daniel se acaba de marchar. No sé, en un tiempo volverá. Tú sabes cómo son”.

Juana la ignoró: “¿Y adónde me voy, mamá?”

Ella se encogió de hombros.

“Tú verás. Tus primas que están en Chile están bien. Hay un tío tuyo en Uruguay-respondió-. No lo sé”.

“¿Y qué va a hacer Juana en Chile?-intervino Cristina-. ¿Qué va a hacer allá que no pueda hacer acá?”

“Bueno, sabemos que las cosas aquí no están tan bien. Ahora que se fue Daniel, a Juana tampoco le da el dinero pa’ na’-contestó la madre-. Además, Juana quiere hacer un segundo piso, y eso no se puede a menos que tengas plata”.

Cristina refunfuñó. Juana, por otra parte, comenzó a pensarlo en serio. Daniel no regresaba desde hacía meses, y ella efectivamente no estaba generando el excedente necesario para agrandar una casa.

“¿Y si yo pusiera una condición, mamá?”, preguntó Juana al rato después.

“La que quieras, hija”, respondió.

“Si Daniel vuelve, ¿tú le dejas a ver a los hijos?”

“Sus problemas no son míos-arguyó la más vieja-. Que vea a sus hijos, mejor pa’ mí-dijo-. Mira, te voy a poner en contacto con María. Vive en Chile hace más de dos años y tiene un tío, que se comunica con mi cuñada, que dice que le va bien. Yo me quedo con los niños-le aseguró-. Daniel los puede ir a ver. Te vas un tiempo, continúas la construcción de la casa y vuelves-dijo, como en una obiedad-. Lo único que te digo es que me envíes dinero para mantener a los niños...para que no se me haga difícil. Ni a mí ni a tus hermanas”.

...

“María, esta es tu prima Juana-dijo Juana al teléfono, solo unos días después-. Mi madre habló contigo, ¿mencionó que te iba a llamar?”

María repasó detalladamente su travesía hasta Santiago; desde la recolección del dinero hasta el otorgamiento de la visa en Chile. A ratos, WhatsApp se estancaba y Juana entendía el mensaje a medias. María señaló que lo más sencillo era pedir un préstamo para el pasaje de avión y pagarlo con el dinero que obtuviera del trabajo en el país de destino. De otra forma, se tardaría una eternidad en ahorrar para eso y viajar perdería sentido. María le había pedido el dinero a una vecina, la Marta, para evitar la hipoteca con el banco. Así que Juana hizo lo mismo.

Por una módica suma de 150 mil pesos dominicanos, algo así como 1500 dólares, a Juana le alcanzaría para pagar un boleto de avión hasta Lima y desde allí partir por tierra hasta la frontera con Chile. Para entrar directamente a Santiago, habría necesitado una visa especial de trabajo, un poco innecesaria para su propósito; ella solo quería mantenerse lo suficiente para juntar un montón de dinero determinado y no tenía intención de establecerse más de un año.

“Para Perú solamente necesitas pasaporte-le dijo María-. A Chile entras por tierra, porque es menos engorroso. En Lima te coges un bus y llegas. Es más barato y ahora todos lo hacen así”.

“¿Eso es todo?”

“Sí”, respondió con seguridad.

“Gracias, María”.

...

En 2017, la noche antes de partir, Juana no pegó pestaña. Se dirigió a la casa de su madre acompañada de sus tres pequeños, quienes no comprendieron porque llevaban una maleta. Envueltos en una atmósfera de mentira blanca, se fueron a la cama con un último cuento de buenas noches. Juana no pensó que experimentaría tanta tristeza. Acurrucada junto a sus hijos, lanzó un suspiro de nunca acabar. Cerró los ojos confiando en que emprendería viaje por corto tiempo. Lloró. Se limpió las lágrimas, pero lloró otra vez, con la leve esperanza de que sus hijos comprenderían la finalidad de su ausencia.

Llegó la madrugada demasiado temprana, y tuvo que dirigirse al aeropuerto. Montada en la camioneta de su cuñado, se sintió abandonada y temeraria al mismo tiempo. Recordó el abrazo infinito con el que despidió a su madre y lloró una última vez en tierra.

En el avión, cruzó el Atlántico medio dormida y medio llorona, pero apenas divisó el mar. Llegó a Lima hecha un manojito de sentimientos, un tanto confundida e inclusive desconfiada.

Siguió las instrucciones de su prima hermana hasta la estación de buses y no mucho después ya estaba arriba de un auto transfronterizo para cruzar hacia el norte de Chile. Su destino final era Santiago. Tenía consigo sus pertenencias más importantes y en caso de emergencia, un papel con el número de María escondido en la suela del zapato.

De repente, se sintió tan lejos del océano que experimentó el mareo. Le habían advertido que algo así podía sucederle. Desde su ventana, observaba un desierto agigantado, café, seco y extremadamente soleado. El mareo se le subió a la cabeza y vomitó como acto reflejo.

En cada parada, veía el cielo más cerca. En un haz de luz de medianoche, se encontró de tope con las estrellas. Soltó otro par de lágrimas un poco mecánicamente; se sentía con una nostalgia profunda a ras del pecho.

Después de tres largos días de viaje, con el estómago vacío e hinchado, llegó a Chacalluta, la frontera entre Perú y Chile.

En Policía Internacional, mostró el pasaporte y una visa de turismo otorgada por el Estado de Perú.

“¿Qué es esto?”, le preguntó un funcionario público de chaqueta azul con la sigla PDI en color amarillo.

Juana titubeó.

“Es mi pasaporte”, dijo.

El hombre se sonrió.

“Sí sé. ¿No tienes visa?”, le preguntó un poco molesto.

“No”.

“¿Eres dominicana, verdad?-dijo el hombre, más en una ironía que en una pregunta. Juana asintió tímidamente-. Pues, desde 2012 los dominicanos necesitan una visa consular para entrar a Chile”.

“Mi pasaporte es todo lo que tengo”, replicó Juana.

“Sí, ya me di cuenta”.

“¿Por qué necesitamos ese visto consular por ser dominicanos?, reprochó-. ¿Podemos trabajar sin él?”

Él abrió los ojos con carácter de sospecha.

“¿Quién te envió?-preguntó de pronto-. ¿Alguien te trajo engañada? Si alguien te trajo engañada, tienes que denunciarlo ahora mismo”.

“No, no. Yo vine porque sabía que aquí hay trabajo”.

“Bueno, esa es la razón por la cual necesitas el visto consular-dijo, respondiendo la pregunta inicial-. Al parecer, varios de tus compatriotas pensaron lo mismo, y se vinieron en masa. Al igual que desde Haití. El gobierno decidió ponerle orden con un visto consular que deberías haber pedido en tu propio país, no aquí-abrió sus ojos muy grandes y agregó: son 300 mil como tú”-Juana identificó un tono de ironía.

“¿Cómo yo?”.

“Ilegales”.

El hombre mentía. Nadie se había ido en masa a ninguna parte, y la población dominicana efectivamente representaba un aumento pero no tan significativo. No eran más de 20 mil visas otorgadas desde 2012 hasta la fecha, según datos del propio Departamento de Extranjería.

“¿Qué puedo hacer, entonces?”, preguntó Juana.

“Tendrás que firmar-respondió él, en un suspiro-. Anuncia tu llegada en la “PDI”, la Policía de Investigaciones, cuando decidas el destino final. Vas a tener que firmar mensual, o algo así”.

“Ok”, respondió. “Puedo hacer eso” pensó. “Una firma está bien, yo puedo hacer eso”. Observó la papeleta que le había dado el oficial. “Extranjero infractor”, señalaba un timbre con tinta azul en la parte posterior.

María le había asegurado que podría trabajar no obstante la visa. “Confío en Dios”, se dijo para tranquilizarse a sí misma. Antes de partir, se había encomendado al cielo y había orado por su bienestar, pero con el ajetreo confuso de los últimos días, había descuidado un poco la oración.

Intentó recordar las palabras del pastor de su iglesia, el mismo que hace unos años atrás le había dado la bienvenida a la religión. Se montó nuevamente en el bus, con la predica del sacerdote pendiendo de un hilo por su oído. Apenas pensaba con claridad, pero procuró que el mensaje que hablaba sobre fuerza y convicción se reprodujera en su mente como a través de un parlante.

Pasadas unas horas de desvelo, en la música de su celular sonó una canción especial. “Veo la cruz en frente de mí”, entonaba una mujer, “voy a Cristo”, continuaba, “voy a Cristo”, repetía.

A ratos, despierta y entre sueños, divisaba carteles con nombres de ciudades desconocidas, y en una ilusión, creía sentirse un poco más cerca del mar.

Llegó a la capital una noche de invierno cualquiera. Se desmontó del bus para encontrar un enchufe, reactivar su teléfono y contactar a su prima, sin embargo, para su buena sorpresa, ella ya estaba ahí.

“¡María!-exclamó y sintió como un chapuzón de agua correr por su cuerpo-. ¿Cómo tú sabías que yo estaba aquí?”, preguntó al tiempo que la abrazaba.

“Lo supuse por el mensaje que me enviaste cuando llegaste a Perú y vine a preguntar a la estación tu horario de llegada-respondió la negra sonriente, alegre de escuchar un acento familiar tan descontaminado-. Mi casa está cerca. Dame un bolso. ¡Estás cargada, mujer!”

“¡Me faltaron maletas!”, bromeó Juana.

Caminaron con la copucha a flor de piel hacia un conjunto de edificios no muy lejos de la terminal. La ciudad caída e iluminada le recordaba solo un poco a Santo Domingo, pues le hacía enormemente falta el aroma húmedo de la playa. Era agosto y Santiago no daba la mejor de las bienvenidas. El valle estaba sombrío y helado, y las personas estaban ausentes, como espíritus invernales faltos de sol.

María le prestó un abrigo para protegerse durante la caminata. La cháchara se hizo amena no obstante la brisa fría y la tensión peligrosa de la noche. Recorrieron las calles de Estación Central dirigiéndose hacia la Villa Portales que, de vez en cuando, exhibía orgullosa murales pintados, balcones floridos y terrazas con historia.

“Juana, yo pago \$200.000 por esta habitación”, le contó María, cuando la conversación transitó hacia temas más concretos.

“¿Cómo cuánto es eso?”

“No sé, después buscamos en la calculadora. Ya ni me acuerdo cuánto es el peso de Dominicana”.

Juana soltó una carcajada.

“¿Qué, pasa, prima? ¿Ya se te olvidó de donde tú eres?”.

Ella no dijo nada. A pesar de ser familia, Juana pudo notar que la distancia había hecho lo suyo: estaban lejanas, ligeramente reconocibles.

“¿Qué pasa, María? No te hagas la que no entiendes el idioma de tu país”, dijo Juana, probando un tono más lúdico.

“No, no es que yo no entienda-explicó María-. Es que yo no me acuerdo-rectificó molesta-. Lo que yo te quería preguntar-dijo, aludiendo a otras materias-, es ¿Cuánto dinero tú traes? Porque lo tenemos que usar para comprar la comida y esas cosas. A mí ya se me ha ido todo en el alquiler”, se quejó.

“A ver, yo tengo 500 dólares. Eso me traje. Lo demás me lo hago aquí. Tú no te preocupes, porque yo te ayudo-dijo Juana-. Si yo lo que quiero es enviarle dinero a mi mamá, que está con mis tres hijos y yo no puedo dejarla sola y sin dinero”.

“Son \$100.000 pesos chilenos los que tienes que pagar por el alquiler-le dijo María, como ignorándola-. Yo pongo el resto”.

Juana se limitó a asentir.

“Dime una cosa, María. ¿Tú en qué es lo que trabajas?”

“Yo soy ayudante de cocina-respondió orgullosa-. Y me gano mi dinero gracias a mi tío, que me dio empleo y me metió papeles”.

“¿Y tu tío me puede meter papeles a mí?-preguntó Juana esperanzada-. Por si no me funcionan las cosas sin la visa”.

María no le respondió. Habían llegado al apartamento y abrió la puerta para internarse dentro con rapidez.

En una mesa con mantel blanco, dos hombres compartían una caja de vino mientras se reían y echaban bromas.

“Hola-saludó María-. Esta es mi prima Juana. Vamos a mi cuarto”.

Se dirigieron por una escalera que conectaba un pasillo con tres habitaciones. La pieza de María tenía una cama de dos plazas, un armario lleno con sus pertenencias y un mueble que había vaciado para que Juana pudiera guardar su ropa.

“Mira, para mí fue un proceso largo lo de los papeles-dijo María, retomando la conversación-. Estuve mucho tiempo sin tener nada claro, y mi tío, que ya lleva cinco años aquí, me explicó cómo tenía que hacerlo. Estuve a punto de querer marcharme, sin embargo, ahora me llegan \$300.000 por el trabajo que hago todos los días de ocho a seis de la tarde. Me da para enviarle a mi familia y mantenerme. Estoy legal”.

Juana se sentó a los pies de la cama con el corazón en vela. A la mañana siguiente se despertaría temprano para encontrar lo que necesitaba: una señal de celular para comunicarse con sus hijos y un lugar de trabajo para cerciorarse de que estuvieran bien en la isla.

“No te pongas así, Juana-le pidió su prima, y entonces, se dio cuenta que sin querer estaba llorando-. Vas a tener que esperar un tiempo, pero de cualquier forma, vas a encontrar algo. Espera en Dios”, le aconsejó.

Se secó el rostro con un pañuelo y se desvistió con pudor antes de tumbarse a dormir. Quizás Dios tendría un plan diferente para ella.

...

La lluvia asechó el cielo invernal de agosto con fuerza esa mañana. Juana tomó un abrigo prestado de María y se trasladó al centro de Santiago para anunciar su arribo a la PDI. Saltó los charcos de agua que se acumulaban en las esquinas con cierta torpeza, acostumbrada a una lluvia mucho más cálida y ligera. Cogió la micro con número 210 y verificó la dirección en la cual debía presentarse.

Experimentó un par de miradas encima y meditó sobre cambiar sus ropas y horadarse las orejas. Quizás debería modificar su atuendo a otro más presentable para una reunión de trabajo. En las últimas horas, no había vislumbrado muchas oportunidades fuera del marco

de la ley. Los empleadores le requerían los papeles sin excepción y parecían estar obstinados en asegurarle que nunca los obtendría, solamente por ser dominicana y tener una papeleta de extranjera infractor.

Los funcionarios de la PDI le dieron una vaga bienvenida en kreyol, asumiendo que era haitiana. Ella sonrió.

“Hola”, dijo.

“Espera tu turno aquí”, le ordenaron.

En el salón había personas de toda procedencia. Identificó varias personas gritando con un acento dominicano evidente. También había haitianos e hispanoparlantes de otros lugares de América, pero no se fijó demasiado. Llevaba un par de días en un extraño trance de paso, como si su espíritu todavía no llegase por completo. Absorta en sus pensamientos, no notó que una mujer se sentó a su lado buscando conversación. Juana era escueta, pero cortés. En su mente, todavía divagaba sobre la posibilidad de haber cometido una locura.

Después de dos horas y media de espera, se acercó al mesón de un policia.

“Hola. ¿Sin papeles?”, preguntó un policia.

Juana asintió y le entregó la nota que le habían pasado en la frontera de Chacalluta.

“Tienes que venir a firmar una vez al mes-le explicó un funcionario con la misma pereza que el hombre que conoció en la PDI del norte-. Tienes que esperar por una orden de expulsión y después de eso, puedes apelar, si quieres. Por ahora estás ilegal”.

“Yo quiero trabajar”, dijo Juana en un hilo de voz, confundida. Por un momento, pensó que se sentía también engañada.

“No tienes derecho a permiso de trabajo-la persona verificó su nombre-... Juana. Antes de venir, tenías que pedir visa en el consulado chileno de tu país, porque eres do-mi-ni-ca-na-dijo, separando las sílabas una por una. Juana se extrañó y él continuó: Sorry, morena. Tendrás que venir a firmar mensualmente”.

“¿Pero ustedes no me pueden ayudar?”, preguntó ella ingenuamente.

“No-contestó él espeso, pero luego de unos segundos la miró a los ojos: Mira, anda al Servicio Jesuita a Migrantes, está en Lord Cochranne, no me acuerdo el número, pero puedes googlearlo. Eso o el MAM, que no sé dónde está. Ellos ayudan a los migrantes en tu situación, pero te van a explicar lo mismo que yo-el hombre dijo esto rodando los ojos. Se detuvo unos instantes y dijo algo que ella ya había escuchado:-Son 300 mil como tú”.

“¿Como yo?”

“Ilegales”.

Juana se retiró compungida. “Espero en Dios”, se dijo para consolarse. La noche anterior se había comunicado con su familia y el mayor de sus tres pequeños le había pedido de regalo una tablet por su cumpleaños. “Cuánto saldrá eso...”, se preguntó hipócritamente, a sabiendas de que al menos por ese momento comprarlo sería imposible.

Sumergida en una sensación de abandono, regresó al cuarto para llorar con tranquilidad. María no llegaría hasta más tarde, y siempre le reclamaba que tenía que levantar su ánimo, pues no le gustaba verla tan abatida. Con cierta culpa, se acostó sobre la cama en posición fetal y cubierta por una manta se quedó dormida.

De repente y a lo lejos, divisó un faro de luz azul en un océano negro como la noche. Se observó a sí misma desde arriba, flotando entre la oscuridad y dejando una estela de espuma blanca. Aleteó sus brazos como un pescado en el agua y entrecerró los ojos para ver a la distancia. No se veía simplemente nada, a excepción de ella, con un vestido plomo brillante. En la profundidad del mar, creyó escuchar el canto de un delfín o una ballena azulada. “¿Qué es eso...?”, se preguntó. Y entonces, escuchó su nombre. “Juana...”, musitó dulcemente una voz. “Juana...”, repetía. “¡Juana!”, le gritaron y su cuerpo se empezó a agitar formando más espuma. “¡Juana, por Dios!” le dijo María y Juana despertó en un zamarreo.

“¡Te quedaste dormida!-le espetó-. ¿Qué estabas soñando? Estabas como con la boca abierta”.

“¿Qué hora es?”, preguntó mientras se reincorporaba, ignorando la pregunta.

“Ya son las ocho. ¿Cómo te fue?”.

“Mal-dijo, negando con la cabeza-.Tengo que ir a firmar, y no pueden hacer nada para ayudarme”.

“¿Cuántas veces tienes que ir a firmar?”.

“Una vez al mes”.

“Bueno-suspiró María-. Es mejor que otras. Tengo amigas que les toca todas las semanas”.

“Pero ¿Eso de qué depende? ¿Cambia en algo las cosas?”.

“No sé, eso no te lo explican. Pero yo creo que depende cuánto le gustes al policía”.

Juana no respondió.

“Iré a prepararte comida. Debes estar muerta”.

“No, tranquila, Juana. Comí en el trabajo. Come algo tú”.

“No tengo hambre”, replicó.

María la observó un largo rato. En su mirada se notaba un gesto de compasión.

“Negra, escúcheme una cosa-le dijo en tono firme-, ya que usted no está haciendo nada ¿Por qué no se pone a vender algo? Quedarse aquí sola en la casa no tiene sentido-afirmó un poco severa-. Ya son varias semanas que no has encontrado trabajo. Yo tuve que vender en la calle un tiempo también. Es parte de este proceso”.

Juana todavía estaba un poco dormida.

“Sí... ¿Qué puedo...? ¿Qué podría vender, María? ¿Qué crees?”.

“¡No sé!, se encogió de hombros y Juana recordó a su madre: ¡Usted sabe! Galleticas, no sé. Usted trabajó en eso cuando su padre murió, ¿verdad? Usted conocerá lo que se hace, vender es lo mismo aquí que en cualquier parte”.

“Sí-respondió, y en un par de segundos viajó al pasado: Creo que mi jefa, en Dominicana, me dijo que conocía alguien aquí que me podía ayudar. Le voy a escribir para que salga algo, y mientras tanto, invierto en comida para vender durante el día”.

“Las galleticas las compras al lado de la estación y te pones en el metro, o en el semáforo, tú ves, contestó María: Dicen que la policía te persigue si no te escondes bien, así que lo tienes que hacer con cuidado-le advirtió-. Puedes preguntarle a Carlos, el dominicano que vive en el apartamento de abajo. Él trabajaba antes en eso”.

Juana asintió. Le hubiese gustado que apareciera un trabajo más prometedor, pero ya iba un mes en Santiago, y solo había conseguido enviarle \$70.000 pesos chilenos a su madre, que apenas le alcanzaban para llenar la alacena. Pensó en la mirada traviesa de sus pequeños y solo deseó que estuvieran obedeciendo a su abuela. “Como vuelva y se hayan mal portado...”, pensó.

...

Un teléfono vibró encima del mueble de la habitación con un mensaje esperanzador.

“Juana, soy Angélica. Javiera me pidió que te ayudara con una oferta de trabajo. Necesito saber si tienes papeles y si puedes venir mañana a una entrevista cerca del metro Cristóbal Colón de la línea 4. Te espero a las 11 y vemos qué podemos hacer. Avísame. Un abrazo”.

...

“Dame de esas galletas, por favor”, pidió Juana un poco apática.

Una vendedora le extendió un paquete con la etiqueta “Serranita”.

“Salen \$2500. Te convienen dos en \$5000 y te llevas estas, dijo, mientras sostenía otro par de galletas que señalaban “Carioca”.

Lo meditó un par de segundos.

“Se llevan harto-le aseguró la vendedora-. Las vai a vender en un ratito”, dijo, mientras sonreía y sus mejillas se ponían aún más coloradas.

“Bueno”, accedió.

Esa misma mañana, se había reunido en una decepcionante entrevista de trabajo con Angélica, la amiga de su jefa en Dominicana, para saber que no tendría otra forma de hacer dinero que vendiendo en la calle.

“Lo siento, Juana-le había dicho con pura compasión-. Perdona, yo pensé que tenías tus papeles al día. Tengo que dar explicaciones acá en la empresa, incluso por cosas como el aseo-se excusó-. Lo de la migración es demasiado complicado-dijo, como aludiendo no ser experta en el tema-. Te deseo suerte”.

“No importa”, pensó Juana. “Si hubiese sabido, no vengo, es lo único que me enoja”. A veces tanto, que le entraban ganas de cuestionar a su prima y decirle “¿por qué me dijiste que iba a ser fácil?”, hasta que se acuerda de Dios, y procura olvidarse.

“A \$500 las galleticas, a \$500...”, empezó gritando y no paró más hasta las siete.

...

“Qué país más injusto”, pensé. “Qué país de mierda”.

“¿Qué podemos hacer para ayudar a Juana?”, me preguntó Valentina, como adivinándome. Yo suspiré. Suponía que tal vez, con Juana podíamos establecer una amistad, o encontrarnos un poco más seguido, pero no se me ocurría nada más.

“No sé-le respondí en un tono negativo-. Fui al Servicio Jesuita a Migrantes y me explicaron que lo único que puede hacer es esperar por una orden de expulsión y después de eso, revocar apelando a la corte. No tiene derecho a trabajar, básicamente. No dentro de la norma, al menos”.

“¡Oye!-dijo, como siempre, tan súbitamente iluminada-. ¿Y si le ofrecemos pega acá?”.

“¿De qué?”, pregunté desconfiada.

“¡Haciendo el aseo!-contestó en una obviedad-. Le pagamos 15 lucas. Es mejor que las 5 lucas que se hace con las galletas”.

“¿No será eso poco ético periodísticamente hablando?”, dije yo, escéptica de inmediato.

“Estamos pensando en alguien en una condición muy precaria. Nuestra casa es del porte de un maní, y la podríamos asear nosotras, así que es simplemente para ayudarle mientras le aparece algo mejor. Ella tiene experiencia en trabajo doméstico”, argumentó Valentina con sentido de justicia.

En mi cabeza, surgieron varios motivos en contra. Hace dos minutos, sentía que Juana era mi amiga, y un poco más tarde, pensaba en ofrecerle trabajo a cambio de sueldo. Era una transición demasiado extraña para mi gusto. Nunca había manejado muy bien las sutilezas de las relaciones humanas y me invadió un presentimiento sobre una futura mala experiencia. Además, era como poner un conflicto de clases demasiado visible sobre la mesa. No me gustaba sentirme pudiente, o incluso poderosa, por el solo hecho de poder pagarle por un trabajo.

“¿Y si se asusta?”, pregunté con preocupación.

“¿De qué se va a asustar?”.

“¡No sé!-exclamé-. Juana es evangélica, va a ver la cama de dos plazas en una casa donde viven dos mujeres, y va a sospechar de nosotras-expliqué-. Va a cachar que somos pareja y ¡eso es pecado po’!”.

“Bueno, pero si necesita las lucas, eso no le va a importar”.

“No sé...”, continué.

“Ya, po’-ella insistió-. Yo la voy a ayudar de igual forma, porque me da tristeza su situación. La pobre mujer tiene que enviarle plata a su mamá y pagar una pieza de 100 lucas, sin embargo, ¡apenas se hace 5 lucas al día vendiendo galletas!”, repitió.

Tenía razón. Quizás el problema de clase lo poseía yo. Es completamente digno hacer el aseo o la limpieza de cualquier lugar a cambio de dinero.

“Ok”, accedí, La voy a llamar.

...

Algunos días más tarde, saliendo del invierno del 2018, Juana se asomó a la salida del metro con la mirada en el horizonte de la cordillera, mientras yo la esperaba un poco nerviosa. En mi casa se hospedaba otra pareja de amigas esa misma noche y Juana llegaba justo a tiempo para encontrarlas. Me mordí las uñas pensando si estaba tomando la decisión correcta. Nos saludamos con familiaridad y nos pusimos en marcha.

“Tengo unas amigas en la casa-le advertí. Ella me miró preocupada-. Pero saben que vamos en camino. Aparte ellas tienen que hacer sus cosas igual. Hicimos arepas para que tomemos desayuno primero ¿Te gustan?”.

“Sí”, respondió, escueta. Juana a veces podía ser particularmente callada, o tal vez, solo demasiado tímida.

“Mi casa es bien chiquitita, pero yo hago muchas cosas todo el día, así es que no alcanzo a limpiarla bien-le expliqué, como justificando la razón de haberla llamado-. Vivo con alguien más; se llama Valentina. Ahora te la voy a presentar”, le dije contenta, y no conseguía callarme.

Ella sonrió y desvió la mirada. Caminaba un tanto cabizbaja. De inmediato, pensé que si cualquier persona extraña me ofreciera trabajar en su casa, sin contrato o algún tipo de condición sin garantía, yo estaría aterrorizada. Intenté no presionarla en una conversación forzada, pero parecerle amigable de igual manera me resultaba importante. Quería sentir que podíamos establecer una relación de amistad, o cierta cercanía, no obstante algunas de nuestras irreprochables diferencias de historia y experiencia.

“Me contabas que has trabajado en el ámbito doméstico hace mucho tiempo, ¿Verdad?”, pregunté.

“Sí, desde que tengo 15 años”.

“Eras muy pequeña-exclamé-. ¿Terminaste la escuela?”.

“No, yo dejé. Tenía que ayudar en la casa-explicó con ligereza-. Mi hermana, que es un año más vieja que yo, no quería que yo entrara a trabajar, pero ella no podía sola, entonces, yo me ofrecí”.

“Eso fue muy amable de tu parte, muy generoso, Juana”, observé.

“En Dominicana, las cosas se hacen así-dijo-. Si alguien necesita ayuda o está en problemas, tú estás ahí. Sobre todo si es tu familia. Todos crecemos en ese ambiente, ¿usted me entiende?”.

“Sí, entiendo. En algunas partes aquí también puede ser así, aunque no lo parezca”.

“Yo eso no lo he visto aquí-reprochó-. Cuando me pasa algo, tengo a mi prima. Si no fuera por ella, yo no vengo, porque no tengo a nadie”.

“En ese caso puede ser más difícil, sin duda”, afirmé.

“Sí, lo es”.

Llegamos a la casa y le presenté mis amigas a Juana. Angie y Toli le dieron la bienvenida con amabilidad. Mientras tomábamos desayuno de arepas con palta, Juana divagó por sus sentires como trabajadora migrante, marcando algunas diferencias entre Chile y la isla, sobre todo aquellas que le hacían sentir profundamente abandonada.

“He engordado como 10 kilos ya, se quejó-. Como puro pan”.

“¿No alcanzas a cocinarte?”, le preguntó Angie, que en cualquier momento le empezaba a pedir a Juana que dejara el gluten y que hicieran yoga a la mañana siguiente.

“A veces. Intento pasarme el día vendiendo las galleticas para conseguir algo de dinero y eso me toma todo el día. Si no me cocino, simplemente me compro cosas en la calle no más”.

“¿Hay alguna comida chilena que te haya gustado?”, le preguntó Toli.

“¡Las sopaipillas!”, respondió Juana riendo.

Toli alzó los brazos por sobre Angie mientras reía también. Estuvo a punto de abrazarla por la cintura hasta que le dirigí una mirada de advertencia y negué enfática con la cabeza. “*Don't!*” le modulé con los labios. Me acerqué un poco y con voz ni tan baja le dije “*don't kiss in front of her, please*”. Toli asintió.

Me sentí tan ridícula por hablarle en inglés que me sonrojé. “Qué clasista puedo ser a veces”, pensé.

“Juana, te muestro la casita-le dije, e hice que todas nos paráramos-. Es pequeña, pero te cuento que es lo que hay que hacer-y me sentí como patrona de nuevo-. Las chicas ahora saldrán”, afirmé.

“Sí, no se preocupe, mi amor-me dijo Juana con dulzura-. Yo me hago cargo, usted haga lo que tenga que hacer”.

“Gracias-sonreí-.En realidad, aquí en la pieza, hay que hacer el baño no más. La cama la hago yo todas las mañanas, así que no hay problema-dije mientras me giraba-. En la cocina solo hay que limpiar, barrer y pasar el paño, básicamente”.

“Sí, mi amor-me respondió-. Gracias”.

“Gracias a ti, Juana”.

Juana se dedicó en un corto santiamén a soplar la casa con mucha energía. Puso música en YouTube y de repente cantaba mientras pasaba un paño por el piso. Mis amigas se habían marchado y entre nosotras reinaba una leve tensión provocada por el silencio.

“Juana, ¿hace cuánto que practicas la religión?”, le dije, buscando sonar casual.

“Hace muchos años, desde muy pequeña”.

“¿Aquí vas a la iglesia también, verdad?”.

“Sí mi amor, está cerca de mi casa. Vamos con mi prima”.

“¡Ah! No sabía que ella era evangélica también”.

“No, no está bautizada, pero le gusta oír la palabra, porque así se siente mejor...como con más esperanza...”

“Imagino que a ti también te produce eso, verdad...”.

“Sí, me deja tranquila. Cuando me siento abatida, yo pienso en Dios y en la palabra del pastor”.

“Mierda”, pensé.

“Debe ser lindo...-mentí-. ¿Cómo qué les dicen en esa palabra?”, sugerí, intentando mantener el carácter fortuito de la conversación.

Ella me miró sin comprender.

“Bueno-indicó y ladeó la cabeza-. Nos explican que Dios está para nosotros, que podemos pedirle su bendición para nuestro día a día”.

“No es tan malo...”

“Y que nos alejemos de la tentación-continuó-. Porque la tentación puede estar cerca, pero si tú no quieres y si tú te quedas en Dios, y confías en él, y no abandonas... pues, así está bien”, explicó ella, como de Perogrullo.

“¿Qué tipo de tentaciones...?”, comencé a preguntar, en el momento justo que Valentina cruzó la puerta.

Me pregunté si para Juana sería extraño que tuviéramos dinero para pagarle a alguien por el aseo y no para comprar otra cama o arrendar un lugar más amplio con dos habitaciones para una casa en donde, en teoría, vivían dos “amigas”. Mientras ella desviaba su mirada y continuaba con la limpieza, observé que la importancia del dinero radica en la sobrevivencia. Como en una sacudida, maduré así de rápido y me saqué un par de prejuicios de mi mochila. Era muy probable, que en cualquier situación migrante precaria, yo también accediera a limpiarle la casa a un pastor de iglesia, por ejemplo, incluso si eso fuera en contra de mis convicciones.

“¿Cómo se conocieron?”, preguntó Juana de pronto y yo me sorprendí de que se interesara en nuestra vida.

“Nos conocimos en la casa de una amiga, hace un año-le respondí-. Y vivimos juntas hace dos meses”.

“¿Se llevan bien?”.

“Sí”, contestamos al mismo tiempo.

“Eso es importante-manifestó Juana. Y sentí como si nos diera su bendición”.

Pese a observarla un poco incómoda a ratos, figuré que evidentemente, yo tampoco me sentiría a gusto si experimentara ese tipo de preocupaciones tanto aquí como al otro lado del Atlántico. Lesbianas o heterosexuales, para Juana no era gran cosa, pues había en su mente otros temas más importantes. Hace tres días, había escuchado el llanto amargo del más pequeño de sus hijos, Maciel, a través de una llamada telefónica con su madre. En ella, él le confesó que tenía hambre, pues no había comido. En Dominicana eran las 3 de la tarde.

“Mi niño no había comido y a mí se me partió el alma en tres pedazos-relató con los ojos llorosos-. ¿Qué estoy haciendo yo aquí si no es juntar dinero para ellos?-hizo la pregunta

retórica-. ¡Cogiendo lucha! Eso estoy haciendo- se respondió a sí misma y luego agregó: Porque si fuera por mí, yo me fuera. Si yo hubiera sabido que esto iba a hacer así, yo no vengo”.

La manifestación de nuestra diferencia se hizo repentinamente ineludible y certera. La profundización en nuestra conversación solo hacía notar lo evidente. Antes de eso, yo me había considerado a mí misma como una persona consciente de sus privilegios, a sabiendas de lo que significa acceder a la universidad y a la cultura en un país desigual como Chile. Resulta ser que, además, soy la tercera generación familiar en asistir a la educación superior. Juana, por otra parte, no había acabado la escuela. Y no había sido por falta de voluntad, mas por sobrevivencia. Asimismo, su madre apenas terminó la primera parte. Su abuela tuvo suerte de rehuir a la esclavización forzada, la primera en ostentar la libertad. Pa’ atrás ya no tenían ni memoria, más que la evidencia de la piel negra para probar que hubo vejación y sufrimiento. Ni siquiera un siglo después, habían podido redimir un poco su realidad, optando, por ejemplo, a oficios con salarios dignos. Un centenario de injusticia versus un centenario de privilegios nos separaba en la capital del Chile contemporáneo.

“Yo vine a buscar una casa mejor para mis hijos y todavía no les estoy dando nada, afirmó Juana de pronto: Si yo pudiese a esta hora, yo me fuera”.

Se quedó en silencio un segundo y luego continuó. Sus ojos negros destellaron y dijo:

“En Dominicana no nos pagan lo que deberían pagarnos... pero ¿qué hacemos aquí? Ya son 4 meses, casi 5 meses aquí... cogiendo lucha”.

Le ofrecí un té como última cortesía cuando terminó su trabajo y fijamos las bases de un acuerdo. El trato sería un aseo semanal, siempre y cuando, ella no encontrara algo mejor. Me dijo que le parecía bien y que lo prefería a pasarse todo el día en la calle. “Estoy cansada de arrancar de los pacos”.

Las cuatro semanas siguientes fueron más o menos similares. Yo la esperaba en casa con algo para comer y ella realizaba su trabajo de forma expedita y silenciosa. De vez en cuando, compartíamos anécdotas y cruzábamos palabras, transitando de la tensión a la alegría a pasos agigantados, como dos desconocidas que se caen bien. Aparecieron ofertas de trabajo, pero

ninguna prometedora respecto al salario. Incluso aceptándolas, no podía declinar el aseo, pues aún mantenía una deuda por el pasaje de avión desde Santo Domingo a Lima.

Entre las pocas noticias que volaron por esos días, Juana tomó la decisión de ponerse en contacto con otros familiares que vivían en Santiago. En un cité maltraído de Avenida Recoleta, que cobraba \$120 mil por habitación compartida al mes, encontró a su prima hermana Alessandra, y se mudó con ella, dejando atrás la temporada con María.

Lo bueno de vivir en Recoleta era que en el barrio casi todos se dedicaban al comercio “ambulante”-como lo llaman las autoridades-y entonces, el oficio se transformaba en una especie de escudo humano en contra de los pacos. A Juana eso la dejaba más satisfecha, pues le garantizaba menos trote. Un poco más, y ya le salía una hernia tanto acarrear mercancía.

También había otros aspectos negativos, como estar lejos de la iglesia, por ejemplo, y de los amigos que había hecho apenas llegada a Santiago. A veces le escribían por WhatsApp para invitarla a salir de juerga, pero ella prefería quedarse en casa, esperando que llegara el internet. Asimismo, Alessandra se ensañaba en pedirle que “cambiara la cara” y que “saliera un poco de fiesta”, y aunque hiciera su mejor esfuerzo, Juana no encontraba voluntad. Era como si, de golpe, aterrizada en Chile, le hubiesen arrebatado muy dentro una alegría que antes solía parecer perenne.

“Si yo salgo, Ale-le explicaba en un intento por justificarse-me gasto 5 mil pesos. Yo podría enviarles ese dinero a mis hijos para cualquier cosa”, decía, y en un acto reflejo, comenzaba a llorar.

“Bueno, bueno, Juana. ¿Cómo vas a estar llorando todos los días? ¡¿Cómo no vas a poder pararte y buscar trabajo, mujer?!”, reprochó Alessandra.

Juana no se inmutó.

“Si yo estuviera trabajando y ganando plata, sería diferente-se excusó-. Me cansé yo, hombre. Que me manden a mi país”, exclamó.

...

“Juana, ¿tú te reconoces como una mujer afro descendiente, como una mujer negra?”, volví a preguntar seis meses más tarde. Estábamos almorzando en la Vega Central.

“Yo no soy africana, pero yo tengo a toda mi familia negra. Mi familia es toda negra, pero no africana-dijo y luego agregó: La mayoría en Dominicana somos morenos”.

Bebió un sorbo de coca cola y como adivinando mi siguiente pregunta, continuó:

“Hay personas que son racistas y que te miran la piel, pero en las pegas nos cogen igual porque dicen que somos trabajadores, dijo: Aunque no para cualquier cosa, ah. Morenos para trabajar en la computadora, no los van a coger, es que se sabe. Pero pa’ ser mucamas, limpiar, lavar baños, eso sí”.

Se engulló una cucharada de arroz con pescado en la boca y alzó los ojos en señal de que había cosas en la vida que simplemente no se pueden comprender. Ella se hacía cargo de la decisión de no haber optado por la visa de trabajo para entrar a Chile, pero solamente, porque le habían aconsejado que era más fácil.

“Yo sabía que también había gente que entraba como yo, y te dejaban trabajar-aseveró y luego bajó la voz-. Parece que el otro gobierno no hacía tanto problema.

Aminoré sus expectativas y le dije que no estaba tan segura de eso. Los gobiernos obedecen a una cuestión incluso más grande, que es la Constitución, y al menos yo identificaba ahí el problema. “¿Por Pinochet y eso?”, preguntó. “¡Sí!”, y nos reímos. “Es igual en todas partes, mi amor”, dijo.

Los haitianos en Dominicana, por ejemplo, que pertenecían a la población migrante mayor dada las condiciones geográficas, vivían las mismas experiencias de trabajo que Juana en Chile. Migraciones determinadas por la visa consular. Sin la visa, el entrampe burocrático es sencillamente letal. No hay carácter que aguante, pues este hecho afecta el ámbito más importante, el motivo principal de la migración: el trabajo. Es como si toda la experiencia migratoria estuviera marcada por un solo hecho, la manera de ingreso. Si al momento de cruzar la frontera, no hay papeles, entonces, en Chile solo serás “extranjero infractor”.

“Después de que llegué aquí vi las cosas diferentes...-musitó Juana en una mueca de dolor-. Aparte de ser nana y cocinera, ¿Qué otra cosa puedo yo hacer?-preguntó y arrugó el ceño-. Por último, fuera hombre, que trabajan en cualquier cosa, levantando cosas pesadas en la Vega, cualquier trabajo duro...-lamentó- Pero me tocó ser lo que soy”.

El último trabajo relativamente estable en el cual se empleó, era en un hotel de mala muerte ubicado cerca de su nueva residencia. Estuvo ahí 15 días enteros, cobrando \$10 mil por jornada; pero pasadas las dos semanas, redujeron presupuesto, y echaron a medio mundo. Ella, la sin papeles, por supuesto, incluida.

“Si yo sabía que esto era así, me hubiese quedado en mi país, con mis hijos, que tanta falta me hacen”, dijo con un gesto inamovible en el rostro. Tenía el labio fruncido como en una molestia.

De pronto, sonó su teléfono.

“¡Dímelo!-contestó, cambiando su tono de voz- ¿Qué dónde yo estoy? Estoy con una amiga-dice, y me mira sonriendo-. Qué pololo... ¡con una polola es lo que yo estoy!-bromea-. Yo no estoy en la casa, después yo te llamo-cortó y se volteó hacia mí-. Era una amiga de Dominicana que vive cerca del cité. Ella me llama porque sabe que estoy triste y me ayuda a tirar pa’ arriba. Tampoco tiene trabajo pero lo que ella tiene es novio y ahí se afirma”, dijo soltando una risa.

...

Hacia finales de 2018, en diciembre, Juana dejó de escribirme. La llamé a su celular, pero me apareció un buzón de voz, así que supuse que estaba sin internet, como le sucedía a veces cuando se quedaba sin dinero. Esperé dos semanas, pero continuaba sin atender. No sabía dónde vivía, ni tenía el número de Alessandra, su prima, o María, la de Estación Central.

Me pregunté si quizás no sería de las pocas amigas chilenas con las que Juana podía contar en Santiago. Sentí ese ademán de responsabilidad y me dirigí a los cités de Recoleta, en una especie de investigación detectivesca de pésimo presupuesto.

Observé una construcción antigua con pintura resquebrajada y me acerqué a tocar el timbre.

“Aló-grité cuatro o cinco veces. La panza de un hombre a medio vestir se asomó con pereza a la puerta-. ¡Hola! Estoy buscando a Juana, sé que es un poco ridículo, pero no sé dónde vive y necesito ubicarla. Es morena y es dominicana... como de este porte-señalé-. Es sonriente, pero no tanto...no sé si usted...”

“No vive aquí”, me dijo, como sin entender mi descripción-. Más abajo vive una Juana, pero es colombiana, no sé si te sirve”.

“Qué estúpido”, pensé.

“Ok, gracias”, dije, reconociendo que mi búsqueda iba a ser imposible.

Avancé derecho por Avenida La Paz con poca esperanza.

“Hola, estoy buscando a Juana, es una mujer dominicana, no sé si tal vez...”, y así estuve como seis veces. Hasta que di con algo.

“Creo que está adentro”, afirmó una señora con un tomate en la cabeza.

“¿Sí? ¿En serio?”, pregunté emocionada.

“Creo que sí, pase”.

Atravesé la reja de fierro del número 130 en Avenida La Paz, después de caminar cuadras sin éxito. Había un par de niños jugando a la cuerda al interior del pasillo y me observaron con temor.

“¿Juana?”, pregunté.

“¿Sí?”, me preguntó una voz detrás de mí.

“¡Hola!-saludé-. Estoy buscando a Juana. Ella es de República Dominicana...”.

“Sí, soy yo-afirmó extrañada-. ¿Nos conocemos?”.

“No-musité-. Estoy buscando a otra persona... debe ser alcance de nombre, pero gracias igualmente”, dije y la observé una última vez: no era Juana.

Salí del lugar y me paré al medio de la vereda, como pidiendo que Juana apareciera de alguna parte, pero al mismo tiempo, supe que encontrarla habría sido imposible.

Tal vez, con el paso de los días, y la venta de las galleticas o a esa altura, quizás qué cosa, Juana lograría costear el internet de su celular y se comunicaría... no porque tuviera que hacerlo, sino para hacerme saber que estaba bien. Que podía seguir trabajando no obstante las vicisitudes, las decepciones, la tristeza. Estaba segura de que se reiría cuando le contara que crucé medio Recoleta buscándola y quizás esa muestra de cariño le hiciera sentir mejor.

Esperé cinco minutos ahí fuera, como convencida de que tarde o temprano, Juana podría aparecer desde alguna parte, pero después de un rato comprendí que no sería así. Me devolví a regañadientes con un solo pensamiento en la cabeza “¿Y si no fuera por ese segundo piso, Juana?”, no seguí buscando.

La santera

A Elegguá¹¹,

Barasuayo, omoni alaguana o mamakeña irawo eeee

Barasuayo, omoni alaguana o mamakeña irawo eeee

Septiembre 2017, La Habana

El sol pega fuerte en La Habana. La llegada del otoño es una farsa. En el centro de la ciudad, los edificios con su sombra protegen escasamente del calor a la población. La sudadera es colectiva; a lo lejos las gentes parecen recién salidas de una ducha.

¹¹ Culto afro cubano.

Lo lindo de la isla es que nada entretiene más a los cubanos que la propia Cuba: el cielo ardiente, una tormenta tropical, el silbido furioso o cariñoso del mar. Cuando se está lejos de Cuba, se está lejos de uno mismo.

Una mujer se tambaleó en la acera:

“¡Madre mía! Pero ¿por qué no miras donde caminas?”.

“Estoy mirando, ¡estoy mirando! Lo que pasa es que esta calle está diferente, ¡llena de hoyos! Sin importar por donde pase, me tropiezo”.

“La calle es la misma de siempre, mamá. Y tus tropiezos también”.

Yaramil le dio una calada de humo profundo a su cigarro. Agarró el brazo de la Mima¹², su madre, y la condujo por un pasaje de viviendas altas, sin árboles. Los edificios del sector habían perdido su resplandor de antaño; El Vedado ya no parecía un barrio acomodado.

En la esquina de la calle, un montón de basura colgaba fuera de un recipiente y emanaba un hedor podrido a fruta descompuesta. Un par de gatos flacos maullaba mientras hurgaba en la comida putrefacta.

“En este lugar no recogen la basura”, reprochó.

“Bueno, pues la calle es la misma de siempre”, respondió la madre.

Se rieron de sus sarcasmos. Volvían a casa después de una mañana energética en el mercado. A pesar de que Yaramil contaba con pocos pesos cubanos, fueron los suficientes para comprar frutas de estación: piñas, bananas y mangos. No quedaban ni cebollas ni malangas. Y faltaban meses aún para volver a sentir el sabor de sus frutas favoritas, esas que se cosechan en primavera.

Caminaron a paso lento. La mima ya no tenía la vitalidad de antes, siempre estaba un paso atrás. Pararon por un café.

Yaramil estaba nostálgica:

“Siempre es buen tiempo de disfrutar contigo”.

¹² Apodo cubano popular para madre o mamá.

“¡Ni que te fueras a despedir!-renegó la madre-. Te vas de viaje apenas por cinco días. He pasado más tiempo sin ti-dijo y entonces recordó la infancia: ¿Recuerdas cuando eras pequeña y viajabas por el país mostrando tus danzas, en ese grupito tuyo en el que estabas? ¡Ahí sí se me apretaba el pecho cuando partías! ¡Eras pequeña como una golondrina!”.

Yaramil resopló.

“Era flaca como una pata de palo. La danza solo me hizo sacar músculo-dijo riendo-. En todo caso, nunca me había ido lejos, digamos, fuera del país. Eso es importante...”.

“¿Qué me va a importar a mí? Te vas con tu esposo y yo me quedo con tu hijo y mira, Yaramil, por mucho que yo te quiera, bien sabes que él es la verdadera alegría de este hogar. ¡Con él nadie necesita nada!-dijo, contenta y prendió un cigarro también: Es una verdadera televisión andante: me baila, me canta, me habla cantidad”.

Yaramil se sintió encoger. Había algo que la mima no sabía: en el viaje no estaba contemplado el regreso. Sintió leve culpabilidad, un cargo de consciencia; a la mima le tocaría quedarse con Reymil, su hijo, con toda la responsabilidad que eso podía significar a su edad. Confiaba en la certeza de que aunque su madre se llevara una sorpresa, comprendería que era un sacrificio a costa de su bienestar.

La decisión de marcharse no era repentina; salir de Cuba era una necesidad urgente. Hace tres años, en 2014, ella y su esposo, Carlos, se habían tirado al mar por primera vez, buscando llegar a Estados Unidos. Apenas recordaba ese momento, Yaramil volvía a experimentar un escozor en el estómago. Habían sido cuatro días enteros, con sus días y sus noches, navegando acogidos a la incertidumbre del mar. Eran veintidós personas prácticamente acorraladas en un bote pequeño, que solo de atrevido se hacía llamar barco, con una brújula artesanalmente improvisada, y con solo un verdadero elemento en común: la esperanza que repetían como mantra en su cabeza, “la costa, la costa, la costa”. Pegadito después venía “Miami, Miami, Miami”, pero ese no era un verso tan constante.

Lo peor de la navegación fueron las noches. La luz de luna no alcanzaba a iluminar la tremenda penumbra que emanaba de la oscuridad del mar. Yaramil no conseguía identificar ni los dientes de Carlos justo a su lado.

Casi por milagro, la policía marítima estadounidense los cogió a la cuarta noche. Yaramil agradeció en silencio, a pesar de que los mantuvieran una semana mar adentro, como en un improvisado reemplazo de prisión preventiva.

Los devolvieron a Cuba, ese era el verdadero castigo carcelario. Pero también era un alivio: cuando pisaron tierra, Yaramil agradeció en silencio.

A pesar de ese hecho-y la amenaza que parecía ser viajar a cualquier lado fuera de Cuba-el ánimo se mantenía intacto. Esta vez, viajarían en avión, y la primera parte del viaje-que en teoría tenía retorno-, sería en Guyana Inglesa.

Solo para constreñir un poco más la brecha que los separaba a igual distancia de un milagro y un fracaso, pocas semanas antes de partir, Yaramil y Carlos realizaron una ceremonia, cada uno en el seno aterciopelado de su propia religión.

Yaramil se dirigió a un *babalao*, el equivalente a un sacerdote cristiano en la santería, el culto cubano más popular, que practicaba desde hace más de veinte años.

“A Eleggúa debes comprarle golosinas, Yaramil”.

Elegguá, orichá o dios que abre los caminos (y los cierra), tenía la forma de un niño travieso. Y se decía ser un compañero predilecto de los viajes. “Te vienes conmigo, *Eleggua*” le dijo, “te necesito en los momentos difíciles”.

A *Olokún*, el santo que vive en el fondo del mar, primero le rindió un pato; y luego le improvisó un altar, donde colocó nueve piedras escogidas al azar en las playas del Este. A ese no se lo llevaba no más por lo pesado que le había salido el ajuar, pero tenía garantizada los milagros en la salud.

Carlos, por otra parte, asistió a un tata, padrino de los paleros, otro culto, que aunque similar a la santería, conservaba sus diferencias. El hombre le rindió culto a sus muertos, y cruz pa'l cielo que se encomendó al viaje, lleno de cuentas, rosarios y collares.

Era gracioso pensar que en esas fechas, en Chile estaban terminando de celebrar fiestas patrias.

...

Desde el avión, la isla perdía su forma alargada característica, esa que le hacía fácil de identificar en todos los mapas. En las alturas, Cuba aparecía más bien pegada al mar como por inercia, como una relación indisoluble entre el océano y la costa. “¿Habrá sido un volcán, como dicen que son todas las islas del Caribe?”, se preguntó Yaramil vaga, en uno de los dejos de la inconsciencia.

De pronto, el vértigo se asomó genuinamente hacia el centro de su cuerpo, encallando en sus vísceras sutil pero bastante certeramente. Las tres horas en el cielo se escurrieron como agua entre los dedos, y a Yaramil le dio prematura tristeza desplazarse cada vez más lejos de la isla.

Cuando aterrizaron en Guyana, el aire pantanoso de Georgetown, la capital, hizo que se les humedecieran las ropas. El aeropuerto estaba plagado de cubanos. Yaramil tenía la oreja bien parada: estaban en búsqueda de un “coyote”, un profesional del cruce ilegal de frontera.

-El tema es así-le había explicado Carlos-: Nos buscamos el coyote con los contactos que tenemos y si no encontramos nada, compramos cosas para comerciar y volvemos a Cuba. El

pasaje de vuelta está comprado-hizo una mueca de satisfacción con los labios y agregó:-Aquí no hay fracaso.

Yaramil intentó convencerse, pero alojó en la mente un grado de suspicacia.

Buscaron un hotel barato en el centro de la ciudad y reservaron una habitación durante cinco días. El edificio no estaba ni a medio morir, ni tampoco el albor de la modernidad, era simplemente adecuado para un viaje expedito.

Por las noches, Yaramil tenía pesadillas con el rostro de su hijo. Despertaba hecha una angustia, y el pecho se le entrecerraba solo de ver la fotografía de Reymil en la pantalla del teléfono. Lloraba como en un acto mecánico y Carlos atinaba a abrazarla en una torpeza varonil;“Ya está, Yaramil, estamos buscando un mejor destino para todos”, repetía. A ella esa idea se le resbalaba como un jabón entre los dedos.

Un turismo necio y ausente fue lo que hicieron durante los días que esperaron el contacto con el coyote. El clima de la ciudad les recordaba a La Habana pero en mayo, cuando la tormenta amenazaba echarse con fuerza encima del día. Así mismito era el tiempo en Georgetown; pantanoso, tropical, de aire pesado y nebuloso.

Eso sí, Georgetown no estaba en los sesenta, como Cuba, aunque tampoco en los dos mil. Había un par de edificaciones nuevas, y el resto, todas construcciones tributos a la antigua época colonial británica. Parecía un lugar sobrio respecto a su colorida habanera.

Las personas hablaban inglés y la asignatura de la escuela sirvió para lo necesario: *yes, thank you. A cup of coffee, please.*

El resto de los días transcurrió así, hecha un revoltijo de confusión. No probaba bocado que le cayera duro al estómago. La comida se le atoraba en la garganta, en el mismo lugar donde sentía ganas de ponerse a llorar. Era una sensación extraña, esa de creer que estaba haciendo lo correcto, y al mismo tiempo, buscar señales para auto sabotear su decisión.

Un coyote respondió el contacto el día antes de la fecha que aparecía en el pasaje de avión para volver a La Habana: “Mañana los recogemos a las 6 de la tarde-indicó en un mensaje escrito por teléfono-. Vamos con diez personas más-advirtió, y luego dijo: Son todos cubanos, como ustedes”.

Serían 500 dólares por cabeza. La suerte estaba echada. Yaramil llevó la cabeza hacia atrás y suspiró nauseabunda. Esa sí era una señal positiva.

Hizo lo que sabía hacer para tranquilizarse, se puso a rezar: “*Echubí, Echú, laroyo, Echú baragó, Echú de Baraqueño. Con el permiso de Olofi, de Olodumare*”, dijo medio cantando. Sintió la presencia traviesa de Elegguá volcarse por todo el hostel, como en un espíritu revoltoso, una sombra serena y fantasmagórica de un niño pequeño y juguetero.

Para los santeros, toda persona tiene un *orichá* de cabeza, como un ángel de la guardia. El de Yaramil era *Obatalá*, quien representaba el descendiente directo de *Olodumaré*, el más grande dios de todos *orichás*, el gran creador. Yaramil se tendió entonces en el suelo boca abajo: “*¡Jecua, babá, jecua!*”. Plegó las manos a las caderas y rezó: “*Babá furulo ere oh!*”. Imaginó a un hombre viejo caminar con parsimonia por toda la habitación. Estaba vestido de blanco.

...

A la hora programada, llegó una mujer con mal acento en español, Julia. La coyote era brasilera. De estatura baja, morena, ocupaba dos trenzas pegadas al casco. Vestía ropas opacas; pantalón caqui, una polera negra y botas de cuero color café.

“Entonces esto es así-dijo sin preámbulos-. Llegaremos hasta Boa Vista por paso ilegal en esta van-El conductor masticaba chicle dentro del vehículo y no se inmutó. Al interior, ocho personas miraban con atención por la ventana, pero parecían ya conocer el discurso-. Puede que nos encontremos con obstáculos, pero definiremos el plan de acción en el trayecto. No se asusten-advirtió-. Repito: no se asusten-Yaramil infló los orificios de la nariz-. Puede que descansemos en la ruta. Serán dos días de viaje-su voz transitaba entre la dulzura maternal y el tono de un general militar-. Llegaremos en auto solo hasta cierto punto. Después viene el bote-terminó con un gesto juguetón:-para cruzar el río”.

Se montaron en la van tiritando de ansiedad. Los cubanos apaciguaron la emoción.

“Chica, cambia la cara. Que te vas de viaje, no a un funeral-bromeó la más joven, Yaridma-. ¿Se podrá fumar en este lugar?-inquirió-. Yo sé que a ella le hace falta. ¿Verdad que fumas?-Yaramil asintió-. Entre pecadores somos fáciles de reconocer”, dijo en una broma.

Yaramil se tranquilizó: “Y entre santeros, dijo, señalando la pulsera de cuentas verdes y amarillas en sus muñecas. Simbolizaba la mano de *Orula u Orunmila*. Portarla era signo de estar iniciado en la religión, pues *Orula* es el santo que confiesa tu *orichá* de cabeza: Si no se puede fumar, por lo menos que paremos a tomarnos un café y a estirar las piernas. ¡Mira que cubanos quietos así tanto tiempo...! ¡Nos puede dar un paro, o algo!”.

“No se puede fumar-indicó Julia con voz de teniente-. Pero sí, nos vamos a detener. Por seguro que sí”.

La van cogió camino recto. Georgetown desapareció sólida y erguida. Yaramil pensó que tal vez no fuera tan fea. Tierra y monte aparecieron por el reverso de las ventanas, mientras el vehículo aumentaba paulatinamente la velocidad. El paisaje café y arenoso se comía la cháchara que tenían tantas gentes dentro de la van: cubano pa’ aquí, cubano pa’ allá. De vez

en cuando, la coyote dejaba escapar su risa maliciosa también. Tenía un aspecto maduro y orgulloso; proyectaba seguridad en ella misma. No era la primera vez que hacía el recorrido; años de trayectos clandestinos en el cuerpo no le habían endurecido ni un centímetro el rostro, al contrario, la adrenalina le rejuvenecía la piel.

Yaramil se dejó llevar por la noche que caía como boca de lobo sobre el auto en medio de la ruta. Pocas estrellas formaban apenas un reflejo de luz. El conductor, sin embargo, parecía adiestrado; al igual que Julia, se movía con destreza por la carretera de ripio y arena.

Yaridma le causó a Yaramil buena impresión. Tal como ella, dejaba un hijo menor en Cuba a cargo de su abuela materna:

“Con ella el niño está bien. La quiere como a una madre y ella, lo mismo pa’ él. La que tiene el problema soy yo. Sin él no sé cómo se puede vivir-confesó genuinamente. Su cara se desfiguró por dos segundos. Lloró silenciosa y volvió a su carácter: ¡Pero la cantidad de juguetes que yo espero comprarle!”.

Su esposo, Ecton, miró hacia otro lado. Tenía el corazón tenso. No poseía la alegría de su mujer, era un hombre más bien serio, pero no le temía a la conversación. Había estudiado medicina en Pinar del Río, la zona más occidente de la isla. En el último tiempo, eso sí, estaba trabajando como botero, el nombre popular que reciben los conductores de taxi. Todos sabían por qué: el turismo es lo único que realmente dejaba dinero. Como él, Marco y Fabio también habían asistido a la universidad. En realidad, la educación era un tema zanjado; nadie partía de la isla por falta de acceso a ella: “Yo me voy de Cuba para hacer dinero, como todo mundo-dijo Olivia, otra de los pasajeros. Su cara redonda se movía con armonía-. Si no fuera por eso, yo me quedaría tranquila en mi país. ¿Pero qué futuro tengo yo así?”, Kevin, su esposo, entrecerró los ojos y asintió con lentitud.

Tres de las cuatro parejas iban hacia Chile, incluidos Yaramil y Carlos. Marco y Fabio, en cambio, iba de camino a Uruguay.

“Nosotros nos vamos a Uruguay porque ahí nos podemos casar”, dijo uno, y cerró un ojo con coquetería.

El camino se llenó de polvo. Más la van avanzaba, más tierra levantaba a su paso. La noche húmeda se plantaba amenazante, hasta que las luces de un auto iluminaron el trayecto. Estaba

detenido en el costado de la carretera, y quería pasar desapercibido. Yaramil se puso alerta. Xavi, el conductor, apretó el acelerador con fuerza. Hacia adelante solo se veía más polvo enredándose en el parabrisas. La coyote, en el asiento del copiloto, entrecerró los ojos y dio instrucciones con voz seca en portugués. Yaramil advirtió cómo un jeep descapotable con al menos dos personas dentro encendía el motor y picaba con velocidad detrás de la van. Se enmudeció.

Habló Julia: “Es la policía federal de Brasil-sentenció fiera. Parecía un felino con los ojos repentinamente iluminados en medio de la oscuridad. Se energizó rápidamente-. Si nos cogen, nos quitan la plata”.

“¿Cómo?”, preguntó Kevin, quien se mostró confundido.

“La corrupción es de primer nivel en Sudamérica-afirmó ella-. Y la policía es el mejor ejemplo. No les interesa quitarnos la vida, dejarnos en este desierto”.

Xavi esquivó unos baches en el suelo y chocaron la cabeza con la van. El jeep se acercaba a escasos metros.

“Espera. ¿Son capaces de matarnos? ¿Por nuestro dinero? ¡Pero sí apenas nos alcanza para pagarte a ti! ¡Somos cubanos, no americanos! ¡Juntar dinero es un esfuerzo tremendo!”.

Julia gritó eufórica. La velocidad de la van era tal que el viento remecía estrepitosamente con las ventanas y el ruido les ensordecía. En sus ojos se veía un destello de miedo, pero más de adrenalina. Yaramil supo que no era la primera vez que Julia veía algo así. Dudó si tal vez no estarían coludidos.

“¡Miren atrás!-gritó Marco de pronto. El polvo armaba una cortina tenebrosa, y entre las tinieblas, el jeep parecía estar cada vez más cerca. El hombre, que también tenía la mano de *Orula* hecha, agarró su pulsera: ¡Recen, por Dios, recen!”.

Las cabezas ahora se azotaban continuamente con el cielo del vehículo: ¡Bum, bata bum, bata bum! Julia barullaba en portugués, “¡vai, vai, vai cara!”, gritaba. A Xavi estaban por salirse los ojos de la excitación. Cada tanto aullaba como si estuviera en una montaña rusa. ¡Bum, bata bum, bata bum! El cráneo estaba resentido. Kevin se unió en exaltación: ¡Dale, dale, que nos cae atrás, que nos cae atrás!”.

Yaramil desfallecía. Sentía el ruido del motor del jeep adentro de su propia mente. “¡Buuuuuum!”, en cualquier momento el auto o ella iban a explotar. La van se inclinó peligrosamente hacia la izquierda, por el lado donde su corazón vibraba con fuerza. “Dios, ¿Muerdo hoy?”, pensó. Si le quitaban el dinero en ese lugar, en medio de la nada, prefería que la mataran. De otro modo, ¿Adónde irían? ¿A quién llamarían? El velocímetro marcaba 170 km/h. El jeep debía ir igual de rápido, la cosa no tenía para cuándo parar. Del otro lado de la vía, podría venir otro vehículo y el encuentro sería inminente: saltarían en mil pedazos, explotarían las partes de todos los autos, morirían todos los involucrados.

“¡Vamos, vamos!”, gritó Fabio.

Yaramil no podía verle la cara pero su voz se oía desorbitada. Estaba tomado de la cintura de Marco, mientras este oraba incansablemente con los ojos cerrados. Yaridma le acompañaba con un rezo seseando. Se meneaba constantemente hacia adelante y hacia atrás, aparte del movimiento de la camioneta. Carlos repetía palabras incomprensibles. Cualquiera que mirara la escena, pensaría que estaban en medio de un ritual.

El chillido de las ruedas contra el suelo se hizo insoportable: -No, no, ¡aquí nos matamos!- Olivia dejó escapar un alarido.

Yaramil luchaba por no abrumarse con el pánico. Rompió a llorar. Nunca había estado en tanto peligro, ni siquiera cuando la bordeó una nave de la policía marítima estadounidense para deportarla de vuelta a Cuba. En un vaivén de pensamientos, el rostro de su hijo aparecía constantemente. “Hijito, hijito...”, susurraba. “¿Qué locura he hecho para merecer estar en este lugar?”.

El polvo envolvía tan abruptamente a la camioneta que los cubanos no pudieron ver cuando el jeep apagó las luces y se quedó atrás. Entre ellos, se mantuvieron cerca. A esa altura varios estaban cogidos de las manos. El silbido furioso del motor se desvaneció en la distancia.

“¿Ya se ha ido?”, fue Eason el que se atrevió a preguntar. Las personas detuvieron el murmullo.

La coyote dibujó una sonrisa: “Sí, pero el mismo u otros pueden regresar”.

Yaramil sintió que era una metáfora del peligro. Respiró hondo con la cabeza hacia atrás. Xavi disminuyó la velocidad: -¡Debimos haber matado unos buenos animales en el camino, eh! ¡Esos baches tenían vida propia!-dijo en portugués comprensible. Nadie se rio.

“¡Por mi hijo!-exclamó Yaramil-. ¡Por mi hijo que jamás sentí tanto miedo!”.

Carlos calculó la hora. Debían ser las 3 de la mañana. Intentó acurrucarse incómodamente en el asiento, desgastado por la energía que acababa de desbordar. Los otros repitieron lo mismo. Cada tanto, se dejaba oír la respiración de un hombre que lloraba en silencio. Yaridma miraba por la ventana en vano: no se divisaban ni los mosquitos. La única luz disponible eran las de la van, y una se había averiado luego del ajetreo; titilaba intermitente.

Marco juntó severamente las piernas y movió un pie con insistencia. Necesitaba ir al baño.

“Oiga, coyote-llamó Eason-. ¿Paramos ya? Aquí hay uno que si seguimos de largo, pierde un riñón”.

Una risotada forzada emanó de algunos. Julia intervino: “Han sido valientes, compañeros-su voz oscilaba en tono de broma-. En pocas horas llegaremos a una cabaña y pasaremos la noche. Continuaremos el viaje por la mañana-decidió-. Más vale que el idiota del jeep no le haya avisado a ninguno de sus amigos sobre nuestra presencia-pese a la oscuridad, la coyote identificó la tensión: -Tranquilos, es por esa razón que nos vamos a detener”.

En Guyana, el amanecer no parecía llegar nunca. Yaramil bostezó. No podía dormir, tenía un ojo pegado en el espesor de la oscuridad; se sentía alerta. Le frustraba el hecho de estar encerrada en un vehículo donde la conducción no estuviera a su cargo, incluso sabiendo que Xavi parecía perfectamente entrenado. Moría por un cigarro, un café caliente. La noche no era especialmente helada, pero ella había sudado frío. Se secó la frente con un pañuelo. “Madre mía” repetía en su cabeza. Una parte de ella sentía ganas incontenibles de reír a carcajadas. La situación era francamente insólita. Intentó proponer una conversación, pero los cubanos habían perdido su característica más intrínseca: no querían hablar. Estaban enfrascados en sus rezos, tal vez, hasta en sus pensamientos de muerte. No los culpaba, ella también estaba exhausta.

Llegaron a una localidad pequeña dos horas después. No había un alma, salvo un bombero en una estación de gasolina. Tampoco había cableado público, el pueblo parecía no tener

electricidad. Yaramil no identificó el nombre. Escuchó a Julia hablar al teléfono. En La Habana, sabiendo que la *cruzadera*¹³ iba a ser tal y que habría una detención obligada en Brasil, tomó lecciones de portugués. “*Obrigado*”¹⁴, alcanzó oír decir a la coyote.

“Ok, todo mundo, vamos a descansar un poco de esta locura”.

La cabaña tenía pequeñas dimensiones; dos cuartos, una cocina, el baño y sala de estar. Estaba hecha de cemento, para helar las temperaturas calurosas del terreno y tenía dos ventanas cubiertas de celosías de madera en el frontis, protegidas con cortinas de color pastel en el interior. Era similar a las casitas del occidente en Cuba, pero no estaba pintada.

Julia prendió velas y preparó un snack. Yaramil se sorprendió de su hospitalidad. Se desenvolvía espontáneamente en la que parecía ser su propia casa. De su bolso sacó una lata de frijoles, un par de tomates y cebollas. Cocinó todo en un menjunje, mientras Xavi iba por cervezas.

Olivia soltó las primeras palabras: “Pensé que moriría”.

“Todos lo pensamos, mujer”.

-Es que yo no sabía qué era peor: si la van que estaba por volcarse, si encontrarse con otro vehículo de frente, o si entregarse a las policías. Era un panorama fatídico, por donde se le mirase.

Julia la miró enternecida mientras se devoraba una cucharada del guiso recién preparado.

“Es así-dijo luego-. Tú pensarías que la policía federal viene a requisarte, a amenazarte con una deportación. Pero en realidad, lo que quieren es tu dinero. Es la trampa de este maldito sistema”.

“No te creas que en Cuba es muy distinto-sostuvo Kevin-. Allí las autoridades reciben dinero a destajo. Los trámites se aceleran a la mitad si es que pagas una buena cantidad por ello. Todo el mundo lo sabe”.

“Claro, el problema es cómo conseguir ese dinero”, dijo Carlos.

¹³ Término que Yaramil ocupa para referirse a su experiencia.

¹⁴ Gracias en portugués.

“Pues con lo que mandemos nosotros ahora que estamos fuera es suficiente-Kevin masticaba lentamente un trozo de pan duro-. De todas maneras, parece que tú, Julia, conoces bien el rubro. Digamos, a mí me habían advertido que podía ser peor”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Que no nos encontramos con ningún otro peligro, y que finalmente dejamos a los policías atrás. Tanto tú como Xavi deben ser expertos en este... recorrido”.

Julia entrecerró sus ojos felinos: “Todos conocen bien su trabajo. El mío es un poco particular, pero ¿de qué otra manera puede cruzar la gente como ustedes? Si hubiesen estado solos, probablemente ya estarían muertos, y las mujeres de camino a Europa en un camión blindado”.

Kevin se intimidó: -Sin duda.

Julia continuó: “¿Sabes cuántas personas de las que yo cruzo tienen registradas en la frontera de Chile?”.

“No”.

-La policía chilena indicó que en 2016, doscientos veintiún cubanos cruzaron por la frontera norte. En 2017 ya van tres mil trescientos.

Kevin tragó saliva: “Es un número importante”.

La coyote sonrió traviesa: “De los tres mil yo debo haber cruzado la mitad-dijo-. Yo conozco mi trabajo”-declaró (Kevin sabía que era verdad)-. Por supuesto que sé a qué hora pasa la policía federal con ánimos de quitarnos el dinero, de matarnos, de interrumpir nuestro trayecto. La mitad de ellos son compañeros de trabajo. Hacen lo que tienen disponible, porque no conocen otra manera de producir plata”.

“Claro, Julia”.

“Y yo con esto me juego la vida, supongo que eso lo tienes claro también”.

El ambiente estaba humedecido. El calor en esa parte del país no desaparecía ni siquiera después de ponerse el sol. Salvo Marco y Fabio, todos estaban en el salón disfrutando de la conversación amena. Julia los tenía encantados con anécdotas de viajes aún más peligrosos,

más desafiantes. ¡Qué mujer atrevida, llena de coraje! Su relato se complementaba con los movimientos de su cuerpo; un collar artesanal con una piedra preciosa del Brasil saltaba con vehemencia mientras pasaba de una historia a otra. La adrenalina parecía ser la vitamina con la que Julia tomaba el desayuno.

Yaramil descansaba con la cabeza recostada en un brazo del sofá. Pese a estar exhaustos, la huida en la camioneta les había dejado con una sensación de advertencia permanentemente. Cualquier sonido aislado; un insecto pululando, o una olla resbalando suavemente en el lavaplatos, era una inyección que les provocaba escalofríos en la espalda.

Todo el mundo se movió alerta cuando Xavi abrió la puerta: -No hay licor en todo este pueblo. Vamos a dormir, ¡esta fiesta se va a poner aburrida!-dijo molesto. Y en uno de los dormitorios, alguien carraspeó.

Desde el interior de la casa, comenzó a sonar música. Yaramil frunció el ceño: ¿Acaso alguien había puesto salsa?

“Damas y caballeros de Cuba: espero que estén listos para este espectáculo-de repente Marco apareció hablando con voz viril-. En un show inédito, por primera vez en medio de la frontera entre Guyana Inglesa y Brasil, se presenta la única, la incomparable, la inigualable, la número uno de Cuba: ¡Celia Cruz!”.

Fabio, travestido, realizó una entrada de primer nivel al escenario improvisado en el salón. Tenía el rostro maquillado y un pañuelo rojo en la cabeza que representaba una peluca. Se recogió la frazada para mostrar sus pies bailarines al son de Bemba Colorá, un clásico de Celia. Sus piernas peludas agregaron otra cuota más de gracia al despelote; se movía con genuina facilidad. Tomó un cucharón de la cocina y lo ocupó de micrófono: *pa mí, tú no eres na', tú tienes la bembá colorá.*

“Permiso, Yaramil, nos tomamos la libertad de tomar prestado unos tacones-dijo Marco saliendo de la habitación-. ¡El labial lo teníamos en nuestra cartera!-reía incontrolablemente- ¿Les mencioné que Fabio solía ser bailarín de la Tropicana?-dijo-¡Dime si no me iba a conquistar con esos movimientos! ¡Eso, mi vida, menéalo pa' que se enteren de dónde tú eres en todo Brasil!”.

Yaramil comenzó a aplaudir: no podía con toda la risa. El resto la imitó. Yaridma se paró de golpe y comenzó a tumbar las caderas con naturalidad. Agarró a Ebson de la mano y bailaron salsa.

Oye tú tienes una bamba, decía Fabio y la gente respondía: *bamba colorá*. La voz de Celia Cruz se colaba escurridiza por sus oídos. Algunos cerraron los ojos, graciosos de oír ese sonido tan familiar.

Julia golpeaba la mesa con la palma de la mano y pataleaba con jolgorio. Estaba disfrutando como nunca.

Fabio era un artista excepcional: alzaba los brazos, tambaleaba el trasero y jadeaba de la exaltación. El pañuelo rojo llevaba largo rato en el piso. Se dio media vuelta y terminó abierto de piernas en el suelo. Los cubanos rompieron a aplaudir.

Marco desinstaló una de las cortinas y se la enroscó como una túnica griega en el hombro: “¡Quítate, ahora es el turno de Miriam Hernández!”, gritó. La carcajada fue múltiple.

A la luz de las velas, las congas de Celia abrieron paso a la balada romántica. Nadie perdió el interés. Marco danzaba grácil, con sensualidad y destreza. Olivia y Kevin coreaban; Miriam les recordaba a esa época de los 90. Xavi reía como un viejo borracho echado en el sofá. Yaridma y Ebson seguían moviéndose en un baile de pareja y Julia meneaba la cabeza lentamente, con media sonrisa dibujada en el rostro: -¿No se saben una de Xuxa?-preguntó.

Celia Cruz y Miriam Hernández montaron espectáculo toda la noche. La cubanía entera disfrutó un montón. Ebson incluso les tiró un par de billetes a los artistas, como a veces se hacía en los encuentros de rumba en La Habana.

La huida a 170 kilómetros por hora en una van destartalada desapareció por completo de la sensación de su cuerpo. Apenas sí recordaban que estaban a medio camino de la cruzadera. El corazón había vuelto a su ritmo cardíaco habitual, y los músculos dolían, pero de risa. Nadie pegó pestaña y el cansancio se desvaneció en el aire.

Marco y Fabio, travestidos a su identidad de género original, prendieron un cigarro. Tenían el maquillaje derretido, y aún tenían un aspecto chistoso.

“La que hemos armado”, exclamó uno.

El amanecer llegó con extrema parsimonia. Yaramil se sentía genuinamente agradecida, había reído toda la noche, por poco había olvidado completamente de dónde realmente estaba: “Ustedes han sido mi consuelo”.

Julia la secundó: “Han sido mi grupo favorito, ¡y eso que he hecho este recorrido millones de veces! Nadie me ha hecho reír tanto-exclamó-. Vamos, agréguenme a Facebook, así nos mantenemos en contacto y me cuentan cómo les va”.

Durmieron cortamente. Estaban a tiempo de llegar a Boa Vista al anochecer, donde tendrían que cruzar un río en bote.

Entre sueños, Yaramil vislumbró su rostro negro fundirse con la soledad de un cielo oscuro. La cabeza estaba desprendida de su cuerpo y se sentía flotar solemne en la espesura del aire nocturno. Había pocas estrellas, pero en su interior, todas contenían la cara de su hijo estampada. Era su niño al nacer, al crecer, al convertirse en adolescente, y luego en adulto. Parecían fotografías tendidas de un hilo en la intensidad del brillo estelar. Lo podía oír cantar, no obstante las imágenes no se movieran. También lo sentía bailar. ¡Cómo habría disfrutado Reymil aquella noche de travestismo, con esa calidad de artistas! Amaba los colores radiantes y la música. Escuchó el tarareo de su voz infantil en una pregunta con tono suave: ¿ya vienes, mami? Las estrellas se disiparon violentas, y el cielo se llenó de fuego. Reymil se perdía en el viento de la noche, mientras una camioneta volaba en un sendero aéreo, escapando de un auto vestido de bestia. Una canción de Celia Cruz sonaba de fondo.

Despertó de sopetón en un colchón con hedor húmedo. Estaba confundida. El tiempo era un extraño enemigo. Consultó la hora en un reloj antiguo de la pared: las 11. Carlos dormía en su regazo con la boca abierta. Estaba sudado.

“Carlos, a despertar-lo movió con dulzura-. Vamos, vamos, papi. Tenemos que irnos al mediodía”.

...

La van estaba visiblemente afectada. Xavi no había dormido; pasó el resto de la madrugada metido en el capot del auto. No se apresuró en despertar a nadie para partir temprano. Calculó que llegarían al río después de las diez de la noche.

“Oye, ¿por qué no avisas que es tarde?”, preguntó Julia molesta.

“La van está rara, el motor está complicado. Tenía que terminar de arreglarlo”.

“¿Podremos partir hoy?”

“Por supuesto, pero iremos lento”.

“Con más razón debiste habernos despertado”.

“Tranquila, llamaron del otro lado del río. Estarán esperándonos a las 23-indicó-. ¡Ah! Y subieron el precio del trayecto en bote, serán 200 dólares cada uno”.

“Mierda”, dijo ella. Lo lamentó por los cubanos.

“¿En qué te afecta?”

Julia sacudió la cabeza: “En nada, pero me preocupo de sus bolsillos”.

Xavi encogió sus hombros.

...

Yaramil recordaba el espectáculo de Marco y Fabio y se echaba a reír mirando por la ventana. Viajar de día era notablemente más ameno. El paisaje era como se lo había imaginado: montes, colinas y palmeras. La naturaleza estaba marcada por la fuerza del sol y la humedad del viento. Al igual que en Cuba, la vegetación crecía de forma salvaje y desproporcionada. El agua en el ambiente les hinchaba las hojas y fortalecía los tallos, pero no mojaba suficientemente la tierra de la carretera. Capas de polvo se desenvolvían al paso de la camioneta, ensuciando las ventanas y empañando la vista. Yaramil deseó que volvieran a poner un poco de música. Estaba de buen ánimo, pero el sueño de la noche anterior rondaba

espeluznantemente en su cabeza. Pese al ripio, meneó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el asiento. Se quedó dormida.

...

El fragor del agua la hizo tambalear. La noche estaba incluso más oscura, y el río solo podía identificarse a partir de su sonido. “*Ochún, orichá* de las aguas dulces, y patrona ¹⁵de Cuba, ¡Aquí nos vinimos a encontrar!”.

“¿Ven el puente de allá arriba?-señaló Julia, apuntando una estructura mediana de madera que unía las dos partes entre Guyana y Brasil-. Pues por ahí es donde pasan las personas cuando tienen la visa al día. Por favor, si alguna vez vuelven a cruzar, espero que lo hagan por esa vía”.

Yaramil no sabía si estaba frente al Amazonas, pero ese no era un río común. Arrastraba una corriente tranquila, pero no por ello menos temeraria. Era ancho y dilatado, y le habría gustado haber podido identificar su color en la luz.

“¡Estos mosquitos me están quitando lo que me queda de vida!”, exclamó Yaridma asqueada.

Julia le indicó silencio: “¡Deben ser extremadamente cautelosos!-ordenó-. Nadie puede oírlos. No es casualidad que crucen de noche. Habrá un hombre que les guiará durante el bote, pero es pequeño y atravesarán de cuatro en cuatro-explicó, mientras abría los ojos y apuntaba amenazadoramente con el dedo índice de la mano derecha-. ¡En silencio!-reiteró-. ¡Inadvertidos! Su vida depende de ello”.

La coyote besó a cada uno en la frente, con un gesto arrolladoramente maternal, y luego se hundió en el grosor lóbrego de la selva. Yaramil sintió nostalgia; le habría gustado que les acompañara hacia el final. Sentía una genuina confianza con cada una de las personas del grupo, pese a conocerlas por pocas horas. Tal vez el hecho de vivir ese tipo de acontecimientos traumáticos los uniría toda la vida.

El hombre del bote no hablaba español. Se llevó un dedo a los labios y enseñó un ademán de silencio. Los primeros cuatro, Olivia, Kevin, Marco y Fabio, se apiñaron uno al lado del otro con cuidado. En un gesto torpe, también incorporaron sus bolsos y mochilas. El bote tambaleó y chocó con el agua. El hombre brasileño abrió los ojos con ceño temerario: “No moverse”, sentenció.

¹⁵ Ochún es el equivalente a la Virgen de la Caridad del Cobre en la religión católica, virgen patrona de Cuba.

La nave no era de las más modernas del puerto. Estaba manifiestamente resquebrajada en los bordes, y tenía un par de tablas sueltas en el medio. Los remos los sostenía el capitán por sí solo, pues no tenían dónde mantenerse. Sus brazos firmes abrían suavemente el paso del bote en el agua. Yaramil observó a la distancia y esperó su turno. El serpenteo del río se tragaba el sonido de la barca haciendo camino.

Montada en el bote, el corazón le latió tan fuerte que casi podía verlo saliendo de su pecho. La quietud de los cuerpos solo intensificaba su propio temblor; estaba vibrando incontrolablemente. Carlos posó una mano en su muslo y ella la apretó con notable potencia. Su respiración se agitó, y Yaridma la cogió en un abrazo por el otro lado. ¿Qué sería de este viaje sin estas personas que me sostienen?, pensó compungida.

El río, en su incansable torrente, le susurraba a través de un seseo. Yaramil cerró los ojos, sintió el frío que emanaba del agua. En su imaginación, vio a las criaturas que allí habitaban con salvajismo envidiable; peces, bichos, pirañas. ¿Tal vez cocodrilos, caimanes? Si el bote se viraba, podía hundirse hasta el fondo de la tierra, convertirse en carne fresca, en alimento de anfibios.

Ochún, la diosa que habitaba las aguas dulces, la desafió: podía quedarse vencida en la gélida espuma de la corriente, fundirse con la naturaleza y ser una con la noche y el frío. O tal vez, usar el bote como un puente, y cruzar el río, cruzar hasta el otro lado.

El hombre brasileño súbitamente habló: -Hasta aquí llego yo. Deben correr rápidamente en esa dirección, todos juntos y en silencio. Verán unas furgonetas esperando por ustedes. No piensen nada, solo súbanse-era claramente una frase en español aprendida de memoria y repitió: “No piensen, solo móntense en la furgoneta”.

Yaramil cogió sus bolsos y arrancó. Todos la siguieron detrás. Recordó las clases de la escuela donde debía mantenerse en respiración de uno en uno, inhalación y exhalación. Intentó llevarla a la práctica con sigilo. Una de las correas de la mochila le resbalaba por el hombro, pero no tuvo tiempo de corregirla. No pensó mucho en Carlos mientras corría. Confió en que vendría tras de ella, así como el resto. Los mosquitos se incrustaban en su nariz, en la boca, y chocaban con sus ojos vidriosos. Tropezó con una piedra pero solo le dio más impulso. Corrió, corrió y casi creyó ver una luz visible a lo lejos. “¿Ese es mi

horizonte?”. Las piernas le pesaron, los muslos quemaban. Las articulaciones de los pies estaban tensas de la velocidad, y levantaban polvo que le despertaba ganas de toser. La luz se veía más cerca. Quiso deshacerse de la mochila, de los bolsos que cargaba posesivamente con sus manos. “¿Importarán realmente estas pertenencias, frente al valor de mi propia vida?”. Comenzó a jadear intermitentemente, mientras se esforzaba por recordar la respiración uno a uno. “Inhalar y exhalar, inhalar y exhalar. Vamos, Yaramil, vamos”. Agradeció ser una persona ágil, de musculatura fuerte. Esta vez, no solo el río, sino todo el bosque la puso a prueba. *Ochosi*, el *orichá* cazador, habitante de la floresta, le bendijo con su flecha. Yaramil sintió el poder de su rezo. “Ya llego”, pensaba, “ya llego *Ochosi*, sostenme si caigo, *ochosi* cazador, bendíceme con tu mirada de águila”.

La carretera apareció certera frente a sus ojos y la tropa se reunió a escasos centímetros. Siguieron instrucciones, nadie paró. Las camionetas, entrenadas para oír sabiamente la clandestinidad nocturna, encendieron motores y prendieron las luces. Yaramil abrió la puerta y se aventó con lo último de energía que le quedaba en el cuerpo. Se aventó y cayó victoriosa, victoriosa en el asiento de atrás. Le siguieron Yaridma, Carlos y Ecsón. ¡Buuuum! La furgoneta partió sin esperar a nadie.

“¡Espera, espera!-gritó Yaramil jadeando-. ¿Dónde están Marco y Fabio? ¿Dónde están Kevin y Olivia?”.

El conductor no escuchó. Solo Carlos pudo hablar: “Tranquila, los vi subir a la camioneta que estaba justo en frente. Llegaremos al mismo lugar”.

Yaramil se desprendió torpemente de la mochila. Todos sudaban y respiraban agitadamente, no les importó tener poco espacio para estirar. Ecsón se derrumbó sobre el cuerpo de Yaridma.

“No me hagas bromas, hombre, que si te desmayas aquí ¿a qué hospital te llevo?”.

...

Brasil era real. A la mañana siguiente del arranque, Brasil era especialmente real. Yaramil casi podía sentir el sonido de un pandero rondando en la atmósfera. Boa vista, particularmente, mitad casitas de colores, mitad abandonada, envuelta en el paisaje vegetal perenne del Brasil, despejaba todo mal pensamiento.

Dada su cercanía a la frontera con Venezuela, Boa Vista albergaba a varias personas provenientes de ese país. Los rumores indicaban que Brasil no era el mejor amigo de la migración; los papeles podían tardar meses, y a los cubanos eso no les gustaba, pues albergaban la voluntad de regresar a la isla.

La libertad de viajar sin coyote, aunque extraña, le otorgó a todo el grupo la sensación de estar sin la madre. Entre travesuras, se encontraron con un país similar a Cuba; el calor recalcitrante, el rocío matutino que extiende su humedad durante todo el día, las gentes alegres, los pueblos chismosos, el verde permanente, la cercanía del cielo. A ratos, podían imaginar el tránsito por Brasil como una estadía en una ciudad desconocida de Cuba. “¡Ay, Cuba! ¿Habrá en el mundo un lugar como tú?”.

Yaramil supo que debía confesarle a su madre sobre la travesía emprendida. Afortunadamente, todos los hostales tenían internet. Sería hora de ver el rostro de su hijo nuevamente, aunque fuera tras la pantalla.

...

Desde Boa Vista, la cubanía entera partió hasta Manaus, flor selvática entre los ríos Negro y Amazonas, otrora ciudad boyante y de economía prometedora; en la actualidad un municipio eclipsado por las metrópolis más grandes del país como Río de Janeiro y Sao Paulo, cuyas vorágines Yaramil no tendría la oportunidad de conocer. El objetivo de la *cruzadera* estaba aproximándose hacia el punto culmine: la frontera entre Brasil y Bolivia, para entrar a Chile a por el norte.

Brasil no perdía su encanto. “*Obrigado*”, decían uno y todos, reemplazando el “gracias” del castellano. “*Obrigado*”, repetían entre ellos a modo de broma. La amistad crecía como enredadera enroscada entre sus brazos.

Yaramil tenía sus reglas: solo una comida al día, en caso de necesitar el dinero para emergencias. Cuando quería, poseía la disciplina de una revolucionaria. Despertaba temprano y engullía un buen desayuno: pan, huevos, jamón y frutas. El resto del día se lo pasaba entre café y cigarrillos para matar el hambre, asegurando el estuche con la plata como el pirata que vigila el cofre de un tesoro.

“Imagínate, no sé, nos quedamos tirados en medio de la nada, y nos piden dinero. ¿De dónde saco? A ver si me entiendes-inquiría con un tono ajustado de histeria-. Eso, sin contar la renta en Santiago, los trámites. ¡Hay que estar preparados!”.

Los primeros en separarse fueron Fabio y Marco, los anteriormente célebres Celia Cruz y Miriam Hernández, quienes continuarían hasta el sudeste, de camino a Uruguay.

“¡Ay, ya me imagino esa locura!-exclamó Marco e imitaba el acento uruguayo con una marcada enunciación en la “y”-. Dicen que es un país “re” abierto, que dan la bienvenida a toda la gente, no sé si me entiendes”, dijo en una ironía ya conocida por el resto.

“Cualquiera te daría la bienvenida a ti, cariño”, dijo Yaridma en un tono extremadamente maternal, y le acarició la mejilla-. Con esa alegría que tú tienes, es difícil no quererte.

Marco gimoteó. Él y Fabio lloraron largamente: “No sé por qué me da tanta tristeza despedirlos. Voy camino a encontrar lo que siempre he buscado-decía con la respiración entrecortada-. Es que nos hemos transformado en familia. ¿Me escriben cuando lleguen a Chile?”.

La comunidad errante se trasladó hasta Porto Velho, la última parada antes de cruzar hacia Guayaramerín, en Bolivia. Sorpresivamente, la estadía se prolongaría más de la cuenta, pues para entrar al país andino era necesaria una visa consular. La buena noticia era que la otorgaban según orden de llegada, así que debían esperar dos días. “Bulto de cubanos hay en este pueblo”, pensó Yaramil y luego dijo: -Si no fuera por el paisaje, pensaría que estoy en La Habana. ¿Que no quedaban más países en toda América por conquistar?-su lengua era filuda.

Ahora sí, el río Amazonas aparecía visiblemente negro y ondulado frente a sus ojos. La corriente era serena pero pretenciosa. “¿No pierdes ese encanto tuyo, *Ochún*?”, dijo. “Siempre tan vanidosa, queriendo ser la más bella del jardín y del bosque...”. Yaramil creía divisar tiburones cada vez que los peces gordos saltaban triunfantes a comerse los mosquitos. El río era abundante; cuando descubrió a Carlos comiendo una segunda comida se dijo a sí misma que sería la bobería de creer que estaban en buena racha.

Esta vez, atravesarían las aguas en un bote legal, con la estampa del emblema del Estado de Bolivia. “¿Ahora no te me ofreces tan apetecida, a plena luz del día?”, le preguntó Yaramil nuevamente al río. Este no respondió. Durante esa hora de la mañana, *Ochún* se abría ociosamente hacia sus riberas, chocando suave con la tierra de su alrededor. Era una impostora; sus aguas no reflejaban en absoluto la magnitud de la selva. Al contrario, su color era café, amalgamado con la tierra anaranjada que succionaban sus pequeñas marejadas.

Bolivia era pronunciadamente diferente a lo que Yaramil había conocido hasta ese entonces. La frontera que marcaba el río era delgada, pero provocaba un efecto divisorio irrefutable. Guayamerín era notoriamente distinto a Brasil, aún más genuino, menos intervenido, más campestre. Las gentes bolivianas y brasileñas se mezclaban con poco pudor, pero Yaramil no pudo evitar notar que Bolivia tenía rostro indígena, rostro amazónico. Algunas personas incluso se comunicaban en otras lenguas, increíblemente indescifrables.

“Tienen que llegar hasta La Paz-explicó uno de los oriundos en una hostería-. Luego, cogen camino hacia Oruro-las erres se confundían en el traspie de la lengua de su boca-. Y allí están más cerca de la frontera con Iquique, en Chile-el hombre pronunciaba cuidadosamente todas las palabras, y marcaba excelentemente las sílabas-. ¿Han oído hablar de la carretera de la muerte?”.

Yaramil dobló las rodillas.

Bolivia era alta, solemne, se perdía entre la sinuosidad de las montañas y colinas. Su gente caminaba despacio. La Paz ya representaba un desafío importante; la altura de la ciudad mareaba a cualquier isleño.

“Me siento morir”, decía Yaramil.

“Yo ya estoy desmayada”, la secundaba Yaridma.

“¿A nadie más le falta el aire?”.

La fatiga se acentuaba a medida que caminaban. Procuraron mantenerse sentados la mayor parte del tiempo.

La Paz no era pacífica, al contrario. Era la más grande de las ciudades que habían atravesado. Una verdadera metrópoli, urbe, con varios núcleos comerciales funcionando. Yaramil intentó identificar alguna similitud con Cuba. Tal vez un par de construcciones coloniales, pero nada en serio. La vida de las montañas debía ser radicalmente diferente.

De repente, Yaramil cayó en cuenta que ya llevaba más de dos semanas viajando. Dos semanas lejos de Reymil, una sensación que se movía furiosa por el centro de su cuerpo, amenazando con expresar una rabieta que podía terminar en golpes.

No olvidó rendir culto a sus santos; quería estar optimista, cultivar la alegría. Poner la resiliencia por delante. Eso, hasta que cogieron la carretera. Y de nuevo pensó morir. “¿Pero es que no te basta, Dios mío?”

Saliendo de La Paz, camino a Los Yungas, la ruta más peligrosa del mundo tenía un aspecto brillante. Meneándose sinuosa entre las montañas, Yaramil creyó ver una serpiente. Las

fotografías no hicieron justicia; la altura era impresionante. La guagua¹⁶ olió rápidamente a vómito, probablemente de algún cubano que no aguantó el mareo. “Cuatro mil metros” había oído decir a Yaridma, mientras chachareaba con una mujer pasajera, en un vaivén entre la realidad y la cumbre. El sueño la aprisionaba pero no podía conciliarlo a medio camino de la vida y la muerte; cerraba una pestaña y la guagua retumbaba, bordeaba peligrosamente el límite entre la tierra y el barranco. Y entonces, como una broma de mal gusto, como el mismísimo Dios riéndose en su cara, el paisaje emergía franco y hermoso. La selva le enmudecía, le hacía ignorar el hecho de que estuvieran casi volando tan lejos de la tierra y más aún, del mar. Los árboles se ensombrecían con la presencia volátil de las nubes, a tan corta distancia de ella misma. Se dormía. Volvía a despertar. El bus se mecía abrupto, Yaramil regurgitaba y por dentro pensaba “Si ya he salido invicta de todas estas locuras, ¿qué podría matarme?”.

...

¹⁶ Modismo cubano para autobús.

En Oruro, un chófer en una van ofreció un precio por cabeza hasta Pisiga, el primer pueblo después de cruzar la frontera Bolivia-Chile.

Kevin regateó: “Si te llenamos la van, montas a uno gratis”.

El hombre parpadeó y negó con la cabeza.

“Vamos, hombre, que no somos millonarios. La isla tiene bloqueo, ¿Qué no ven las noticias en Bolivia?”.

“Necesitas seis personas más-accedió y ejecutó una risa forzada-. Mañana los recojo a las seis de la mañana, y no bajo la oferta de 300 dólares”.

Al día siguiente, la van estaba llena de cubanos.

El trayecto fue veloz. A esa altura, se sentía vacunada contra el mareo.

Cuando llegó a policía internacional, en inmigración, le entregaron un papel a ella y a sus compañeros: “refugio”.

“Tendrás que volver a venir a la Policía de Investigaciones (PDI), para iniciar el trámite de tu visa”.

“¿Qué pasa si estoy en otra ciudad?”

“Puede ser cualquier ciudad”.

En el mapa, Yaramil había visto un país alargado, y fragmentado en el sur. En la realidad, llegando a Iquique percibió una ciudad acalabrada, orlada por la serenidad del mar, que a leguas se notaba helado y viscoso. Olivia y Kevin se quedaron. Habían oído rumores sobre el clima de Santiago y temían que el frío les afectara la salud. “Ya estamos viejos”, aseguraron: “Además, no sé si me agrada la idea de irme tan lejos del mar...”.

Recibieron noticias de Marco y Fabio asentados en Montevideo. La ciudad les había gustado; era lo suficientemente moderna, pero reservaba algunos edificios de la época colonial. La

gente era amable, aunque los insumos costosos. Fabio estaba evaluando convertirse en instructor de salsa.

Yaramil, por otra parte, cogió un mensaje de su padrino: “Así que vas a Chile”.

“Pero qué boca que tiene mi santa madre”, pensó. El santero le dio instrucciones: -Ve hasta Plaza de Armas. Te estará esperando un ahijado. Él te dirá dónde ir”.

...

En Estación Central reinaba el caos a las 8 de la mañana. La multitud se abría paso con ansiedad.

Yaramil temió por su dinero: “Carlos tenme aquí-señaló un bolso pequeño-. Voy a preguntar cómo llegar al sitio”, dijo, y se acercó a un negocio atestado de gente. Mientras prendía un cigarro, una mujer resopló: “¿Te molesta?”, preguntó. La mujer frunció el ceño y arqueó la espalda. No dijo nada, pero se marchó. Yaramil intuyó de buenas a primeras el carácter chileno.

Yaramil sintió frío. El cielo se dejaba entrever celeste, como si acabara de amanecer. Debía ser una típica helada matutina. Sus manos se tornaron coloradas. Le entraron ganas de toser.

La tropa se acercó hasta una estación de metro con la torpeza que permitían sus maletas. Se movieron por un pasillo abarrotado de comerciantes. Apenas sí lograron avanzar hasta la entrada.

“¡A \$500 las galleticas!-gritaba una mujer-¡Carioca y serranita a \$500!”

Yaramil se volteó. La mujer tenía una mirada triste. Sus pómulos no alcanzaban a torcerse para armar una sonrisa. Yaramil se compadeció. Era afroamericana, al igual que ella. Pensó que tal vez sería cubana, o antillana, al menos.

“¿Me vendes unas galleticas?-le dijo-. ¿Eres cubana?”

“Soy dominicana”, respondió ella. Su mirada reflejó incomodidad.

“Que te vaya bien”, dijo Yaramil cuando recibió el vuelto. Juana le sostuvo la mirada. Torció una sonrisa. Yaramil desapareció entre la gente.

El metro era notablemente más moderno que un tren promedio de Cuba. De Cuba para los cubanos, claro está; los turistas siempre corrían mejor suerte. “Estás en horario punta”, le explicaron, después de comprar una tarjetica por 3 dólares con solo un pasaje disponible: “Es más caro y hay más gente”.

“¡Ah, pero qué libertad!-dijo Ebson bromeando-. Los cubanos vinimos buscando libertad”.

Las combinaciones fueron extrañas. Las estaciones de metro eran altas pero al mismo tiempo, tenían pasillos estrechos. Los vagones eran pequeños para tanta gente. Estaba lleno de publicidad y negocios por todas partes, pero Yaramil estaba más concentrada en el hecho de viajar bajo tierra.

Los chilenos tenían apariencias diversas. O tal vez, sería la diversidad de la urbe. Muchos ya comentaban que Santiago se había convertido en una ciudad con circulación migratoria importante. Ella deseó tener un lugar en la multitud.

...

Gonzalo era ahijado de Jorge, el padrino de religión de Yaramil. Aunque chileno, siempre sintió curiosidad por las expresiones de la religión afro cubana, atraído por la fusión de la música y la danza.

“En Chile, pensaban que estaba loco y que me había unido a una secta-dijo bromeando-. Ahora me piden que rece en su nombre. No está fácil vivir en este país”.

Jorge lo había llamado pidiendo refugio para Yaramil. Él se encargó de recibirla como a una hermana. La esperó en Plaza de Armas y los ubicó a ella, Carlos, Ebson y Yaridma en su apartamento en el centro de Santiago. Les preparó un dormitorio, cocinó pasta y volvió a trabajar.

“Desde que me bauticé como santero, estoy lleno de abundancia-declaró. En el rincón de la casa había un culto a *Elegguá*-. Tengo mucho trabajo y debo volver a la oficina. Por favor, siéntanse en su casa”.

Yaramil saboreó la pasta con gusto. Era su primer plato de comida en días, luego del ayuno voluntario.

“No quiero que se relajen mucho-señaló-. Después de la comida, vamos a buscar un apartamento para nosotros. No podemos abusar de la voluntad de Gonzalo”, dijo, ya que por sobre todo, Yaramil se consideraba una mujer ética.

La ducha caliente les devolvió el aliento. El apartamento estaba en el piso seis. Desde la ventana del baño, Santiago era una postal casi encantadora. Sus montañas altas estaban recubiertas de aire contaminado, y se dejaban entrever secas y rocosas. Los edificios competían con la altura de los cerros; algunos modernos y otros antiguos, todos eran irreconciliablemente más grandes que los de La Habana. Parecía una ciudad circulante, amplia, pero no necesariamente vivaz. Tal vez la noche sería fría, ¿habría algo de vida nocturna?

Encontraron una habitación en un apartamento cerca de la periferia, donde la estación de metro más cercana era San Pablo. Yaridma y Eason estaban lejos, al otro lado de la ciudad, en la estación San Ramón.

Desde la isla, Jorge le entregó instrucciones:

“Debes ir a la PDI”.

“Sí lo sé, nos recibieron como refugiados”.

“Correcto, pero debes volver a ir a obtener tu carnet. Eso te permitirá crear una cuenta bancaria, un seguro de salud pública y jubilación”.

“¿Dónde puedo encontrar trabajo, Jorge?”.

“A Carlos dile que vaya a un lugar que se llama Vega Central, en Cal y Canto. Acompáñalo a ver si hay algo para ti. Tal vez le den trabajo cargando cajas”.

“Ok-contestó ella, y por un momento prefirió ser hombre- ¿Qué hago si no encuentro nada?”, preguntó pero Jorge no respondió.

...

Javiera, la mujer venezolana con la compartían el departamento, llegó con una noticia:

“Yaramil, me ofrecieron un trabajo. No lo voy a tomar, porque me pagan más donde estoy. Pensé que podía interesarte”.

“¡Claro! ¿De qué se trata?”

“Es como empleada en una lavandería, en la comuna de Ñuñoa. ¿Te animas?”.

“¡Claro!”, repitió.

“¡Excelente! Pero, dime una cosa. ¿Cómo va la gestión de tus papeles?”

Yaramil enmudeció y contestó con pesadumbre: “Bueno, chica. Tú sabes cómo es aquí; necesito contrato para que me den visa y visa para que me den contrato-espeto un poco molesta- ¿Tú le puedes decir a esa gente que yo estoy haciendo lo posible por acelerar ese trámite, pero que si ellos me firman una carta yo puedo solicitar un permiso de trabajo?”.

La lavandería aceptó. La pareja del dueño era cubano, de La Habana.

...

Carlos consiguió trabajo como operario en una fábrica del sur de Santiago. Sus papeles estaban aún en Extranjería. Todo podía ser muy lento y tardío cuando se trataba de burocracia. Lo bueno era que estaba atendiendo a personas, en calidad de practicante de la religión palera; hacía amarres de pareja.

Yaramil, de la misma manera, aprovechaba todos los oficios que le generaran dinero. Peinó a una peluquera chilena y le puso extensiones. Desde entonces, cuando llegaban clientas solicitando ese servicio, la mujer llamaba a Yaramil. “Tú compra el pelo, y yo te lo pongo”, afirmaba.

Ese día, sin embargo, Yaramil estaba impaciente. Habían pasado cinco o cuatro meses de su llegada a Santiago, y el clima comenzaba a enfriarse. Su ánimo había decaído notablemente. Después de la cruzada, la travesía, el viaje aquel, se quedó frenéticamente quieta en la ciudad. El movimiento con el que se había sentido tan familiar, desapareció para dar paso a una vida estable, monótona.

De la casa al trabajo, y del trabajo a la casa. La vida familiar y social consistía en tomar cervezas en casa de Ecsón y Yaridma, y viceversa.

Estaba impaciente porque esperaba que le entregaran su visa temporal, con la cual accedería a una cuenta bancaria. Fue por cigarros. En la fila del quiosco a las 9 de la mañana de ese viernes, había olor a café en polvo. Extendió el brazo para pagar.

Un hombre detrás de ella le habló: “¿Tú eres cubana?”.

Se volteó escéptica.

“Sí-respondió-. ¿Cómo sabes?”.

“Por la mano de *Orula*”, dijo el hombre y señaló la muñeca donde portaba la pulsera con la que había rezado hasta casi morir en Guyana: “Yo soy cubano también”.

“¡Ay qué gusto!”, pensó Yaramil, y sintió ganas de abrazarlo, como si fuera un primo lejano que no viera en mucho tiempo. Se sentaron en una banca de cemento a fumar. Estaban frente a una autopista importante en el centro de Santiago, frente al Registro Civil de la zona de Santa Ana. Cubano pa’ aquí, cubano pa’ allá. Eric había llegado hace más de tres años a Chile y sabía cómo era la cosa. Le recomendó que se preparara para el frío, que a partir de mayo, aseguró, se ponía peor. Hace pocos días había regresado de La Habana. Intentaba ir todos los años en temporadas bajas, para ahorrarse un buen dinero.

“Dime una cosa, ¿y estás aquí en el registro civil por lo de tus papeles, no?”

“Sí-contestó ella-todavía están en trámites”.

“¡Ah bueno! A mí me toca renovar, por eso vine también. Tres años y llevo dos renovando solamente la visa temporal, para que veas. Ni siquiera me dan aún la definitiva”.

“¡Ah! ¿Pero cómo es eso?”.

“No lo entiendo muy bien, yo vengo porque me dicen que tengo que venir-dijo riendo-. No sé si ellos mismos lo entienden. ¿Cómo estás aquí sin papeles? ¿En qué estás trabajando?”

“Estoy en una lavandería. La pareja del dueño es cubano y está un poco compadecido de mí-Yaramil sonreía-. Pero no es malo, o sea, la paga y el horario podrían ser mejor”.

El hombre entrecerró sus ojos negros: “Sabes, yo tengo una amiga que es jefa de mucamas en un hotel. Ella es cubana también. Siempre están buscando gente que trabaje ahí...”.

A Yaramil se le iluminaron sus ojos.

...

Era junio del 2018, y Yaramil repetía la rutina. Se había mudado cerca del metro Zapadores, Recoleta, y su nuevo trabajo como camarera estaba en Los Leones, Providencia. “Santa Magdalena”, repetía, “Santa Magdalena”, era la calle donde estaba el hotel y la única que conocía en el sector. Cruzaba parte importante de la ciudad todas las mañanas a través del metro que, a esas alturas, ya conocía de revés y derecho.

Un día Yaramil se montó al vagón y se sentó. A una señora pareció molestarle; la miró de reojo.

“¿Me puedes dar el asiento?”, le preguntó casi inmediatamente.

Yaramil, que miraba por la ventana devolvió la cabeza: “¿Tú estás hablando conmigo?”

La señora asintió con desdén.

“Perdona, pero ¿por qué ustedes no levantan a los hombres?-espetó ella con un enfado evidente. Señaló a un hombre poco aludido-. ¿Por qué me levantan a mí?”, dijo. Yaramil se enfurecía con rapidez, tenía ganas de gritar: “¿Acaso me levantas porque soy negra?”. El hombre se paró de su asiento con desinterés. Yaramil resopló el resto del trayecto.

Sería hipócrita de su parte reconocer que no sabía cuál era el verdadero motivo de esa mujer para señalarla. La miraban en el metro, la miraban en la calle. Le hablaban francés, intuían que era haitiana. No era un insulto que confundieran su nacionalidad, sino que no le preguntaran. Su sentido de la dignidad era fuerte; ella no aguantaría el maltrato.

Chile no era Miami, Chile no era Nueva York. Chile era un rincón cerrado por montañas, con olor a frío, con rostro monótono, con gentes cansadas, y con malas pagas. No tenían contacto con el mundo exterior, salvo por la migración. Chile tenía sensación de isla; se reflejaba en el ánimo de las personas chilenas, aparentemente apáticas, excepcionalmente agradables. Cuba estaba lejos, Cuba era distante.

Santiago estaba frío, no había dónde salvarse. La vida era más cara en invierno; las casas no tenían calefacción, y el gas de una estufa estaba sobre los 20 dólares. A veces, Yaramil prefería congelarse. Su disciplina le permitía ahorrar y con cada salario, estar más cerca de volver a Cuba, de volver a ver a Reymil.

El niño había crecido, la mimá calculó que siete centímetros. Lo había medido con una huincha de costura: “te juro, Yaramil, este niño no para de crecer y ¡oye! ¡Cómo baila! Él se anima con todo; entra bailando a cualquier lugar.”. Después, la mimá adquiría un tono melancólico: “En cada gesto, me recuerda a tu infancia”.

...

Ese día, Geraldine cometió un error inocente en el camarín del hotel: tiró su ropa encima del bolso de Yaramil. Esta lo dejó pasar. Le dijo dulcemente que tuviera cuidado la próxima vez. Geraldine acusó recibo.

A la semana siguiente, cuando Yaramil salió de la ducha, Geraldine lo había hecho otra vez. Yaramil repitió sus palabras.

La tercera vez que Geraldine puso su ropa encima de su bolso, Yaramil expulsó lava. Ella era una mujer alegre, ¡oh claro que sí! En el trabajo, todo el mundo sabía que ella llenaba el espacio con candor, que en la cabina del baño ella bailaba, cantaba con el rollo vacío del papel higiénico. Pero dicen que de tanta alegría hay que temer.

Cubierta por una toalla, pateó la puerta del inodoro. “¡Te dije!”, gritó. “Te dije, que la próxima vez que pusieras tus cosas sobre las mías, yo no respondía. Tres veces, Geraldine, tres veces seguidas. ¿Cuándo vas a dejar de hacerlo?” Su toalla se resbaló, estaba desnuda y el agua de ducha parecía sudor.

“Pero ¡es que no hay espacio!”, arguyó la colombiana.

“¡Pues te lo inventas!-contestó la otra-. O lo dejas en el suelo, lo cuelgas en la ducha, o te la arreglas. ¿Cómo haces tú en la vida? ¿Si ves que no hay espacio ocupas el de los otros, sin problemas?”.

Geraldine puso el rostro de una niña pequeña, y movió la cabeza de mala gana: “Entendido”, susurró y cerró la puerta del baño.

El resto de las camareras las miró con recelo. Yaramil se rió y les dijo: “A ver si alguien se mete conmigo”.

...

Santiago con sus mañanas atochadas de gentes, y las noches vaciadas por el frío y el cansancio. Santiago y su ruido, el motor de los autos, de las “micros”, las *guaguas*¹⁷ que atravesaban furiosas las calles anchas de la Alameda, avenida Recoleta, y Avenida Providencia. Pasaron meses hasta que el sonido automóvil no le recordara a la escandalosa huida de la policía federal en Guyana.

Había pobreza en la ciudad, pobreza y estrés. Y de camino a la cordillera, aparecían riquezas y modernidad, con edificios grandes, altos, vidriosos; algunos incluso le llamaban Sanhattan, por su parecido al barrio de Nueva York. Ella se sentía en el medio, pero en la buena mitad, en esa parte de la comuna de Providencia. Santiago no se parecía en nada a La Habana. Los siete mil cubanos de la Región Metropolitana lo sabían muy bien.

Era abril de 2019, y Yaramil ya había viajado a Cuba dos veces en dos años. Reymil tenía de todo: un teléfono celular, una play station, una Tablet, una piscina inflable, una televisión de

¹⁷ Modismo de autobús en Cuba.

cincuenta y cinco pulgadas. Lo llevaban de aquí pa' allá todos los meses, además, porque ella enviaba remesas. A Reymil no le faltaba nada, excepto su madre.

Ella quería llevarlo a Chile. Que viajara a Viña del Mar y jugara en Fantasilandia. Los lugares de los que todos hablaban, pero que ella no conocía.

Cuando volvía de vacaciones a La Habana, le preguntaban; “Oye, chica. ¿Y qué ves de lindo en Chile?”. Ella no respondía. De lindo veía la fachada del hotel, el trabajo que le había permitido tener Fonasa y AFP, y una visa temporaria para entrar y salir cuando se le entrara en ganas, y le alcanzara la plata. No tenía idea dónde quedaba San Pedro de Atacama, la Patagonia, las Torres del Paine. No le interesaba: ella había ido a trabajar. Y en efecto, la plata alcanzaba, si es que no se dedicaba a turistar.

Su prioridad era Reymil y eso ni Carlos ni la mimá lo cuestionaban.

Entonces, gastó \$50 mil pesos chilenos en una abogada que debía asesorarla en el proceso de visa definitiva, y en otra extensiva a su hijo. Mientras tanto, gestionó el pasaje y acumuló vacaciones; quería garantizar que apenas Reymil pusiera un pie en Santiago, ella tuviera tiempo.

Esperó al teléfono. La abogada le envió un mensaje de texto: Yaramil, los papeles están en orden. Te aconsejo comprar el pasaje cuanto antes. Con todo lo que tienes, es imposible que no le den la visa tu hijo.

Yaramil enloqueció. ¡Enloqueció de alegría! Carlos estaba a su lado, y ella lo abrazó, lo llenó de besos. El frío que antes congelaba su cuerpo por el gélido invierno de Santiago desapareció por completo; se llenó de calor, júbilo, esperanzas: Reymil vendría a Chile.

La bailarina

Santiago, junio, 2019

Por sobre todo, Tamara era una mujer sincrética. Pero eso era sencillo de entender, dado su origen latinoamericano, ella le rezaba a Dios, rendía culto al ritual de los tambores de agua, originario de la zona africana de Camerún, y al mismo tiempo, le rezaba a San Juan, cuya fecha de celebración coincidía-no fortuitamente-con el solsticio de invierno en Sudamérica.

No por menos específica, su convicción era débil: El producto de sus creencias se lo debía a lo que había aprendido durante la infancia, sin embargo, era consciente de que ese menjunje remontaba su origen incluso antes, a los fenómenos históricos y sociales que habían acontecido en el territorio en que nació. Ya entre sus abuelos era tradición viajar desde el valle de Guanare, donde fue criada, hasta la costa norte del país, *Choroni*¹⁸, para celebrar la noche del 24 de junio.

El aroma de la frescura de la playa navegaba por su memoria con la fuerza que emanaba del agua; sinuosa, sublime, arrogante.

“¿Por qué se pasean por la calle con un muñeco?”, le había preguntado a su abuela cuando tenía seis años.

“No son muñecos, hija, es la figura del santo, de San Juan”.

Como ella, los venezolanos que estaban en Santiago de Chile, conservaban la misma nostalgia. El invierno había recrudecido su ánimo. Los Andes, repletas montañas de hielo y nieve, rodeaban en una encerrona la ciudad, y Tamara sentía que vivía en una especie de congelador.

De ese sentimiento nostálgico obtuvo una idea: convocó a una reunión para celebrar al santo a la venezolana.

¹⁸Ciudad en Venezuela

En el día del encuentro, ese 22 de junio, la mañana estaba helada, y había prometido estar a las 9 en la iglesia, aun sabiendo que la eucaristía comenzaba a las 10. No podía evitarlo: quería que la parroquia estuviera reluciente.

San Juan, con favor concedido, no era solamente el santo de Choroni, sino de toda Venezuela. Era el santo de su mamá, de su abuela, y de la gente antes que ellas.

Tamara le llevó flores. Las arregló en floreros de greda y puso coronas en el altar. Tendió telas de colores desde lo alto de la parroquia, infló globos, instaló guirnaldas.

Se puso a cantar:

Allá en la puerta del cielo

Allá en la puerta del cielo

Todos están celebrando

Porque mi San Juan Bautista

Del sueño va despertando

¡Ay Juan!

Su voz resonó con eco en la Santísimo Sacramento en el centro de Santiago, que se llenó en cuestión de segundos.

Los feligreses presenciaron ansiosos la eucaristía; sabían que luego de la oración vendría una fiesta.

Cuando finalizó, el párroco les pidió que desecharan las ideas de beber alcohol y fumar tabaco al interior de la iglesia: “Soy consciente de que estas son prácticas comunes de la ceremonia en Venezuela, pero no nos alejemos del sentido original: la bendición del santo”.

Tamara se fue a poner el vestido rápidamente.

Al mismo tiempo, las mujeres cogieron banderas y los hombres los tambores. En la tradición, raramente se invertían los roles de género: las mujeres bailaban y los hombres hacían la música.

Una de ellas se posó al centro, pidió atención. La multitud hizo un murmullo y se quedó en silencio. Exhibió su vestido, consciente de que la observaban, como una gata que menea la cola. Y entonces, alzó la voz. Dio comienzo al canto de sirena, el canto a capela que inaugura la fiesta del santo.

Aquí planto mi bandera,

Aquí planto mi bandera

Para que la sople el viento

Para que la sople el viento

Y te canto esta sirena

De puro agradecimiento

¡Ay Juan!

El tambor marcó su entrada y las maracas entraron despacio, sigilosas. Tamara se abrió paso, elegante. Sacó a su amigo Manuel a bailar y otras mujeres la imitaron. De pronto, los tambores aceleraron su marcha, galopando. Tamara dejó que el efecto de ese sonido se expandiera por todo su cuerpo, como en una especie de trance o ritual. Sus caderas chocaban con el aire como dos molinos de viento, remeciendo a la gente que aplaudía en un círculo hacia ella. Sus pies desnudos se deslizaban con el frío de las baldosas en el suelo, resbalando del sudor helado. Pensó que cogería una gripe, pero disfrutaba enormemente la sensación de estar atada a la tierra, la versión más natural que tenía de sí misma.

Un pañuelo en su cabeza colgaba por la espalda de su cuerpo, y se meneaba con la misma diligencia. El tambor se agitaba, y Tamara se movía grácil, desenvuelta.

Las mujeres con las banderas también aparecieron en la escena: sostuvieron un mástil delgado con ligereza, y las telas se sacudieron con velocidad.

El ambiente olía al perfume del humo santo, como si hubiesen prendido un incienso, y se mezcló con el hedor de la transpiración humana.

Los bailarines dirigían a los tamboreros. Se movían pa' allá y pa' acá y el tambor astuto, les cogía el ritmo, marcaba los pasos, los movimientos; el perfecto retrato de una relación exquisita y pasional.

La música podía ser violenta: propinaba golpes, era rápida y neutralizadora. La danza, por el contrario, demasiado insinuante. Representaba tanto festejo como lujuria: era una suerte que el párroco ya se hubiera ausentado. Los hombres alzaban los brazos cuando bailaban, y parecían gallos exhibiendo su cresta. Movían desencajados de la cintura hacia abajo, pero nada los mantenía lejos de esa ferviente expresión de dignidad.

Tamara se cansó, dio lugar a otras bailarinas. Desde fuera, la ceremonia parecía un ritual africano, y en cierta medida, lo era. El corazón le latió con fuerza, y un par de gotas se derritieron copiosas por su frente. Cayó en cuenta de que estaba sonriendo.

Cerró los ojos, y navegó por el hermoso recuerdo de la fiesta de San Juan en su memoria, un recuerdo que se situaba muy lejos de la iglesia, de Santiago, de esa parte tan alta y prominente de la cordillera. Entonces, pretenciosa y reticente, llegó fugaz: la brisa tierna del mar.

Capítulo I: *Xarop*.¹⁹

Guanare, Venezuela, 2005.

Las grandes estructuras sostenían la iluminación del escenario y se reunían al fondo en un lienzo hecho a mano: “Primer festival de solos y duetos coreográficos”. En medio del valle, a pocos kilómetros de la plaza central de Guanare, una marea de gente barullaba parejo y sereno, inundados de sudor en la inmersión del calor húmedo y pesado. La luz de atardecer bordeaba el espíritu de los cerros con color naranja y fluorescente.

Las más adultas se abanicaron, movieron los cabellos en la ausencia del viento. Los pequeños corretearon entre los árboles, persiguieron a los mosquitos.

Tras las improvisadas bambalinas, una bailarina se ajustó el vestido por la cintura. Miró de lado frente al espejo, luego el otro, luego por atrás. El corazón le latió fuerte, y el estómago vibró con melodía: estaba nerviosa. Había sido un recorrido largo hasta ese momento, el estreno de su primer solo.

La inspiración provenía de la investigación más genuina a la cual se había dedicado desde pequeña, cuando comenzó a estudiar el Joropo en la escuela de danza de su mamá.

Entró una tramoya:

“¡Cinco minutos, Tamara!”.

Al otro lado del camarín, Juan le hizo una seña torpe con la cabeza. Su barba blanca tambaleó. Él entraría al final del segundo cuadro, no podía olvidarlo. Tamara le dirigió una mirada enfática. Respiró profundamente, y se encaramó en la punta de sus pies, con los brazos en alto. Escondió las costillas, basculó la pelvis. Estaba tiritando. Repitió el ejercicio y cuando cerró los ojos, invocó dos rezos; uno a Dios, y otro a las aguas.

“¡Dos minutos!” , dijeron nuevamente desde el umbral. Ella se acercó, entonces, a la parte trasera del palco.

La música comenzó a sonar. Un antiguo ritmo de Egipto se transmitió por los parlantes. La idea era que rememorara una especie de origen árabe, emulando la conexión con la España

¹⁹ “Jarabe”

mora. Esa especie de línea cronológica, entre África y Europa, era fundamental para el argumento de esa noche. Incluso había cogido lecciones de danza del vientre.

Realizó su entrada con movimientos sinuosos de caderas, adornados por cascabeles. El tambor egipcio golpeó con insistencia. Ella marcó el tránsito de la cultura árabe hacia la andaluza, y fue explícita: puso flamenco. Las manos se enroscaron como si estuviera cogiendo frutos de los árboles y zapateó fuerte cuando sonó el cajón en la música. “¡Ole!”, dijeron desde el público.

Juan ingresó al escenario con una silla y un cuatro. La luz se posó sobre él y arpegió lentamente las cuerdas. Tenía un aspecto romántico y sensual, acentuado por su traje de ropa negra.

Cuando el hombre rasgó con velocidad, Tamara volvió a las tablas con un vestido blanco y holgado. Sus pies desnudos se movieron vertiginosos, osados, endebles. ¡Parecían de goma!

Y entonces pasó lo inesperado: entró también un bailarín al escenario, vestido de guanareño, con sombrero de paja y todo, y se puso a bailar con audacia, ardiente y viril.

La gente vitoreó: “¡brava!”, dijeron. Estallaron aplausos, gritos, le tiraron flores, ¡y todavía no terminaban!

El bailarín se marchó y Tamara redondeó con un gran final. Se giró sobre su propio eje y el vestido se abrió cual mariposa. Juan tiró el último rasgueo y ella se inclinó hacia el público.

Un animador llegó casi de bruces al escenario: “¡Tamara Gómez en Guanare!-dijo-. ¡*Xarop*, el origen del joropo, nuestra danza nacionalista²⁰! ¡Otro aplauso, por favor!”.

...

²⁰ Término con el cual Tamara se refiere a danzas tradicionales o folclóricas de Venezuela.

Capítulo II: Entrecruzadas

Santiago, Chile, 2018.

Tamara cerró los ojos mientras dejaba que el frío de mayo le recorriera los párpados y otras partes del rostro. Su pelo ondulado se levantó con el pasar del viento. Experimentó diversos aromas: perfume de café tostado, dulces, frituras. Para coronar, también sintió el humo que provenía de los autos.

Las hojas amarillas y rojas se asomaban en los árboles, ¡qué arboles! Tan delgados, escuetos, faltos de sol, vaciados de humedad. Santiago era concreto, lleno de edificios altos y modernos, y en el centro de la ciudad, era evidente que no había espacio para áreas verdes.

Los transeúntes se movieron veloces: era la 1 de la tarde, el horario de almuerzo. Las tiendas de comida rápida se repletaron por hombres en traje y mujeres en tacos. Algunos se arrinconaban a fumar. Nada parecía muy distinto a Venezuela. El centro de Caracas debía haber tenido un aspecto muy similar, al menos, hasta hace algunos años.

Del cielo caían gotas y Tamara se arrimó a la sombra de un edificio. Apenas dos minutos más tarde, se dio cuenta de que provenían de una tubería. “¡Qué asco!”, pensó. “Ahora me cae orina en el pelo...”.

“Mía, Nuria, aléjense de ahí. Vengan más cerca-solicitó-. Vengan, niñas, que ahora les cae pipí del cielo”, dijo impaciente.

Tamara se distrajo. Una mujer pasó caminando y el sonido de sus palabras rebotó con el eco del cemento: “¡No, Marco, no te puedo ir a ver a Montevideo! ¡A ver si me entiendes! Estoy juntando dinero para encontrarme con mi hijo”.

Tamara la observó. Se llenó de pudor. Había caído en cuenta de que la población afro chilena estaba principalmente en el norte, y en el resto del país, dispersa. La mujer al teléfono era una mujer afro, y entonces, Tamara dedujo que era inmigrante. La miró por dos segundos más. Su porte era grande, había algo poderoso cuando caminaba. Además, hablaba fuerte, con vozarrón. Yaramil le devolvió la mirada, suspicaz. Apenas sí entrecruzaron una mutua contemplación, pensando, experimentando un sentimiento fraternal (o más bien sororo), y fugaz, sobre todo fugaz, a ese lado de la ciudad.

...

Capítulo III: Sublime

Mérida, Venezuela, 2016.

Mía agitó el cabello de su pequeña muñeca e hizo un sonido con la boca. “Brrrr”, dijo, mientras sacudía a la Barbie. En la televisión, un ruido idéntico se expandió con la onda de un eco. Tamara se giró: la pantalla estaba encendida, con el volumen fuerte y la luz que encandilaba.

“... Un grupo élite de militares se rebeló en contra del gobierno bolivariano de Venezuela, quienes bajo el liderazgo de Óscar Pérez, atacaron con granadas el edificio del Tribunal Supremo de Justicia en Caracas, afectando también al Ministerio-dijo una periodista del canal Telesur-. El individuo-continuó-, además, transmitió un vídeo en su cuenta de Instagram, donde llama a derrocar al presidente Nicolás Maduro (...)”.

Desde el helicóptero se desprendía una especie de lienzo, un cartel colgante con un mensaje: “¡Activación del artículo 350 ya!”. El aparato pertenecía al cuerpo de seguridad de Venezuela, exhibía el símbolo nacional.

“¡Dios mío!-Tamara exclamó-. ¡Pero si este es un actor! ¡Yo lo vi en una película de acción! ¿Qué clase de montaje es este?”.

Bordeó a su esposo rápido: “¡Mira, Daniel, mira!”.

“¿Qué es?-en la pantalla se alternaban imágenes, se sucedían historias. Pero él recordó el contenido del mensaje: -Es el artículo de la Constitución que llama a la rebelión contra la autoridad-afirmó -. Es el único artículo que todos los venezolanos conocen a la perfección-encogió los hombros aludiendo una obviedad-. Y, ¿cómo no? Es el que demuestra que el poder reside en el pueblo”.

Tamara parpadeó dos veces, encogió el cuello.

“No sé, Daniel. El presunto autor es el protagonista de una película, no me acuerdo el nombre. Pero es uno bien buen mozo, alto, musculoso, moreno. Además, no solo era actor, después descubrimos que también era miembro del ejército, y de la brigada de acciones especiales-

Tamara señaló la televisión mientras mostraban un vídeo del ataque al Tribunal y reiteró su idea: -El tipo subió un video a Instagram y todo eso. Me parece muy extraño. Este hombre es actor, militar... nadie sabe para quién trabaja”.

“Se pasearon por Caracas con una pancarta de contenido político y lanzaron una granada, no me parece que trabaje para ninguna compañía de cine al menos”.

“Pues, ¡yo no sé!-Tamara continuaba escéptica- ¿Y si lo contrató el gobierno para que después no digan que no hay oposición?”.

“¿Hubo heridos?”.

“No dicen nada sobre eso, pero aparentemente no”.

“Veamos su Instagram”.

Daniel sacó el celular de su bolsillo, luego suspiró y se frotó la parte trasera de la cabeza.

“No pensé que te preocupara tanto”, le dijo ella.

“¡No, no! No es eso, es que estaba pensando en el trabajo”.

“¿Hay algún problema?”.

Él resopló. Su semblante habitualmente alegre se tornó súbitamente sombrío.

“Bastantes. La compañía está que se retira. No hay presupuesto, y la atmósfera de todo esto lo hace más difícil”, respondió. Hace meses que la empresa de cine en la cual trabajaba se encontraba en esa situación, con un pie dentro y otro lejos de Venezuela. Daniel no se sentía en ninguna posición, pues sabía que era privilegiado. Se las arreglaba para viajar mes a mes a continuar las grabaciones y se confiaba en su currículum.

Tamara quedó en silencio. La situación era extraña en todo el país, Mérida no era la excepción. El ámbito de la cultura era probablemente el más afectado. Y el trabajo de Daniel no quedaba exento.

“Estuve hablando con mi hermano...”, dijo él luego. Tamara casi podía oír el resto de la oración-. Ya sabes que está preocupado por todo lo que está pasando.

“Por supuesto-contestó ella-. Es como para preocuparse”.

Él cambió el tono: “Tamara, dice que la prensa chilena cubre cosas horribles sobre nosotros; protestas, violencia, desabastecimiento. Los índices internacionales catalogan la inflación más alta de la historia para nuestro país”.

Ella le sostuvo la mirada, impertérrita. Quería escucharlo, pero la nublaban el pánico. Se resistió para no girar la cabeza, para no interrumpirle.

Daniel continuó: “Ya sabes que él nos abre las puertas de su casa para ir a Santiago, y nos recibe en su apartamento”.

Ella desvió la mirada y la puso en la televisión, detrás del cuerpo de Daniel. La periodista explicaba los detalles del ataque y mostraba imágenes de aficionados; el helicóptero sobrevolaba con poca agilidad, más bien torpeza. Se había posado en edificios residenciales, pero a la gente parecía no haberle molestado eso, ni el ruido de las turbinas, ni de la hélice. Al contrario, un par de personas los recibió con la bandera nacional.

Los ahora ex policías estaban refugiados en un escondite, y el cuerpo de seguridad del país iba a proceder una persecución hasta dar con la ubicación.

Mientras intentaba hundirse en la historia y evitar una respuesta, porque esa declaración de su esposo contenía una pregunta, buscó en su memoria alguna razón por la cual decir que no. ¿Por qué no, en efecto, marchar del país e ir donde su cuñado? Ese pensamiento le provocaba una sensación de mal augurio. Y, sin embargo, rondaba por su cabeza como el zumbido de un mosquito.

Mérida, ¡qué nostalgia! Pensaba, de solo no estar allí. Sintió el valle desaparecer tras su larga y escueta espalda. Cerró los ojos, entró en su imaginación el fantasma del pasado: pueblos indios en la ribera del río, cosechando frutos de los árboles otrora copiosos, repletos de deliciosas frutas tropicales. El espíritu del río flotando con libertad, imperturbable.

Los indios se habían inclinado ingenuos a la majestuosidad de los europeos, habían dicho, pero Tamara discrepaba ¿Qué majestuosidad podría haber luchado contra esta, la verdadera belleza? En el fondo, sabía que era el poder el que subyugaba a los pueblos. Era el poder, y no la belleza, lo que enceguecía a los hombres, ni siquiera tanto a las mujeres, a los hombres principalmente. Les volvía tercos, obtusos, delirantes. Deseó vivir otros tiempos.

“Es verdad-dijo Daniel más tarde-. Hay un vídeo del tipo con la cara descubierta y otros lo acompañan con pasamontañas-se levantó del sofá y se dirigió a la ventana, abriendo la cortina por el rincón-. Ahora empiezan las guarimbas²¹-saltaron en el ambiente bocinazos desde el exterior. Mia, aún en el comedor, se sobresaltó-. ¡Es fácil predecir esta situación!”.

Tamara continuaba en silencio, como si estuviera buscando las palabras correctas para su reflexión.

“¿Estás bien?”, preguntó él.

“¡Sí! Estoy bien-dijo, despabilando-Estoy pensando...-elevó la cabeza hacia el techo. Y volvió la mirada hacia él-Pienso todos los días en nuestra seguridad, a decir verdad-su voz ahora sonaba seria y espesa-. Esta cosa tan sublime, de que si hablo mucho me pueden matar...-no quiso terminar su frase-. Hay niños de la edad de Mia y Nuria que están en bandas, Daniel. ¡Lo he visto en la televisión!-se energizó rápido, como de costumbre-. ¿Cómo comen, cómo hacen para vivir esos niños? ¡Mataron a un militar!-dijo, como si estuviera haciéndole un reproche. Él no se aludió: ¿Qué habrán visto esos niños que son capaces de matar?-agitó la cabeza: -¡No, no!-ahora estaba convencida:- Tenemos que marcharnos”.

...

²¹ Nombre popular asignado a las protestas en Venezuela.

Capítulo IV: Títulos

Mérida, Mayo 2017.

Una mujer con el cabello lacio y largo se miró al espejo y redondeó su boca con labial rojo. Tenía uniforme azul oscuro. Salió de la cabina del baño desganada. Eran las 7 de la mañana y ya había una fila de veinte personas en el Registro Civil de Mérida. Tamara estaba allí desde las seis y era la segunda en espera.

A las 8 abrieron las puertas y todo mundo se dispersó. Hicieron caso omiso de un hombre que hacía de guardia en la entrada y a él tampoco le importó frenar a alguien.

“Respeten el orden de la fila, por favor”, dijo con somnolencia.

Tamara cogió su bolso. Cuando tocó su turno, saludó al funcionario con cierta familiaridad, era la cuarta vez que asistía en ese mes.

“Hola, Tamara-dijo él con amabilidad. Ella sonrió-. Tus títulos apostillados no están aquí todavía-articuló las palabras con especial pesadez, como si Tamara fuera una mujer tonta-. Cuando estén listos, va a llegar una notificación a tu propia casa, o te llamaremos por teléfono”.

Tamara hizo una mueca de disgusto.

“Entiendo-contestó luego-. Es que no me llegan cartas hace meses. Tal vez hay problemas con el correo”.

“Pues, entonces, te llamaremos”, dijo, forzando cortesía.

Tamara asintió con rostro de decepción.

“Mira, de cualquier forma, puedes venir dentro de un mes-dijo el funcionario con más compasión-. Yo me aseguraré de llamarte, chama. No es necesario que vengas todos los días a checar. Está lento, y se puede tardar más de lo costumbre, hasta tres meses-y luego bajó la voz-. Por eso, nadie se anima a esperar tanto”.

“Sí, lo sé. Pero, yo no me quiero ir sin esos trámites, ¿Entiendes? Está toda mi vida...-explicó y comenzó a exasperarse-. Es que yo no podría dejarlo todo atrás así como sin intentarlo; mis títulos, mi trayectoria...”.

El funcionario respondió: “yo la llamaré, señora”.

Volvió a casa y esperó que Daniel le llamara al celular. Llevaba dos semanas de rodaje en California y no llegaría hasta tres días más, lo que a ella le dejaba gran parte de la responsabilidad sobre los papeleos. Era la misma historia lenta y prolongada con los pasaportes, que todavía tardarían ocho meses según la última vez que consultó. Aunque con algo de suerte, o más bien, de dinero, un gestor se había comprometido a resolver esos trámites con rapidez; sabía que tomaría tiempo. Lo importante, en realidad, era cuánto estarían ellos dispuestos a esperarlo. Tamara suspiró. A veces se debatía entre las ideas de resistir lo que fuese necesario, pero otras, simplemente sentía ganas de dejarlo todo.

De cualquier forma, incluso estando en Venezuela, parecía ser que sus títulos habían perdido cierto valor. Desde los cambios que se introdujeron en la universidad durante el segundo mandato de Chávez, las mallas curriculares de danza del UNEARTE se habían modificado al punto de perder toda coherencia. Había conceptos muy errados y Tamara conservaba la sospecha de que los nuevos encargados, nominados preferencialmente desde el ejecutivo, privilegiaran la prevalencia de los símbolos patrios por sobre el resguardo del patrimonio de la danza tradicional.

Puso la mirada en el valle. A las 10, la mañana era translúcida, con el sol resplandeciente, pegando fuerte. Los Andes, rocosos y ceñidos, se abrían sofisticadamente alrededor de Mérida. Tamara sabía que en Chile también existía la cordillera, que incluso llegaba hasta Santiago, tal vez más al sur.

Procuró no encadenarse con pensamientos de largo acabar. Aprovechó la luz del día y sacó una pila de papeles, los exámenes que habían rendido sus alumnos la semana anterior. Hace cuatro horas que no había electricidad y si no se apresuraba, terminaría más tarde corrigiendo trabajos con linterna.

...

Capítulo V: Vitacura, Pudahuel.

Santiago, julio 2018.

“¡Vamos, Michela, hacia la derecha!”, dijo Tamara, con la clásica actitud energética de siempre.

Michela, enmudecida, no se movió, al contrario, ni siquiera pestañeó. Parecía vaciada de pensamiento.

Tamara era paciente: “Vamos-repitió con suavidad y se acercó hacia ella-Este brazo de aquí... eso es. Y ahora... el otro... ¡Muy bien!”. Michela era grácil al bailar. Dibujó una sonrisa, pero en su rostro había cierta penumbra. La noche anterior no había dormido bien. Tenía sueños, pesadillas, más bien. Para rematar, el desayuno de esa mañana le había caído mal al estómago. Sentía una gran bola de lana pesada al centro del cuerpo. Su cabello negro se despeinó ligero y volvió a ausentarse.

“¿Qué era lo que íbamos a hacer?”, preguntó confundida.

Tamara se enterneció. Michela había padecido de epilepsia en la infancia, y en la actualidad era resistente a los medicamentos; lo cual explicaba el porqué de sus distracciones. La enfermedad estaba bajo control y salvo algunos daños cognitivos, no existían grandes afecciones. La danza había mejorado notablemente su capacidad de aprendizaje motriz.

En la música, sonaba Lisandro Aristimuño: Michela disfrutaba de sus versos, cada uno con más intensidad que el otro.

Tamara aprovechó esa fluidez y volcó la clase hacia otro lugar, menos técnico, y más gozoso. Se echaron de espaldas en el suelo y disfrutaron la música en silencio. Michela continuaba meneándose lento, y Tamara creyó oírla tararear.

“Creí desenterrar mis piernas

Y me caí en un pozo

Perdí mi capa, la más dura

Nunca dejé clavar mis penas

Todo era por el aire

Mis alas enlazaban rutas”

Del techo del gran salón de danza, colgaba una lámpara costosa y elegante. Michela la miraba prendada de su luz.

“¿Te imaginas si se cayera?”, dijo, indicándola. Tamara soltó una risa.

“Lo único que me preocupa es no llegar a dar mis clases esta tarde. ¡Son en Pudahuel!”, contestó.

“¡¿Tienes que ir desde Vitacura hasta Pudahuel?! ¡Eso es lejos! ¡Al otro lado de la ciudad!”, advirtió.

“Lo sé... es un “pique” largo, como diría un chileno. Pero, el trabajo es trabajo, chama”.

“¿Das clases allí también?”.

“Así es, pero no de afro contemporáneo como contigo, sino de ritmos latinos”.

“¡Qué interesante! ¡A mí me encantaría aprender eso!”.

“Bueno, pues un día hacemos una clase especial ¿Te parece?”.

Michela se levantó. Abrazó a Tamara momentáneamente, muy fugaz, pero suficiente para emocionarla, despertar deseos de llorar. La danza adquiriría más sentido (si pudiera eso ser posible), con ese tipo de reconocimientos.

Michela se fue ligera, ella en cambio, se sentía apesadumbrada.

A veces, en la leve sombra que ejercía la angustia (ella en general era una mujer optimista), podía observar su carrera pender de un hilo, aunque grueso, un hilo al fin y al cabo.

Su formación era vasta: socióloga, bailarina, investigadora. ¡Había hecho un documental! Había viajado hasta Camerún, y de vuelta en Venezuela realizó un montaje: “Tambores de agua”, que tenían relación con la femineidad. También enseñaba una asignatura en la universidad “Saberes populares y tradición”, pues bailaba Joropo, la danza nacional, desde los seis años.

Se miró al espejo del camarín para secarse la cara y se resistió a la tristeza. En ese presente santiaguino rotundo, con el rostro sudado, los muslos con fatiga, y a miles de kilómetros de la cosecha de toda su carrera, se sintió desvanecer como gas en el aire.

...

Capítulo VII: Migrantes

Pudahuel, Chile, septiembre 2018

La primavera había llegado a la ciudad temprana y alérgica en septiembre, el mes más corto de todos en Chile. Entre fiestas, feriados y comidas típicas, Tamara se sintió embriagada de estímulos patrios que en vez de darle la bienvenida, terminaron por confundirla.

Después de unos días, lo único “patriota” que sentía era una nostalgia irremediable por Venezuela. Cuando volvía a experimentar esa sensación repentina, a medio camino de la tristeza y la frustración, metía música típica en YouTube y por un ratito, se ponía a bailar como si estuviera celebrando la cruz de mayo, o la fiesta de San Juan. Así viajaba a Guanare, en el torbellino veloz de su imaginación.

“Yo sé que tal vez ustedes se sientan extrañados-aventuró un día, en una clase con migrantes del Centro Cultural de Pudahuel-, y extraños, a la vez. Yo me siento igual, porque yo también soy migrante-sentenció con fuerza”.

Ella misma había llegado en el momento más álgido del denominado “éxodo venezolano”. A partir del 2016, Chile se había convertido en un destino migratorio preferente (el cuarto después de Colombia, Estados Unidos y España) para las personas venezolanas, con cerca de 250 mil visas otorgadas por el gobierno, de los cuales 145 mil se tramitaron en 2018. De algún modo, esa fecha coincidía con el clímax-con un principio cuestionable y un indefinido final-de la crisis venezolana. Cerca de 2.3 millones de personas habían salido del país según los índices de la Organización Mundial de las Naciones Unidas.

“Soy como una mata que agarraron, la sacaron de la tierra y la llevaron a otro lugar-dijo Tamara, abriendo su corazón-. Es fuerte desarraigarse, es durísimo... A mí el país me botó, yo no me vine por gusto-dijo esto con una intención clarificadora. Luego adquirió un tono más reflexivo, hasta nostálgico: -Mi espacio, mis carreteras, mi gente, ese país yo lo desconozco...”.

Una veintena de personas la miraban expectantes. Había siete mujeres y cinco hombres, de diversas edades: algunos extremadamente jóvenes, otros después de los cuarenta. En su opinión, la migración era transversal.

Continuó, a pesar de que intentaba no hablar demasiado.

“Cuando llegué aquí, me liberé de algo, pero adolezco de algo también...”, su reflexión sonaba sensata, aunque su voz un poco apagada.

La primera sesión debía estar orientada a reconocer la migración como una experiencia significativa e identificar al viaje como un trayecto importante para el desarrollo de la misma.

“Me gustaría que entre todos pensáramos sobre nuestro viaje para llegar a Chile-sugirió-. De manera que podamos reconectarnos con la intención inicial de venir hasta acá (aunque pueden ser varias). Asimismo, la idea es que pensemos en el camino que tuvimos que recorrer para cumplir este propósito. Luego, veremos qué hacemos con ello; puede ser un cuento, o un cuadro de expresión corporal. Recuerden que yo soy bailarina, no oradora. ¡Los voy a hacer bailar!”, dijo después.

El grupo era tímido, pero soltó un par de carcajadas. Más tarde ese mismo día, Tamara sostendría la segunda jornada de otro taller, el de danza contemporánea experimental con mujeres. Además, el Centro Cultural le había ofrecido dar clases de ritmos latinos.

La mayoría de sus trabajos parecía tener relación directa con la trascendencia de la migración como una experiencia constitutiva. Estaba segura de que, además, la danza o la expresión corporal de cualquier índole, pudiera dotar de más sentido dicha experiencia; haciéndola, a lo menos, un poco más amena.

“Yo nunca he estado en Haití-confesó-. O en República Dominicana-dijo luego-. Pero yo creo que algo de historia en común tenemos y por eso nos encontramos aquí-pronunciaba excepcionalmente despacio, aun considerando que ella era más bien una mujer activa-. No puedo traerles a sus lugares de vuelta-esto lo dijo con pena-. Porque tampoco sé qué es lo que hace a sus países tan especiales. Lo que sí puedo hacer es compartir mi historia, que es igual de auténtica que la suya, y trabajar con los elementos que a mí me hacen olvidar dónde estoy-dijo y luego dio una premisa reformadora:- Porque creo que un excelente remedio para los migrantes es ignorar el presente. Al contrario de lo que muchos digan- sobre lo negativo de volver al pasado-para nosotros, ir al pasado puede ser fuente de inspiración, de sostén, de amor, de verdad...”, dijo, y ellos asintieron con rostros flotantes, inciertos; recordando el

horizonte imaginario por el cual se había gestado esa ingenua idea inicial; marchar, partir, migrar.

...

Capítulo VIII: El amigo de Nicolás

Mérida, Venezuela, 2017

“Señora, usted no puede estacionar aquí. Está ahí escrito”, dijo Tamara e indicó la señalización del tránsito que prohibía aparcar en el lugar.

Una mujer la miró con desdén.

“Ya me voy-contestó molesta-. En este país no se puede hacer nada”, dijo después en un murmullo.

“Señora, no me diga a mí lo que se puede o no se puede hacer en este país. Yo le estoy mostrando la señal, a mí no me han dado poder para inventar nada. Es lo que está ahí escrito”.

“¡Si hubiera...! ¡Si aquí estuviera...! ¡Si fuera otro...!-empezó la mujer, sin terminar sus frases y luego se calló. Se metió en el auto refunfuñando.

Tamara entró al frontis de la universidad pensando: “La gente con la que hay que lidiar”.

“¡Hola, señor Ramiro!-dijo saludando al portero, cambiando la mueca de disgusto en su cara-. ¿Cómo se encuentra hoy?”.

“No muy bien, chamita-respondió él. Su uniforme verde opaco no brillaba-. Estoy cansado, no he dormido bien”.

“Por suerte ya es la mitad del día-observó Tamara- ¡Ánimo!”.

“Es verdad... -contestó él, aunque con el rostro caído- ¡Antes de que se vaya, señora Tamara!-dijo súbitamente-Me pidieron que le informara a todos los profesores que por hoy la jornada será más corta-dijo, como si se tratara de una excepcionalidad-. Puede que haya guarimbas más tarde en Mérida, ya sabe, por lo del hijo de la profesora del estado de Vargas”.

“¿Qué profesora?”.

“¡Ah! ¿No lo sabe?-preguntó él y dobló un poco el cuello-. Falleció un chamo en La Carlota, muy joven, tenía 22. Era hijo de una profesora en la Universidad del Caribe, en Catia la Mar. Se llamaba Vallenilla, David Vallenilla”.

“¿Vallenilla como el presidente de la Televisora Venezolana Social? ¿Winston Vallenilla?”.

“Sí, lo mismo. Hubo un tipo que incluso dijo que el muerto era primo de Winston Vallenilla, pero yo no creo”.

“¿Y qué cree usted?”.

Él se encogió de hombros: “Pues que era un malandro que andaba en protestas”.

“De cualquier manera, es una pena que haya muerto”, acotó Tamara.

“Sí-concedió don Ramiro-. Era un tipo joven, y de buena familia, además; hijo de esta profesora. Estaba estudiando para ser enfermero”.

“¡Ah, no! ¡Qué tristeza!-exclamó Tamara, sin poder evitar conmoverse. Y luego preguntó:- ¿A qué hora dijeron que nos podemos retirar, Ramiro, lo sabes?”.

“Creo que a las 15:00, pero pregúntele al jefe”.

“Está bien. Es para saber a qué hora retiro a las niñas de la escuela”.

Tamara se marchó al baño y cogió su celular. Entró en una cabina, escrutando privacidad. En el buscador escribió “Vallenilla”: las imágenes de un hombre abatido en el suelo le provocaron malestar. Hizo click en un vídeo con las que parecían ser las declaraciones del padre del joven en la morgue. Se detuvo. No sabía por qué sentía tanta curiosidad. Tal vez era morbo. O tal vez, necesitaba más seguridad, más certeza, más fuerza al argumento de su partida.

<<Algo importante... dirigirme a mi compañero de trabajo en el metro de Caracas, Nicolás Maduro>>, decía el hombre. <<Sabes que trabajamos juntos. Soy el supervisor Vallenilla>>, reprochó.

<< ¡Nicolás!>>, sollozó. <<Claro que hubo una agresión directa contra David José, que conociste pequeño. Lo conociste en Plaza Venezuela>> dijo, haciendo alusión a que el presidente no reconocía el hecho como un ataque. << ¡Nicolás, por favor! Yo no quiero decir “que se haga justicia”, porque esas palabras ya están demasiado hechas. Pero yo quiero que esto no quede así nada más, Nicolás, por favor>>, rogó.

<<Él no era malandro, era un estudiante graduado. Hoy entregaba su dinero pa'l paquete de su graduación. Nicolás, por favor>>, repitió. <<Fui tu jefe... por favor, Nicolás. Que mi hijo no quede en vano, por favor>>.

<<Amigo, yo te digo que eres mi amigo, porque yo te respeto, porque tú eres una persona muy centrada. Siempre consideré que eras una persona centrada. Está en tus manos ayudar a que esto quede claro, que esté claro. No era malandro, no era malandro, era mi único hijo. Era mi único hijo...>>.

Se llevó las manos a la boca. El pecho saltaba en vez de latir; pudo ver el corazón traspasar la camisa. Tamara era una mujer sensible, empática. Los acontecimientos sociales no solo le pesaban, se sentía partícipe de ellos. Esa no era la excepción. Vio su encrucijada; está bien tener opiniones diferentes, desacuerdos, pensó. Ese era el espíritu de una democracia, los debates, las discusiones. Pero lo de Vallenilla parecía otra cosa.

Si a ella le preguntaban, era una mujer de izquierdas, con un vínculo humanitario. ¿Pero dónde han dejado estos tipos su humanidad? ¿Qué mierda?, pensó.

Indagó más: encontró el testimonio de Milagros Luis, la madre. Era jefa de una cátedra en la universidad, por lo tanto, presumía una conexión explícita con el gobierno. La mujer estaba compungida, pero (y con esto se sintió culpable) no estaba destrozada. No era que Tamara deseara que la mujer estuviese arruinada, sin embargo, era de esperarse dado el asesinato de un hijo. Ella, en cambio, solo dio a entender que su hijo andaba en “malos pasos” y que ella “perdonaba al militar”, porque “somos todos venezolanos”.

Tamara no comprendió. El muchacho había muerto en una guarimba en La Carlota, una base militar aérea de Caracas. Convocaron a una manifestación y mientras él participaba, un militar le disparó a quemarropa. Existían incluso fotografías del momento exacto del asesinato, que mostraban a David doblado en el piso después del impacto.

Alguien más entró al baño. Tamara se movió ágilmente para coger el celular y meterlo en la cartera. Tiró la cadena del inodoro, asustada, sorprendida en la intimidad. Fuera de la cabina, una profesora estaba lavándose las manos.

“¿Todo bien?”, le preguntó la mujer.

“¡Sí, sí!-contestó Tamara-. Nos vamos más temprano hoy”.

“Así es. ¡Pobre joven!”.

...

Capítulo IX: Autopresidente

Santiago, Chile, 2019

“Hoy 23 de enero de 2019, en mi condición de presidente de la Asamblea Nacional, invocando los artículos de la constitución bolivariana de la República de Venezuela (...)”-decía un hombre en una plaza con muchas personas a su alrededor. Tamara lo veía por la televisión. Era Juan Guaidó, hasta esa mañana presidente de la Asamblea Nacional-Ante Dios, todo poderoso, Venezuela (...) ¡Juro!-la gente armó un barullo-asumir formalmente las competencias del Ejecutivo nacional”.

Y el hombre se auto proclamó presidente.

...

Capítulo X: Río enlucrado

Chillán, Chile, Febrero 2019

Chillán, qué calor. En la velada del 18 de febrero, Tamara incluso recordó el clima caliente de Venezuela; había 30° grados pero la sensación era mucho mayor. “Es porque estás en un hoyo”, le explicaba la gente; “en Santiago es lo mismo, estás rodeado de montañas y en verano te cagas de calor”; “agradece que no vienes en invierno, ¡porque está congelado!”.

Tamara estaba lista y su vestido, impecable. Apenas malgastado por el viaje kilométrico desde Venezuela hasta la región del Ñuble; el color celeste se había opacado ligeramente. Era una suerte que no se hubiera estropeado, pues lo mandó a buscar con poca anticipación. Solo en diciembre le confirmaron que la obra “Río enlucrado” había quedado seleccionada para participar del Festival de Teatro de Chillán, que se realizaría durante las vacaciones de verano.

Río enlucrado tenía más de diez años de su primer estreno, en el Teatro Nacional Teresa Carreño, el más importante de toda Venezuela. Era una reversión de Xarop, la primera pieza artística donde experimentó con el joropo, y la cual le había permitido consolidarse como referente en la fusión de danza tradicional y contemporánea.

Había pasado el tiempo. Esa noche el escenario sería más diverso, la obra debió acotarse por la cantidad de participantes. En la audiencia no estarían sus padres ni sus hermanos. En el paisaje, los Andes tendrían un aspecto diferente; en esa parte del mundo parecían más grandes y fornidos que en Venezuela.

Una mujer entró al camarín y le avisó que luego de ese acto, sería su turno. Tamara hizo lo habitual; cerró los ojos, inhaló un respiro profundo, se encomendó a Dios, y a las aguas, las aguas de los ríos principalmente.

En un evento mágico, se vació. Vacío recuerdos, vacío memorias, vacío dolores. Incluso vació la coreografía: quería bailar con el corazón. Sentir el peso genuino de la distancia, de la ausencia, la inexplicable sensación de tristeza que la acompañaba, y que sin embargo, no le hacía perder en gracia.

Estaba detrás del palco, esperando su momento. La música era distinta, más sutil. El argumento principal era la encarnación del espíritu del río en esa esa mujer, en Tamara.

Entró con un movimiento sigiloso, la audiencia entendió rápidamente que ella era el río. Bebió agua, bailó ondulada y acuosa. Apareció un hombre, era Manuel. Se enamoraba de

ella, era evidente. Ella perdía la forma de río: ahora era una mujer. Y estallaba el joropo. Alegre ¡qué alegre es el joropo!, pensó ella. Sintió euforia en el centro de su estómago. Podían pasar los años, pero su identidad era solo una; la danza, la música. Bailar era volver a ella misma.

La gente aplaudió, entendió el concepto de la historia. Tamara se inclinó, exhausta, esperando que los aplausos tuvieran un efecto revitalizador. Apenas pudo pararse de vuelta. Estaba vacía.

La cantante

Puerto Montt, Mayo, 2018

Miranda llegaría tarde a casa ese día.

“Ne-ce-si-to-pronunció su jefa despacio, desglosando cada sílaba-que u-bi-ques, que pongas, esas ca-jas”, dijo, abriendo grande la boca y señalando amplio con sus manos.

“Sí, sí entiendo”, contestó ella. No era difícil de comprender, pero dibujó una mueca de disgusto en su cara. Ya eran las diez de la noche.

“Te las voy a pagar-indicó Sofía y frotó el dedo índice con el pulgar como confirmándolo-. Las ho-ras extras te las pa-go”, dijo, separando las sílabas nuevamente.

Miranda salió al aire frío de la noche media hora más tarde. El otoño de Puerto Montt parecía un invierno en Alaska. A esas horas, la niebla bajaba tenebrosa como una sombra sobre la ciudad. Mientras caminaba por una calle solitaria y poco iluminada, el viento con olor a sal le levantó un poco la bufanda que le cubría el rostro. A medio morir saltando, se sonrió. Era ridículo, pero esos pequeños gestos juguetones de la naturaleza le reconfortaban el espíritu.

“*Mwen te rive*, ²²Jean-dijo, cuando entró por la puerta de la casa. Esperó que Jean respondiera, pero nadie salió-¿Jean?”, preguntó nuevamente. La luz del pasillo era la única encendida y titilaba tenebrosamente, tal vez porque era necesario cambiar la ampolleta. La cabaña parecía deshabitada. Pero entonces, sucedió.

Una bota pesada la lanzó al suelo. Luego, un rugido “¿Dónde estabas?”. Una bota. “¿Te esperé dos horas!”. La bota. “¿Por qué no me llamaste?”. Tres botas, y más gritos. “¿Qué te pudo haber retenido tanto?”. La bota, los gritos. “¡Maldita, Miranda, maldita!”. Jean la golpeó fuerte. Muy fuerte, sin temor, con certeza, con alevosía. Miranda no pudo responder. Le dolía el estómago. “He llegado hasta aquí”, pensó. “Muero, lejos de mi casa, muero para siempre esta vez”. La luz se apagó definitivamente. Se quedó inmóvil en la baldosa, mientras sentía el frío colarse sereno por su cuerpo hecho moretón. Dos horas pasó allí echada, como un estropajo de tela húmedo. Cualquiera podría pasar, confundirla y meterla en un palo de escoba. No conocía a nadie. Esas dos horas se sucedieron a sí mismas como en un espiral, un laberinto.

²² Krèyol haitiano: llegué, Jean.

“Levántate”. El eco de la voz de Jean rugió como una bestia en un bosque. Miranda no escuchaba con claridad. “Levántate”, dijo, en un alarido, pero Miranda no lo hizo. “Mierda, Miranda, no me metas en problemas”.

...

“¿Escuchaste lo de la regularización extraordinaria?”, le preguntó Javier.

“¿Qué?”, respondió Melissa, sacándose un par de audífonos.

“No puedes escuchar audífonos mientras estás en la recepción, Melissa, te lo he dicho antes”, Javier la regañó.

La Marítima Hostal tenía un cartel luminoso en la puerta derecha: ABIERTO.

“Perdón, es que necesitaba escuchar algo que grabé con un amigo-él frunció el ceño-. ¡Oye!-dijo luego, cambiando el tono-. Anoche recibí gente a la una de la mañana y no te reclamé nada. Apenas dormí y no hay nadie agendado hasta las dos de la tarde-le mostró su celular-. Son las 11. Quería aprovechar un poco de tiempo libre”.

Javier no contestó. Era un jefe comprensivo, pero igualmente aprovechador. Melissa trabajaba horario completo por casa y comida, y no por dinero; y a cambio, Javier acumulaba ganancias y garantizaba que hubiese alguien en la recepción de la hostal todo el tiempo.

“Bueno, dime, ¿escuchaste lo que dijo el gobierno sobre la regularización extraordinaria? Quiero saber si tus papeles están en regla”, volvió a preguntar.

“Mis papeles están en regla-contestó ella-. Y eso deberías saberlo tú, que eres mi jefe. A mí no me gusta estar ilegal. Yo viví siete años en República Dominicana y nunca tuve problemas”.

“Lo sé, me lo has dicho. Pero quería estar seguro-rectificó-. La semana pasada la Inspección del Trabajo fue al local de un amigo, y lo clausuraron por tener gente trabajando en negro”.

“¿¿Por tener negros?!”.

“¡No!-rió-. Por tener gente ilegal, a eso me refería”.

“¡Ah! Porque si fuera así, me voy yo también de este país. O le digo algo al tipo”.

“No tengo dudas”, replicó Javier. Melissa no se había caracterizado por ser particularmente sumisa. A Javier eso le caía muy bien. Era una mujer sin prejuicios, que se esforzaba por trabajar pero no se desplumaba para ganarse la vida. Sabía poner los límites, y de hecho, a veces le generaba más problemas que comodidad. En el fondo, sabía que Melissa no se quedaría en ese puesto por mucho más tiempo.

Una mujer apareció por la puerta de entrada y Javier fulminó a Melissa con la mirada. “Viste que no tenías que ocupar audífonos”, dijo, con las cejas alzadas. Melissa lo ignoró.

“Hola, bienvenida-saludó-. ¿Cómo podemos ayudarla?”.

“¡Hola! ¡Buenos días!-los ojos saltones de la mujer destellaron- ¿Tú eres la chica haitiana que trabaja aquí?”.

“Sí-Melissa soltó una risa incómoda. Su cabello negro y rizado apenas se despeinó cuando movió la cabeza: Yo soy haitiana y trabajo en este hostel ¿Por qué?”, dijo.

“Perdón-contestó la mujer, como cayendo en cuenta de que había hecho una pregunta extraña-. Te estaba buscando... un conocido me contó que trabajas aquí y necesito tu ayuda. Te quiero ofrecer un trabajo”.

A Javier se le hincharon las orejas:

“Soy su jefe”, intervino, aparentemente ofendido.

“¡No, no! ¡Ay! Lo estoy haciendo pésimo-la mujer rodó los ojos-. Mi nombre es Sofía. Y no se trata de un trabajo como tal, es más bien un servicio-explicó-. Yo soy dueña del restorán La Casona. Una de mis empleadas es haitiana y solamente habla krèyol. Yo sé que tú hablas español...necesito que me ayudes a traducir para ella”.

Sofía gesticulaba impetuosamente con sus manos mientras hablaba. Se disculpaba demasiado pero eso no le hacía perder su carácter, que a leguas se dejaba entre ver firme y sensato. Su pelo rubio escalonado le llegaba hasta los hombros y se movía energéticamente cada vez que asentía con la cabeza. Estaba vestida de negro, y en los ojos tenía un color oscuro.

“Sí, claro que podría ayudarte. ¿Cuál es el nombre de la chica? Tal vez la conozca”.

“Se llama Miranda, y llegó hace poco al país. Yo opté por darle trabajo porque es una buena mujer, y me mostró fotos de sus hijos en Haití. La verdad es que no tiene su documentación al día, pero esperamos que con el contrato de trabajo que le ofrecí pueda tramitar la visa”.

“Sí, no debería haber problema”.

“Gracias. Realmente me será de mucha ayuda tu interpretación. ¿Me puedes acompañar al hospital?”.

“¿Ahora mismo?”

“Está trabajando”, espetó Javier.

“Lo sé, ¡perdón! Es que me urge saber si Miranda está bien. Tal vez necesita comunicarse con un familiar ¡no lo sé! Ni siquiera sé si realmente tuvo un accidente o fue otra cosa. Solo sé que dio el número del restorán cuando despertó. Llegó inconsciente al hospital”.

“¿Qué tipo de lesiones tiene?”.

“Está afectado su intestino...-Sofía respiró fuerte-. ¿Me puedes acompañar, por favor?”.

Javier se preguntó si las mujeres no estaban previamente coordinadas y coludidas en su contra. Asintió de muy mala gana y advirtió con una actitud amenazante: “Voy a esperar al cliente de las dos yo mismo, porque tengo tiempo. Pero te espero aquí a las dos y media, no más tarde. ¿Entendido?”.

Melissa se escabulló como una adolescente hasta colgarse del brazo de Sofía. Puerto Montt aparecía oscuro y nublado a esa hora de la mañana.

“Está tan helado...”, le comentó a Sofía.

“Así es Puerto Montt-concedió ella-. Imagino que Haití debe ser mucho más caluroso-dijo-. Cuéntame ¿Trabajas hace mucho en La Marítima?”, preguntó al cabo de un rato.

“Llegué hace cinco meses”.

“Hablas bien español, así que supongo que llevas más en Chile”.

“No, pero viví varios años en República Dominicana”.

“¡Ah! Qué lindo, yo fui el año anterior-recordó-. A Punta Cana, eso sí”.

Llegaron al hospital y se largó una lluvia copiosa y acelerada.

“Toma”, Sofía le mostró a Melissa un paraguas.

Melissa pensó que a ratos Sofía era excesivamente amable. “Tal vez me quiere pagar poco” se dijo.

El hospital de Puerto Montt parecía un edificio fiscal, pero tenía estructura de centro comercial. Desde dentro, la ciudad se veía entristecida, vaciada por el frío y falta de sol. En una habitación común, Miranda estaba acostada en una camilla sin ventilación mecánica. Usaba un pañuelo celeste a modo de turbante para cubrirse la cabeza y tenía un ojo hinchado y oscurecido por los golpes. Cuando vio a Melissa, le sonrió. Se saludaron en krèyol.

“Melissa, por favor dile a Miranda por qué estás aquí-dijo Sofía rápidamente-. Cuéntale que quisiera que me contara sobre lo que pasó en su accidente”.

Melissa tradujo y Miranda no tardó en contestar. Tal vez en otro tiempo, más joven, habría callado, mentido, o al menos, omitido información. Si hubiese estado en Haití, quizás no le habría dicho a nadie que tiene un novio que le ha celado, que le grita fuerte, y que le ha golpeado en más de una ocasión. Pero ese día Miranda quería sobrevivir. Quería volver a trabajar, juntar dinero para sus hijos y enviarlo a su país. Así que esa mañana, Miranda contó toda la verdad. Dijo que Jean era un tipo malo, violento, y que el día después de que despertó en el hospital, fue hasta allá para amenazarla y exigirle que no lo inculpara por su agresión.

“¡Lo sabía!-exclamó su jefa-. ¡Yo sabía que te había pasado algo grave! Esto no podía ser un accidente. El problema es que el tipo trabaja en el restorán también, ¿me entiendes, Melissa?-dijo, en una interpelación-. Y yo no puedo permitirlo, mucho menos con lo que está pasando en estos momentos”.

Melissa sabía a qué se refería. Hablaba de las manifestaciones feministas que estaban sucediendo durante ese mes en Chile, sobre todo en Santiago. Eran movimientos que habían empezado principalmente en las universidades, pero se habían extendido a todos los ámbitos; el trabajo, la desigualdad salarial... Ella se identificaba con ese discurso también. No le gustaba la idea de que un hombre se sintiera superior a ella, porque además, se consideraba

una mujer dominante. Por eso, no se doblegaba ante la sobre explotación de Javier y en el último tiempo le había pedido explicaciones de por qué no le pagaba Fonasa.

Miranda profundizó con cautela sobre su intimidad con Jean. Sofía ni siquiera sabía que eran pareja y que vivían juntos, apenas tenía una leve sospecha de su amistad en realidad. Se sintió una pésima jefa, pero lo que más le preocupaba era sentirse una pésima mujer.

“Pregúntale si quiere denunciarlo, Melissa, por favor”.

Por primera vez en toda la conversación, la mujer en la camilla titubeó. “No lo sé”, respondió primero. Sofía le dedicó una mirada muy intensa. Intentó apaciguar su voluntad de dar un sermón y escogió las palabras justas para convencerla. “Yo sé que es difícil y que tienes miedo. Pero Melissa puede traducir por ti en la fiscalía”, aseveró. “Yo voy a conseguir que tengas otro lugar donde quedarte. Ese hombre debe tener una orden de alejamiento. Miranda, por favor, tienes que hacerlo”. Sofía se sentó sobre la camilla y le cogió las manos. “Por favor...”, dijo una vez más. Miranda se sintió abrumada de su calor y se preguntó si Sofía estaría sobreactuando. Le devolvió la mirada firme y desafiante: quería algo más que palabras bonitas. Estaba cansada de las falsas promesas de la gente; “Chile es un buen país para generar dinero”, “puedes trabajar sin papeles”, “vente a mi casa, Miranda, yo te voy a proteger para que nada malo te pase”. La poesía embellecía el lenguaje hasta sonar dulce como el cauce de un río, pero la realidad de la vida podía ser feroz como un huracán.

Abrió la boca y la movió lentamente. En un susurro, intentó hablar español: -Está bien-dijo-. Lo voy a denunciar.

...

“¡Hola!-Melissa respondió tan fuerte en el teléfono, que al otro lado de la pantalla, el mayor de sus hijos se tapó los oídos.

“¡Mamá!-alegó-No me grites tan fuerte”.

Melissa rió.

“¡Perdón! ¡Es que me emociono de verte! ¿Cómo estás, hijo?”.

Pierre se veía tan grande como en la última foto que le había enviado su ex pareja hace dos semanas. Tenía sus cachetes regordetes rosados, porque había estado jugando fútbol con los amigos del barrio. A sus 7 años, se veía tan alto como un niño de diez. Se sentó de piernas cruzadas en el sillón rasgado de su casa, el mismo que Melissa heredó de su abuela materna hace veinte años, luego de que su madre muriera prematuramente. Estaba roído en el lado derecho y mal gastado por el medio, pero seguía teniendo un toque elegante.

“Mamá, ¿por qué estás con una bufanda tan grande?”, preguntó Pierre con un signo gracioso en el rostro.

“Hace frío, hijo. Estoy en un lugar donde hace mucho frío. ¿Tu papá te mostró las fotos de las montañas?”.

“¡Sí!-respondió y abrió sus ojos-. ¡Eran gigantes y tenían nieve!”.

“¡Así es! ¿Te gustaría conocer la nieve?”

“¡Sí!”

“Pues ¡yo te voy a traer, mi niño lindo! te voy a traer a Chile para que conozcas la nieve”.

“¿Cuándo va a ser eso, mamá?”.

“Falta un poco de tiempo todavía, pero apenas pueda y esté segura de que van a estar bien, lo haré. Dile a tu hermano Paul eso también, por favor”.

“Si mamá, pero no te tardes tanto”

“¿Me extrañas, amor?”.

“¡Sí, mamá!”

A ratos se asomaba también Paul, de 4 años, desde el otro lado del mundo, y del celular. Lo que prometía ser un período corto de tiempo, se había transformado en un lento e impredecible pasar.

“¿Cómo están Nguette y Marie, mamá?-le preguntaba Pierre, pensando que sus primos hermanos estaban cerca de Melissa-. No los he visto en tus fotos”.

“Estamos un poco lejos por ahora, hijo. Chile es un país muy largo. Ellos están en el centro y yo estoy en el sur”.

“¿Los irás a ver pronto, mamá? Te deben extrañar-sugirió-. ¡Tú eres su tía favorita!”.

“Claro que lo soy. Los cuidé mucho tiempo, así que sí, los iré a ver pronto-aseguró-. Ahora ve y haz tus tareas, dile a tu papá que me pase el teléfono”.

“¡Chao, mamá!”.

“Chao, dulzura mía”.

Fernand puso sus manos lánguidas alrededor de la cámara y apagó el celular. Melissa no alcanzó a decirle nada. El papá de los niños estaba enojado. No le gustaba escucharla inspirar a los niños sobre la idea de viajar a Chile. Se lo había dicho la semana anterior y ahora quedaba demostrado: no quería renunciar a sus hijos. Melissa se molestó y le escribió un mensaje: “Sabes que necesitamos hablar, Fernand. Hay cosas en las estuvimos de acuerdo ambos, tú y yo, antes de que yo viniera. Los niños tienen que estar con su madre”.

Esa negociación había sido sencilla, en comparación a otro tipo de discusiones posteriores a su separación. En la teoría, Fernand se quedaría tres meses con los niños hasta que Melissa pudiera garantizar un trabajo y una casa estables para ellos. Tal como había sido en República Dominicana; prometía un ambiente seguro para sus hijos, donde ella fuera una migrante legal. Mientras tanto, Melissa debería llevar a los hijos de su prima hermana, Nadu, a quienes había estado cuidado durante el último año, hasta Santiago de Chile. Allí los recibirían sus padres, que habían utilizado más o menos la misma fórmula; aunque doloroso, partir antes que los hijos, significaba una futura estadía responsable, en el marco de la ley.

“Lo siento, Melissa. Ya van seis meses desde que te fuiste”, le respondió él de vuelta. “Las cosas han cambiado mucho. Me quiero llevar a Pierre y Paul a los Estados Unidos”.

Melissa recibió esa noticia con la misma fuerza que un golpe de estómago. Se le cortó la respiración. Era medianoche en Haití y al día siguiente, sus hijos debían ir a la escuela. “Este estúpido no es capaz de acostarlos a la hora”, pensó.

“Sobre mi cadáver se irán a los Estados Unidos, sobre mi puto cadáver”, le dijo como única respuesta. No tenía energía para discutir, pero contaba con la certeza de que Fernand sabía que ella era una mujer de palabra.

Nada cambiaría. En el fondo, ahora solamente se sumaba una preocupación: generar dinero más rápido que él, y en eso, el viento soplaba a su favor. De lo que sí estaba segura era que con Javier como jefe, nunca iba a reunir la plata suficiente para mandar a buscar a sus hijos desde Haití a Chile. Ese puesto apenas le servía para asegurar una visa de trabajo. Si quería lograr su objetivo, tendría que dejar ese lugar rápidamente.

Se durmió con una enorme sensación de frustración en el estómago. La cabeza le daba vueltas y a veces se sentía tambalear en un barco, como si estuviera en el mar. Entre sueños, recordó que esa mañana había visto imágenes de un documental en la televisión, sobre personas que cruzaban el Atlántico desde África para llegar a Europa y escapar de las guerras. Se subían de a montones en balsas y tardaban horas, si tenían suerte, en esperar por rescate antes de llegar a la orilla. Un trayecto similar por mar desde Haití a Chile debía ser algo inimaginable. “*Ki jan teribe*”, ²³murmuró en sueños.

A la mañana siguiente, despertó con la vejiga llena. Le pesaban el cuerpo y las ideas; el barco se había transformado en un enorme crucero de mala muerte, que ejercía su fuerza a contrapeso. Fue al baño tímida de observarse en el espejo y encontrarse de vuelta la mirada de una mujer insegura, tal vez, incluso arrepentida. Estuvo apenas unos segundos cerca de compadecerse de sí misma, pero se detuvo justo en el límite. “No lo hagas, Melissa”, se dijo, pero dos lágrimas corrieron serenas por su rostro africano. No era exactamente tristeza lo que la acongojaba, sino más bien, rabia. Como era de esperarse, se encontraba nuevamente hablando sola, dándose consuelo. Es lo propio de ser huérfana en un mundo como este; sin madre, sin padre, sin país, sin tierra. Su cabello corto y rizado se perdía debajo de la peluca rubia y lisa que había llevado esa semana, como símbolo de lo que era en realidad y de lo

²³ Krèyol: Qué terrible.

que quería ser. En un soplo del viento del sur, creyó oír la voz de su abuela en un susurro: “Eres una mujer fuerte, Melissa, no te alejes de tu espíritu”. La abuela Marie siempre hablaba de los espíritus de los muertos. Decía que tenían maneras de escabullirse en los sonidos de la naturaleza; el silbido de los pájaros, el movimiento de las hojas secas. Tal vez, debiese estar más despierta.

“¡Melissa!-le gritó Javier desde el otro lado de la habitación, mientras tumbaba la puerta con golpes-. ¡Ya pues, mujer, que tenemos clientes esperando! Me tocó abrir a mí”.

Soltó un rugido de frustración y le contestó: “Dormí pésimo. Espérame, ya voy”. El chileno no insistió.

...

Puerto Montt, Julio 2018

Melissa llegó a la casa de Sofía el sábado por la tarde. Optó por ocupar el único día libre con el que contaba para terminar de preparar los documentos que presentarían en la Fiscalía de Puerto Montt. La denuncia había sido acogida hace pocas semanas y el objetivo de Miranda era conseguir una orden de alejamiento permanente.

Sofía abría su corazón con la misma facilidad con la cual se entregaba a las causas; apasionada, espiritual, justiciera. Tenía la misma flexibilidad para escuchar, y era insistente en las preguntas. Pese a que aparentaba ser una mujer extremadamente sofisticada, estaba notoriamente vacía, carente de experiencias. Las historias de Miranda y Melissa despertaban en ella vértigo y temor. Cuando las oía hablar, se sentía más cercana a la vicisitud de la vida, planeando dudosa entre el fetiche y la impresión.

“Cuéntame algo, Melissa. ¿Te gusta ese trabajo donde estás, el del hostel?”, dijo más tarde.

“Sí. Me gusta el hecho de conocer gente de todo el mundo, hablar idiomas, hacer amigos de otros países”.

“¡Ah sí!-dijo ella en una admiración-. Debe ser entretenido interactuar de esa manera...la interculturalidad es interesante”.

“Sin embargo...”, comenzó a decir Melissa.

Sofía volvió la cabeza.

“A mí en realidad me gusta la música. Es eso a lo que me quiero dedicar”.

Sofía se enterneció, como una madre. La miró amorosamente, deseando que la música fuera un terreno más estable, más parejo, menos sinuoso.

“¿Eres cantante? ¿Tocas un instrumento?”

“Soy cantante”.

“¡Como me habría gustado saber cantar!-dijo Sofía-¿Qué música te gusta?”.

“La música urbana; el hip hop, el reggae-Melissa se entusiasmaba genuinamente con ese tema-.Yo escribo mis canciones. En Haití la música es más valorada que aquí, hay muchos trabajos artísticos”, aseveró.

“¡Cuéntame más! ¿Sobre qué escribes?”.

De todo; escribo sobre lo que siento, el amor, temas sociales...lo que no me gusta son las letras donde muestran a la mujer como una cosa o un objeto. Eso no lo hago y no lo haría nunca”.

Sofía se sirvió otra taza de té y continuó haciendo preguntas.

Melissa intervino: “Yo estuve en televisión. No es difícil eso en mi país. Solo tienes que tener los contactos adecuados. Yo tenía una banda y el 2006 participamos de un programa de televisión. Nos fue muy bien y después grabamos un par de vídeos, pero tuve que dejarlos cuando me fui a República Dominicana”.

“Debe haber sido una decisión difícil-observó Sofía. Sus pestañas largas tocaban sus mejillas con mucha rapidez cuando escuchaba hablar a Melissa. Le emocionaba de sobre manera su valentía; el coraje que pasaba por sus historias tan desinteresadamente. Había dejado a dos hijos en Haití. Ella se daba cuenta de las miradas chilenas sobre ella cuando lo confesaba; casi podía oír el “mala madre”. Sin embargo, encontrar trabajo y generar dinero en su país era una verdadera travesía. “¿Qué saben en Chile, realmente, salvo quienes viven en la

pobreza (por supuesto)...? Pero, ¿Qué saben...? ¿Qué saben sobre estar desesperada por el futuro de tus hijos?”, Sofía entendió.

Melissa le contó que tenía un nombre artístico: Moon Lissa. Estaba inspirado en su propio nombre y en la relación femenina con la luna. Su sueño era poder ejercer la música libremente, y vivir de ello. De hecho, el trabajo del hostel lo había aceptado por la importancia del contrato en el trámite de la visa; sin embargo, Puerto Montt no era un foco particularmente activo en cuanto a la música. Así y todo, Melissa había conocido artistas, y grabó una canción: “No me alejes”.

Melissa partiría de Puerto Montt. Estaba esperando que finalizara el proceso de la audiencia de Miranda para irse más tranquila. Cuando Sofía le agradeció el gesto, simplemente contestó: “Así es en Haití. Nos ayudamos mutuamente. Más entre mujeres”.

...

Los primeros días de agosto, Melissa se desprendió de Puerto Montt con tristeza. Frente a otras despedidas; República Dominicana, Haití, su madre, su padre, sus hijos; la de Puerto Montt definitivamente no ocupaba el primer lugar, pero sorpresivamente tampoco el último. Sofía y Miranda sostuvieron el saludo desde el andén. Agitaron sus manos con parsimonioso gesto en el rostro; Sofía limpió sus ojos con un pañuelo.

En la televisión, detrás de sus figuras menudas, levemente difusas por la marcha en reversa del autobús, un programa matinal proponía un título: “¿Qué es el feminismo?”.

...

Puerto Príncipe, enero, 2010

El viento sopló fuerte por la mañana y sacudió un par de plantas tropicales por la tarde. Melissa se levantó luego de una larga sobre mesa y salió de la casa de Alice para encaminarse al canal de televisión. Ese día grabarían en el bloque de las 18, pero la banda le pidió llegar un poco antes y terminar de ajustar los detalles del show en vivo. Se subió a un taxi barato y se bajó justo en la esquina de un bar de mala fama con un letrero colgante en la cima. “The good music BAR” parecía estar tambaleándose peligrosamente y Melissa se preguntó si un trabajador no estaría moviéndolo desde la parte de atrás. Se acercó un poco más por el costado y entonces el letrero se desprendió completamente. Casi súbitamente, cayó en cuenta que a su alrededor, todo estaba temblando. El suelo comenzó a menearse tan estrepitosamente que no conseguía siquiera sostenerse en pie y se arrimó con torpeza hacia un poste de luz. “¡Sal de ahí!”, le gritó un hombre. “¡Te vas a electrocutar! ¡Esto es un terremoto!”. Melissa saltó rápidamente hacia la calle y corrió desesperada buscando un árbol. La tierra se estremecía a cada segundo con más fuerza y los edificios se derrumbaban como hojas en otoño, con la facilidad de quien se doblaba ante lo magnánimo e inminente. Miles de bocinas de automóviles sonaron al mismo tiempo, pero algunas personas simplemente dejaron su coche a un costado y escaparon en búsqueda de un refugio. El terremoto no cesaba y Melissa no sabía de qué sostenerse. Era quizás el momento de su vida donde se había sentido más huérfana, más abandonada, luego de la muerte de sus padres. Se preguntó si tal vez no sería ese el fin del mundo. Los mayas habían predicho algo similar solo dos años más tarde y ella se sentía al medio de un verdadero cataclismo. Divisó un árbol de lianas fuertes a diez metros y se apresuró hasta llegar a él. El rumor de la tierra era tan fuerte que Melissa juró sentir palabras, o tal vez, gritos, quizás, rezos; bramando con fuerza desde el interior del planeta. Se sostuvo firme del tronco y ayudó a más personas a acercarse. Solo segundos después, el movimiento se detuvo por completo. El desastre más grande de la historia de su país se había quedado anónimo, sin autor, como con un asesino suelto.

El entorno quedó desolado; huérfano al igual que ella. En el suelo todo yacía derrumbado y destruido. A primera vista nada se había salvado. Puerto Príncipe había sido devastado por un terremoto. Intentó orientarse para encontrar el camino a casa pero todas sus referencias habían sido arrebatadas. Se recompuso y caminó en dirección hacia el norte, pero a su lado

las personas gritaban y lloraban tan desconsoladas que era inútil concentrarse. La fraternidad surgió súbita; todos aquellos que habían conseguido medianamente refugiarse tuvieron que disponerse a colaborar y proteger a aquellos que no.

El dolor que sentía Melissa en su pecho era tan grande que por un momento pensó que iba a tragarla. Una bestia dormida había arrasado con toda la ciudad y podía volver a despertar en cualquier momento; por segundos incluso creía sentir sus ronquidos, a través de breves réplicas que se sucedían tras de sí. Pasaron cerca de 4 horas antes de que pudiera volver a casa. Cuando llegó, se enteró de que su familia la había estado buscando. Afortunadamente, su casa era de las pocas que no se había visto tan afectada como las demás de la cuadra.

Melissa sintió pena por su vecina Jacqueline, quien observaba destrozada las vigas de su hogar en el suelo. “Ahora sí que me he quedado sin nada. Primero se fue mi hijo y ahora se va mi casa, ¡Dios mío!” le había dicho en un sollozo. Tía Alice la había abrazado muy fuerte y le entregó una botella con agua de las que había estado entregando parte de las brigadas especiales del Estado. “Tranquila, Jacquie. Tu hijo no se ha ido para siempre, solo está viviendo en otro país. Ya verás cómo te viene a buscar, o te envía dinero para que reconstruyamos todo”.

Los días transcurrieron con una sensación de oscuridad permanente. Al ser la única edificación en pie del barrio, la casa de Melissa se había transformado en una especie de casa común. El ambiente estaba corroído de malos olores a causa de la falta de agua, y la comida se sentía escasa en boca de tanta gente. Aun así, Melissa se sentía a gusto de estar viva. Nadie de su familia había muerto, cuando el gobierno ya cifraba los fallecidos sobre los 100 mil. La intensidad del terremoto había sido medida en 7.0 Richter, el más alto jamás registrado por la isla. Haití parecía estar viviendo bajo la sombra de una nube gris, cada día más empobrecido, más abandonado. Los saqueos a las tiendas comerciales se transformaron en un sustento importante durante los días que sucedieron al temblor. El gobierno había sido eficiente solamente en algunos sectores de la ciudad-ni hablar del resto del país-, y la ayuda simplemente no alcanzaba. No pasaron más de 2 meses antes de que se produjera un éxodo masivo fácil de predecir: la gente comenzó a cruzar la frontera. República Dominicana se había visto solo medianamente afectada por el sismo y en consecuencia, se había

transformado (si es que ya no lo era) en el principal destino para la migración; o en ese caso tan extremo luego del terremoto, en el primer lugar de refugio.

Tía Alice tomó la decisión más temprano que tarde. Agrupó sus ropas y le encomendó a Nadu y Melissa la misión de recolectar víveres y comunicar solo a las personas más precisas sobre su viaje, entre ellas, Jacqueline. “Le voy a dejar la casa a esta mujer, que tan mal lo ha pasado en ausencia de su hijo”, declaró. La generosidad de Alice tenía sus límites: “Con un poco de suerte, será buena administradora, porque le va a tocar organizar el lugar para el resto de la comunidad que todavía no obtiene mediaguas. Por ahora no le voy a cobrar, pero cuando todo se arregle, le voy a pedir dinero, así también ella tiene con qué vivir la vida”.

El traslado de Puerto Príncipe hasta la frontera no representaba gran esfuerzo, exceptuando en esos contextos de tragedia. El contraste entre Haití y República Dominicana estaba más bien determinado por el idioma, pero eso involucraba grandes diferencias, comenzando por la interacción humana. Pese a las dificultades, Melissa se adaptó rápidamente; le gustaban las ciudades grandes como Santo Domingo, con la arquitectura colonial como resabio del pasado y la modernidad boyante que emergía del turismo. Había edificios más grandes que en Haití y en algunos puntos le parecía una ciudad relativamente más ordenada que Puerto Príncipe, pero tal vez esa visión provenía de haber dejado un país en ruinas.

Tía Alice consiguió un trabajo como cuidadora de ancianos y Nadu comenzó a salir con un haitiano que quería ser su novio, Gerry. El joven asistía regularmente a la universidad en la carrera de ingeniería, y eso despertó la curiosidad de Melissa de tal vez, iniciar una carrera profesional.

El tiempo en la escuela transcurría veloz. Ella era la sexta mujer haitiana que había ingresado en su grado, y en la escuela probablemente sería la número veinte. Eso le permitía sentirse un poco más cerca de su perla de las Antillas. Cuando escuchaba las noticias sobre el desarrollo de la crisis que había traído consigo el terremoto, no podía evitar preocuparse por sus amigos, sus compañeros, los miembros de la ex banda donde era cantante. Pocos respondían por Facebook, y otros al teléfono, pero en general, estaban bien. Habían corrido buena suerte en comparación a los miles que quedaron sin hogar alguno. Con un poco de pesar, sentía nostalgia, pero aprendió a valorar el hecho de estar con Tía Alice y Nadu. Vivían en una casa de pequeñas dimensiones, ni la mitad del tamaño de su casa en Haití. Tía Alice

las animaba a continuar sus estudios y prometió que si se comportaban bien y cumplían con ese deber, al año siguiente estarían de vuelta en Puerto Príncipe, al menos, de visita. Melissa procuró obedecer.

...

Puerto Príncipe, 2017

Nadu había partido a Chile hace exactamente un año, en ese febrero de 2017. En la presidencia de su país, Michel Martelly, cercano a la centro derecha, le dejaba el puesto a Jovenel Moise, pese a algunos cuestionamientos sobre su currículum como empresario. El joven político había sido repudiado por algunos miembros de la sociedad civil por pertenecer a un sector demasiado privilegiado de la economía, frente a miles de haitianos en la pobreza. “El país más pobre de América Latina”, solían titular los diarios dominicanos en las noticias sobre Haití, y luego agregaban “que atraviesa una crisis inminente incluso antes del terremoto de 2010”.

En el entretiempo, las ONGS pululaban coquetas por las ciudades de la isla, cobrando sueldos millonarios por actividades de voluntariado. Haití estaba hecho una hipocresía. La corrupción se había entrometido en lo más visceral de las estructuras institucionales, como una especie de metástasis imposible de frenar. No había trabajo, y entonces, no circulaba dinero. En el fondo, todos sabían que la vida se sostenía en base a la “diáspora” haitiana fuera del país, que a esa altura, sumaba cerca de dos millones de personas.

Ella misma, hasta hace solo dos años, formaba parte de ese círculo que hacía de sostén económico. Había regresado al país recientemente, en calidad de madre subrogante, con los hijos de su prima Nadu, Nguette y Marie. Tía Alice había partido a los Estados Unidos y Fernand, el papá de sus hijos, la presionaba para que volviera a Haití, pues, de manera testaruda, aseguraba que ese era el lugar donde habían nacido los niños y era, en consecuencia, donde debían estar.

En República Dominicana no quedaba nada que realmente le atrajera, salvo sus estudios en psicología. Abandonó la universidad sin muchos remordimientos, esperando retomar la carrera en otro país. Mientras tanto, sobrevivían de las remesas que enviaba Nadu desde Chile, pero para alimentar cuatro bocas hacía falta algo más.

Desde la partida de Tía Alice, quien siempre consideró como su segunda madre, se había quedado muy sola en la isla. Eso se sumaba, además, a la separación con Fernand, que había devenido en ser madre y tía soltera. Estaba cumpliendo una especie de karma, devolviéndole la mano al destino con la custodia de sus sobrinos.

Esa misma semana debía llegar el dinero para comprar los pasajes de los tres, Nguette, Marie y ella, para ir hasta Chile. Nadu había tenido dificultades para encontrar trabajo y había experimentado situaciones de abuso, que según contaba, tenían justificación en el racismo chileno. Una vez, un tipo en la calle le ofreció un “trabajo especial” siempre y cuando conversaran en una habitación de un motel del centro. Ese mismo día por la tarde, otra mujer le regaló cinco dulces porque pensaba que era pobre. Había un sentimiento de caridad innecesaria hacia los haitianos que, según Nadu, se distinguían muy fácilmente en la sociedad chilena, a leguas blanqueada en exceso.

Gerry, por otra parte, había incursionado en el área independiente con una radio online llamada Vibrasyon FM, que transmitía tanto en krèyol como en español. Estaba teniendo buena recepción y Melissa llegaría a incorporarse en el equipo de comunicaciones.

Cuando recibió el dinero, un farsante intentó defraudarla y la estafó con los pasajes. Realizó una denuncia que tardó dos semanas en fiscalía. Durante ese tiempo, Melissa aprovechó el tiempo junto a sus hijos. Se quedarían tres meses con Fernand antes de volar a Chile y reunirse con el resto de la familia. Su objetivo de llevar a sus sobrinos hasta Santiago no provenía solo por la naturaleza del favor, sino porque su instinto más genuino le indicaba que lo correcto para todos era estar cerca de la familia y en Haití, prácticamente ya no tenían a nadie.

Llegó el dinero de vuelta: compró pasajes para marzo.

...

Haití, Chile, 2019

Las protestas ciudadanas en Puerto Príncipe explotaron el siete de ese mes, en febrero. La nación que anteriormente fuera la primera de toda la región latinoamericana en independizarse, de hecho, donde surgiera la primera revolución iniciada por negros esclavizados en el territorio, arrastraba una historia republicana atravesada por la corrupción.

El presidente Jovenel Moise gobernaba en medio de una serie de cuestionamientos sobre fraude al fisco, a través de la gestión con PetroCaribe, la empresa venezolana que abastecía de petróleo a Haití. Una investigación del Tribunal de Cuentas del país incluso reveló que quince ex ministros y actuales funcionarios estaban aparentemente involucrados también.

El requerimiento del pueblo era uno: la renuncia del presidente. Moise, sin embargo, aseveró que no iba a dimitir, así las protestas continuasen. Los haitianos se molestaron. Al veintisiete de febrero la Corte Interamericana de Derechos Humanos publicó un comunicado condenando la vulneración de derechos en las manifestaciones, y señaló que la UNICEF ya registraba 26 muertos y 77 heridos.

Melissa se enteraba del conflicto por la radio online y por las fotografías en redes sociales. Fernand la había bloqueado de WhatsApp luego de una discusión donde insistía en llevarse a los niños a Estados Unidos. En el fondo, Melissa lo comprendía. A esa altura, la promesa de llevar a Pierre y Paul se había disipado peligrosamente con el paso de los días, que en ese país se acumulaban como piedrecillas a la orilla de un río.

El tiempo transcurría veloz en una ciudad como Santiago de Chile. La primera impresión de Melissa fue la de una capital en crecimiento, con mucha más tecnología que Puerto Príncipe, pero con una desigualdad que le pareció familiar. Los barrios del sector oriente eran excesivamente más modernos que los del área sur y poniente, y eso acentuaba las diferencias de clases entre chilenos y chilenas. Paradójicamente, los lugares más pobres, resultaban ser los más hostiles para los migrantes, especialmente afro descendientes. En República Dominicana había aprendido que ese hecho era común; en áreas de contextos económicos más precarios, la gente podía ser más discriminadora. En su caso, además, se cruzaban factores que para la sociedad chilena resultaban un tanto abrumadores, no obstante Santiago fuera una ciudad que apuntara a la globalización. El hecho de ser migrante, pero sobre todo,

haitiana y negra, aparecían como fenómenos en un mar de estereotipos acerca de la pobreza y la africanidad. Era extraño; ella no se encontraba a sí misma todo el día pensando en que era una mujer negra.

Por otra parte, las versiones de Nadu sobre Santiago eran reales; no era fácil encontrar trabajo. Incluso considerado que ella no se encontraba con la barrera del idioma, pues manejaba bien el español, encontró hostilidad y cláusulas de trabajo abusivas, que incluían pasar doce horas completas al servicio de los demás. El problema radicaba en que el sistema de visas estaba pensado para necesariamente adquirir un contrato de trabajo que le permitiera estar regular. A ella jamás le había gustado estar sin papeles, por el contrario, le parecía fundamental tener los documentos en regla, y sintió que debía ceder a la presión laboral. Encontró un contrato a plazo fijo en una multi tienda, pero no soportaba el horario. Cada mañana en la que entraba a esa habitación subterránea, fría y oscura, se preguntaba si no habría cometido una locura yéndose a ese país.

No desestimó la posibilidad de iniciar un negocio con la comunidad haitiana, de perfumería, belleza o productos estéticos. Comenzó a ofrecer servicio estilista a domicilio para mujeres, siempre y cuando ellas compraran el pelo. Cualquier oficio parecía mejor respecto al encierro.

Lo que sí tenía de bueno la gran ciudad, era una relativamente alta actividad cultural. Al poco tiempo de estar de regreso en el apartamento de Nadu, Melissa conoció a un cantante haitiano de ritmos urbanos que se hacía llamar Top Le Grand.

Se presentó como un hombre que veía la vida con agilidad y optimismo; tenía cierta audacia en su marcada indiferencia. Su apariencia era irreprochablemente distintiva; utilizaba bisutería con su propio nombre. Había comenzado su carrera musical tempranamente en Haití y había vivido en lugares como Francia e Inglaterra. Cuando llegó a Chile, se dedicó a la producción de bandas haitianas. A Melissa le fascinó su presencia energética fuerte y vigorosa; se trataba de un hombre que continuamente participaba en proyectos, y generaba fácilmente trabajos y ganancias.

El amor entre Moon Lissa y Top Le Grand surgió de manera rápida. Él le presentó a más artistas, productores y a una banda musical chilena que buscaba intérpretes haitianos para

trabajar un concepto de interculturalidad. Mambo Solo estaba a pocos días de grabar su primer álbum a través de financiamiento público: Santiago Vudú. Una serie de canciones inspiradas en la inmigración afro descendiente en Chile, que tendría como primer single y videoclip una canción llamada “la diáspora africana”.

“Melissa, te quiero hacer una invitación-dijo Top-. Los chicos de Mambo Solo quieren que seas parte del proyecto-señaló-, y que participes del disco. ¿Te animas a escribir canciones?”

“¡Por supuesto!”.

Se mudaron juntos a un departamento interior en la comuna de Independencia. Era una casa amplia, con varias habitaciones y más huéspedes; la cocina y el baño eran compartidos con más personas. En una ocasión, una de las mujeres que vivía en el lugar enfrentó a Melissa con un cuchillo y le gritó “negra culiá, ¿querí que te mate²⁴?”. La mujer se había comido un pollo que Melissa guardó en el refrigerador y no resistió que la cuestionaran.

“Yo tengo una habitación entera pa’ mi allá arriba-dijo más tarde otro día-. Tengo un sofá, una televisión, loza... en fin, todo lo que quisieras”.

Melissa la ignoró. ¡Lo había conseguido! Regresar a Santiago era volver a encauzar el riel que siempre quiso navegar, fuera su destino ser migrante o cualquier otro. La música era lo que realmente quería hacer, y la ciudad le había devuelto, aunque en pequeños grados, la inspiración para escribir y cantar. La experiencia de la migración parecía tener protagonismo en ese desvelo creativo y Mambo Solo le abría las puertas para volcarlo. El disco fue grabado en dos días. Eran seis integrantes entre los que había un percusionista, un guitarrista, dos cantantes principales, sintetizadores y en el rap, Melissa y Top Le Grand. La banda había incursionado en un nuevo estilo musical, poco explorado en Chile hasta ese entonces. Se trataba del “afro pop”, una mixtura de ritmos haitianos tradicionales con otros sonidos más electrónicos y contemporáneos. Ensayaban todos los miércoles en una galería artística del Barrio Italia.

²⁴ Cita textual extraída del relato de Melissa.

Mambo solo tuvo un buen recibimiento por parte de la audiencia local santiaguina en centros nocturnos y bares, y pocos meses más tarde, el centro cultural La Moneda les ofreció tocar en una jornada en torno a la migración.

“En verdad, este es el sueño de toda mi vida-le confesó Melissa a Top antes de salir al escenario-. Me gusta el momento previo del show, cuando nos arreglamos y nos entregamos al nerviosismo-dijo. El entusiasmo destellaba en sus ojos negros-. Y cuando estamos allá arriba... solo me gustaría que mis hijos estuvieran aquí para poder verlo”.

“Así será-le aseveró él, con una fuerza característica en el tono de su voz-. Estaremos todos reunidos como familia”.

Melissa sintió su estómago recogerse. Su período no había llegado ese mes.

“Confío en que sucederá...”, Melissa bajó la voz y se acercó al oído de Top, pero Hernán, el productor, los llamó a reunirse.

Durante los últimos meses, la relación entre Top y Melissa se había trasladado a un lugar más íntimo y estable. Sus rutinas solían estar en sintonía; eran miembros de la misma banda, se acompañaban en sus proyectos musicales como solistas y, además, trabajaban en la misma radio online, Alliance Inter.

El único lugar que ya no frecuentaban en conjunto era la casa de Nadu, la prima hermana de Melissa. Top y Gerry habían mantenido una discusión:

“¡Eres tozudo!”, le gritó Gerry.

“¡Y tú muy cuadrado!”, espetó el otro.

Nadu y Melissa se restaron del conflicto entre risas. Era una típica discusión ridícula, motivada por el protagonismo viril, pero inevitablemente, terminaron por distanciarse; pese a que conversaban por mensajes de texto, no se veían hace meses, y ese día, Nadu no asistió a La Moneda.

Melissa se concentró en su relación. Le confesó a Top que se sentía lejos de sus hijos, con el sueño de traerlos a Chile perdido tras el horizonte.

“Aparte del hecho del dinero-admitió-, que no me alcanza para comprarles pasajes o mantenerlos de buena manera, siento que no llegarán a un ambiente familiar, sino a una casa de refugiados”, expresó.

Tras bambalinas, Hernán les hizo formar un círculo y sostenerse de las manos. Top apretó fuertemente la mano de Melissa, y le dedicó una mirada de soslayo.

“Es bacán poder estar todos reunidos acá y presentar en este lugar, que sin duda, nos podrá traer contactos y futuro reconocimiento-declaró el director-. Gracias a todos y en especial a Top y Melissa por confiar en este proyecto. ¡Todo ha pasado tan rápido!-exclamó-. Gracias también a Haití, a la diáspora africana que es nuestra inspiración. ¡Arriba mambo solo!”.

“¡Arriba!”, dijeron todos. Melissa salió al escenario con una cuota alta de adrenalina. Tomó un sorbo de agua para no marearse.

En la audiencia, personas haitianas y chilenas vitorearon a la banda con aplausos: era el comienzo de algo extraordinario.

...

Melissa salió temprano esa mañana de su casa en Independencia. Se dirigió a un centro de salud familiar para realizarse exámenes y confirmar sus sospechas tras la ausencia de su período.

La mujer en la recepción le preguntó por sus papeles. Entre las cosas buenas que podía apreciar de Chile, estaba el hecho de que cualquier persona pudiera atenderse en un servicio de salud a través de Fonasa. El único problema era la espera; algunos chilenos argumentaban que los migrantes colapsaban los hospitales. Melissa sabía que no era verdad: el problema estaba en la estructura del sistema. No se sentía especialmente aludida con ese tipo de opiniones. En rigor, la salud no podía negarle la atención a nadie. Nadie tenía más prioridad que otro paciente, salvo los casos realmente urgentes, como accidentes o ataques cardíacos. Esperó con calma.

La noche anterior se había comunicado después de días con sus hijos. Fernand le levantó el bloqueo de su celular.

“¡Pierre, Paul!-había exclamado-. Los he extrañado tanto...-susurró con dulzura. Subió el tono del volumen de su teléfono, como si esos pequeños actos disminuyeran, aunque fuera simbólicamente, la brecha de la distancia. Se negaba a llamarlos diariamente, a ser cínica con la huella de la ausencia. Era consciente de que los niños solo recuerdan a quienes están cerca”.

La lejanía provocaba un hoyo en su memoria con el paso del tiempo. “¿Cómo serán sus rostros hoy? ¿Cómo será su aroma? ¿Habrán crecido al punto de estar irreconocibles?”, se preguntaba. “¿Preguntarán por su madre, en llantos, sumergidos en dolor? ¿Acaso su padre estará la mitad de presente de lo que estuve yo?”. Así pasaba la vida solitaria; en la angustia de ser madre y migrante. El coraje de virar lejos solo había sido la primera piedra que buscaba pavimentar un camino para ellos, por sobre todas las cosas. Pero, ¿estaban sus pequeñas conciencias alertas de ese hecho?

En el hospital, un hombre le tendió exámenes recién impresos de manera indiferente. “Señorita”, le dijo de mala gana y con voz gangosa. Melissa los cogió e intentó descifrar el lenguaje técnico.

“Disculpe-dijo, y el enfermero se giró con desdén-. Necesito saber si estoy embarazada. No entiendo lo que dice aquí. ¿Me puedes mostrar?”.

El hombre tomó los papeles de vuelta y sacó un par de lentes del bolsillo.

Suspiró:

“A ver”.

Murmuró mientras movió sus dedos veloces por las hojas. Alzó las cejas y atisbó una leve sonrisa. “Aquí”, dijo y señaló con el índice. En efecto, “prueba de embarazo”, escribía entre paréntesis. “Positivo”, indicaba en el resultado.

Un chorro de sudor frío le corrió suave por la espalda. También le sudaron las manos. Sintió calor en el rostro y se desprendió de una chaqueta. Entonces, era real. Estaba embarazada. Sería madre por tercera vez. ¿Cómo se lo tomarían Pierre y Paul? Sintió ganas de llamar a Nadu; pedir consejo, mendigar palabras. No era una noticia positiva o negativa, era simplemente una realidad, un hecho que se aproximaba. En los próximos meses, probablemente dejaría de trabajar. Así sucedía en Haití, al menos. ¿Estaría Top Le Grand dispuesto a trabajar el doble, el triple? La transpiración helada ahora le quemaba el cuerpo. Experimentó un súbito mareo, y se preguntó si no sería hipocondríaca.

“Felicidades”, musitó el enfermero con un rasgo de ironía, pero luego se alejó.

El hospital lucía ajetreado. Ella, en una pequeña salita, solita y aislada del mundo entre tantas personas caminando, se sintió reducida a un grano de sal. Llevó las manos a su vientre por un segundo. Era la parte de su cuerpo que estaba más cálida. “¿Será este mundo, este país, la sociedad entera, lo suficientemente justo para ti?”, pensó. Cogió lápiz y una pequeña libreta de su cartera: ese día escribiría otra canción.

Epílogo

-Hola, Paula²⁵. Soy estudiante de periodismo de la Universidad de Chile y estoy trabajando en mi tesis sobre mujeres negras y migración. ¿Qué te parecería reunimos en una entrevista para conversar sobre estos temas?

La mujer en el teléfono no respondió en seguida.

-Mira, no estamos dando entrevistas-dijo luego.

-Entiendo... ¿se puede saber si es por algo en especial? Me gustaría mucho conocer el trabajo que hacen desde su organización... además de la experiencia que tuvieron en la marcha por el día de la mujer afro latina y la diáspora el 25 de julio.

Al otro lado de la línea, la mujer volvió a titubear.

-Sí, pasa que todo el tiempo llegan estudiantes y gente de ciencias sociales a observar “nuestros casos”, y la comunidad continúa en el mismo lugar. ¿Se entiende?

-Claro... acojo la reflexión-digo, como para no ser conflictiva e intento enmendarme, distinguirme de los estudiantes y “la gente de ciencias sociales”. :-A mí me gustaría trabajar en un relato más humano, que se concentrara en la experiencia de ser mujer afro en Chile, y en el trabajo del posicionamiento político que han hecho en el último tiempo, para dar visibilidad, de alguna manera...

Se exasperó un poco: -Sí. Está bien, por supuesto, pero ¿cuál es el intercambio ético de esa entrevista que propones?

Ahora fui yo la que no respondió.

-¿Cómo?-pregunté después.

Seguramente se sonrió: -¿Cuál es la diferencia de una entrevista con cualquier otro método extractivista del conocimiento?-no respondí, y ella continuó:-Verás, no es mi intención ser

²⁵ Nombre falso

mal educada, pero nuestra comunidad se ve constantemente apelmazada por este tipo de estudios e investigaciones, donde las personas-aunque tengan buena intención-no hacen más que reproducir la misma lógica que tiene este sistema contra gente como nosotros: extraer. Así que, ¿cuál sería el intercambio ético de esta entrevista?

Enmudecí. Obviamente el intercambio ético era el producto periodístico, la tesis, el valor de visibilidad que le puede dar a la comunidad un documento que hable de sus historias, por muy insignificante que este pueda llegar a ser. Pero no solo era insignificante, era en realidad insuficiente. Paula consideraba que debía haber algo más, algo real.

Ella prosiguió: “La tesis es tuya. Y de hecho, tú te quedas con el título, con tu profesión. Si estás trabajando en este tema, supongo que sabes la cantidad de personas afro que no accede a la educación, o que deserta”.

“Tengo una leve noción”.

“Exacto. En cambio, nosotras ponemos el cuerpo en esa experiencia. Nuestras nociones no son leves, sino certeras”.

Por supuesto, pensé. Y es que Paula realmente no era mal educada, solo estaba exhibiendo su punto de vista. Con dejo de culpabilidad se ofreció a que nos juntáramos a conversar, en una especie de entrevista en off, pero no acerca del tema que le había propuesto, sino sobre la manera en la cual me había aproximado a la discusión. Me había invitado un café para motivar mi propia introspección y mi lugar de privilegios en una investigación sobre mujeres afro descendientes.

Y apenas algo fui comprendiendo: decir que soy una mujer blanca que no es racista sería un atrevimiento. No desde un punto de vista moral, sino desde la realidad: afirmar que todas las personas tenemos algo de racismo dentro, es equivalente al hecho de que dado el sistema patriarcal, todos y todas tenemos o manifestamos entonces esquiras del machismo y sus expresiones.

El racismo sucede y opera de la misma manera y a través de formas que se instalan con naturalidad en el lenguaje y la comunicación, como por ejemplo, en los estereotipos²⁶: “Son

²⁶ Estos son ejemplos de los comentarios en entrevistas con las mujeres de Micro Sesiones Negras.

tan bonitas las negritas; poseen belleza exótica”; “Es bueno esto de los migrantes, porque vienen a mejorar la raza chilena”; “Yo debo tener algún ante pasado medio afro, o tengo una negra dentro, porque me gustan sus ritmos, sus danzas”.

La verdad es que todas esas expresiones devienen en la reducción respecto al significado político de ser, en efecto, una persona afro. Y asimismo, son cuestiones que transforman la experiencia migratoria en algo nimio, banal. ¿Cuántas de esas personas que “vienen a mejorar la raza”, no corrieron riesgos mortales antes de llegar a Chile? ¿Cuántas de ellas no escaparon de contextos violentos, empobrecidos o precarizados?

Como el caso de Camila, la mujer cubana que conocí en la oficina de la Clínica Jurídica de Migrantes y Refugiados de la Universidad Diego Portales:

“Mira, yo llegué por coyote. Mi marido y yo le pagamos 500 dólares a un hombre, y nos cruzó desde Guyana Inglesa hasta Brasil, por el norte. No sé si ubicas que los cubanos solo podemos viajar a Guyana desde Cuba, es el único país al que nos conceden una visa”.

“Algo había escuchado²⁷”, repuse.

“Bueno, hicimos un viaje que prefiero no recordar. Qué susto pasé ¡Dios mío! Si tú supieras...nos persiguieron policías brasileños, federales. Estuvimos en una especie de camioneta, si se puede llamar así, pero ¡corriendo, mujer! Y detrás nos caía la policía. ¿Tú sabes lo que hace la policía si te coge?”.

Negué con la cabeza.

“¡Te roban! ¡Te matan! ¡Te pegan un tiro si es necesario! Todo sea por el dinero”.

Observé su mano. De la muñeca cascabeleaba una pulsera. Era santera, al igual que Yaramil, pero usaba colores diferentes; rojo y amarillo.

“Son los colores de *Ochún*-me explicó después-. La diosa del amor-dijo con una sonrisa chueca, un poco coqueta-. Yo creo que tener esta pulsera me salvó la vida”, dijo después cambiando a una voz gruesa.

²⁷ Véase crónica “La santera”.

Tal vez no fue *Ochún*, la diosa del amor, pero algo misterioso había pasado. Cuando llegó al norte chileno en 2018, no tenía visa consular para pasar por Policía Internacional y debió cruzar por un trayecto no autorizado.

“Tienes dos opciones-le advirtieron-. Si te coge la policía de investigaciones, te jodes, y con mucha suerte de Chile vas a conocer la embajada. Si en cambio, ves a los carabineros, correrás mejor destino. Los puedes distinguir porque se visten de verde”.

Camila procuró recordarlo. “Los de verde, los de verde”.

Antes de cruzar, se encomendó no solo a *Ochún*²⁸, sino a todos los *orichás*²⁹, a Dios mismo, a sus antepasados, al Presidente. Quien quiera que estuviera detrás de esta maraña.

El desierto era radicalmente diferente a Cuba; por esa parte del terreno no se oía ni por un minuto el silbido del mar.

Cuando chocaron de frente con una valla de alambre, Camila se puso en cuclillas y con Cristián, su esposo, se apearon para transportar los bolsos.

A mitad de camino, sintió el movimiento de un auto. Las instrucciones decían que debían caminar recto por varios kilómetros. No había ninguna autopista lo suficientemente cerca. El paisaje, de hecho, era más bien desolador: la brisa era escasa y el valle estaba vacío.

El sonido del auto se acentuó: “¡Alto ahí!”, oyó decir. Y lo oyó lejos, como si el sonido proviniera de un parlante. Rápidamente se echó por tierra. Las maletas se estrellaron contra el suelo: “¡Acérquese!”, gritaron nuevamente.

Alzar la vista significaba enfrentarse a la realidad. Se tardó. Quería afirmar por un segundo ese pequeño instante de incertidumbre. “Por favor, que sean los de verde”. Levantó la cabeza. No distinguió bien las figuras. Estaban opacadas por el azul intenso de las linternas.

“¡Acérquense!”, dijeron: Un hombre bajó la luz e hizo una señal con las manos.

Camila entonces distinguió letras en el vehículo “Carabineros de Chile”. “Son ellos”-pensó- “¡Son los de verde!”.

²⁸ Culto afro cubano

²⁹ Ibídem

“¡Son los de verde!-exclamó en voz alta después y se echó a correr-¡Los de verde!-dijo de nuevo. Mientras lo decía, me causaba una sensación incómoda: En Chile la connotación de Carabineros no es la mejor entre las feministas, al contrario, es difícil hacerse la idea de que pudieran representar una imagen esperanzadora.

Cuando estuvo cerca, los quiso abrazar, pero se contuvo. Sentía una extraña felicidad.

“¿Qué están haciendo aquí?”, preguntó el Carabinero.

“Estamos cruzando”, admitieron.

“Es obvio-acuñó-. Me refiero a *aquí*”, dijo, y señaló la pampa.

Camila se confundió: Indicaron que este era el trayecto.

“Me perdonan-dijo el hombre-Pero qué *conchesumadres*. Les podrían haber dado otro camino. Están en un campo minado”.

Camila entonces me miró a los ojos: Me eché a llorar-dijo. Tenía el rostro compungido en una leve mueca de dolor-.Me eché a llorar ahí, a los pies de un hombre desconocido. Acababa de pasar la muerte así, sin más, sin ninguna advertencia. Pero ¿sabes? Me eché a llorar porque me di cuenta de mi valor. Yo creo que a partir de ese momento no volví a dejar que nadie hablara de mí como una persona cobarde, como una no valiente. Porque crucé el desierto, y arriesgué mi vida.

La miré largamente, enmudecida.

“Eres, en realidad, muy valiente”, le dije, como si en alguna medida sirviera de aliento reverberarlo.

Camila buscó en su cartera. Como todos los cubanos que había conocido hasta entonces, me mostró la fotografía de su hija, que aún vivía en Cuba.

“Esa es mi niña. Bueno, ya está grandota. Esperé que cumpliera dieciocho para poder venirme... -musitó-. Pensé que no la iba a extrañar tanto. Pero ¡qué locura, chica, realmente!”.

Antes de despedirse, Camila volvió a buscar en su bolso. Me extendió su número de teléfono, y me abrazó tendidamente: “Por favor, si sabes de algún trabajo, no olvides avisarme. Estaré atenta”.

No era la única en esa búsqueda la tarde del jueves. En la facultad de derecho de la Universidad Diego Portales, solo había mujeres en la sala de espera.

Y en Cal y Canto, en otra parte de la ciudad, Juana también estaba en la misma búsqueda. Logramos contactarnos en marzo de 2019. Había cambiado de teléfono celular y le costó reencontrar mi número.

Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos e ir a almorzar, pero el día de la cita me canceló. En abril, volvió a pasar y en junio, también. Desde entonces, nos escribimos esporádicamente. Me explicó que, de repente, surgen trabajos que no puede desechar y ha coincidido con nuestra intención de encontrarnos. A veces no tiene ganas de ir a firmar a la PDI, y entonces yo me pregunto si en algún momento le podrán notificar de su expulsión, que es el proceso que tarde o temprano ocurre con todo inmigrante que está en situación irregular. Nuestro encuentro está pendiente, pero la nueva fecha se va actualizando constantemente.

La revisión constante de mis privilegios me hizo dar cuenta de que en las entrevistadas también había ciertas cuestiones que nos conectaban a partir de una cuestión socio cultural, como en el caso de Tamara. Las herramientas que le entregó la formación académica y universitaria hicieron que tuviera una opinión súper concreta sobre los elementos que cruzan la experiencia de la migración cuando es emprendida por las mujeres.

Tamara siempre fue consciente de que en el radar de las mujeres migrantes y afro, ella era bastante privilegiada: se acompañaba de su familia; su esposo e hijas-teniendo con ello contención emocional-, y además, era una mujer profesional.

Eso le permitió encontrar posibilidades de integrarse en la sociedad chilena de manera formal, con una situación migratoria regular y con la promesa de, eventualmente, reconstruir una carrera artística con los mismos estándares con los que contaba en Venezuela. En el entretiem po, eso sí, se veía a sí misma luchando con los constantes cuestionamientos de la crisis política y social venezolana.

Cuando le contaba las historias de mujeres como Juana y Melissa, por ejemplo, esos privilegios se convertían en una bofetada de realidad.

La situación de Melissa, por otra parte, cambió cuando llegó su hija, pero no de sobremanera. Continuó participando en la banda Mambo Solo, que significó una manera de desarrollarse en los ámbitos que realmente eran de su interés: la música y el arte. Me aseguró que mientras estuviera embarazada, no podría trabajar y al menos durante los primeros meses lo haría de forma independiente. Nos volvimos a juntar y me vendió un labial de la revista Avon, que fue uno de los emprendimientos que decidió ejercer dado su carácter flexible: nunca le gustó la idea de trabajar apatronada.

Y Yaramil se ha transformado en un enigma, pues no ha vuelto a responder mis mensajes. Con Yaramil solo nos encontramos dos veces (la menor cantidad respecto al resto de las otras mujeres; Tamara (5), Juana (5 entrevistas, varios encuentros), Melissa (5)). Pero fueron curiosamente más intensas que el resto. Tal vez no sería pertinente de mi parte afirmarlo, pero tiendo a creer que buscaba hablar sobre su experiencia y sus sentimientos desde hace tiempo. Sus relatos fueron honestos, precisos y en gran parte, no modificados, pues llegaron como respuestas a mis preguntas de forma natural. Con Yaramil prácticamente solo escuché, no hablé casi nada. El resto de las cuestiones culturales ahí descritas, tales como el culto a la santería, fueron los elementos que nos conectaron a partir de mi previo interés en esa materia, que funcionó, además, como una palanca de confianza.

Cuando Paula, por otra parte, me invitó el café, no llegó al encuentro. Pasaron seis meses, en diciembre de 2019 para que nos pudiéramos encontrar de “casualidad”. Ocurrió en el lanzamiento de “Diarios del Cáncer”, por Audre Lorde, con el trabajo del proyecto editorial de Ginecosofía. Cuando la escuché hablar, supe que era ella. Al acercarme, me sonrió y me dijo: “quienes se tienen que encontrar, al final se encuentran”.

De la mano de las mujeres militantes en Micro Sesiones Negras, encontré la sustancia política de la cual surgió en una primera instancia la motivación de escribir crónicas con la perspectiva de la interseccionalidad. En ese lugar habitaban tanto la pasión como la disidencia.

No fue fácil encontrarme con ninguna de las chicas de Micro Sesiones Negras, pues estaban convencidas de no dar entrevistas con fines como los míos. No sé qué pasó exactamente que después de un año de haberlas contactado por primera vez, logré una conversación extendida en el apartamento de Juliette Micolta, donde estaban también Carolina y Camila.

Fue un momento de película: las tres parecían hermanas dada su complicidad tanto política como afectiva. Era evidente que para ellas militar el feminismo negro no se separaba de la cotidianidad, al contrario, era una forma de vida en sí misma.

La semana posterior a ello, me volví a encontrar con Carolina, quien, de manera muy amable, me orientó con los elementos teóricos que podrían sustentar mi tesis presente en la introducción.

Es por ello que la manera en la cual comienza este trabajo se permite ser miscelánea: el contexto político y social fueron muy importantes a la hora de poder entender las historias de todas estas mujeres, y no podía ser expuesto de otra forma que no fuese la concreta y real. Asimismo, parte de mi convicción política y feminista es justamente la alternativa de despatriacalizar el contenido, y con ello, busqué fusionar las formas de la narrativa tradicional.

Aun así, este epílogo no busca constituir un decálogo moral o un correctivo político sobre cómo trabajar la afro descendencia y migración (no soy yo quién debería hacer esa promulgación), pero sí al menos, una alerta reflexiva. Por supuesto que la gravedad del discurso podría hacer parecer que entonces propongo que trabajemos de manera separatista y las blancas mestizas nos dediquemos a nuestros temas, y las afro o las indígenas a los de ellas. Pero no se trata de promover esa radicalidad, porque sí hay puentes que nos conectan.

Es más bien un llamado a la evaluación de nuestras formas de trabajo; la ética con la cual desplegamos una investigación. El reconocimiento a la sensibilidad de los grupos que viven contextos y circunstancias de opresión. El ejercicio empático, el cuidado del relato; evitar los fetiches, los estereotipos y la objetivización de los pueblos afro en general.

No digo con esto que yo lo haya logrado. Solamente afirmo que me di cuenta de qué maneras opera el racismo en mí. Eso no significa que me haya liberado de él.

En todas estas mujeres; Juana, Yaramil, Tamara, Melissa, Juliette, Carolina, Camila y Camila Lima (Micro Sesiones Negras), se encuentran relatos admirables, que si bien a veces no han hecho frente al racismo explícito, si les ha tocado la experiencia de vivirlo en capas mucho más profundas que la social: la constitución de su identidad. Porque, como dirán todas las mujeres de Micro Sesiones, nos desenvolvemos en una sociedad que es en esencia y en rigor, simultáneamente patriarcal y racista.

Y esos son elementos que inevitablemente también se conectan con la migración, pues según expertos y expertas (Nicolás Rojas, Víctor Hugo, Francisca Vargas, María Emilia Tijoux, Jean Claude, Andrea Castellón), radican en la promoción de un discurso que al estar centrado en la seguridad nacional, se acerca peligrosamente a la xenofobia.

Estos fueron los relatos de mujeres migrantes y afro descendientes, que en la amplia diversidad de sus historias, permitieron que yo pudiera-en una vaga medida-comprender la toxicidad con la cual opera el racismo y el discurso de anti inmigración. Estos son una especie de enemigo que se esconde muy astutamente no solo en la estructura de la institución, y en la sociedad toda, sino-y eso es lo más peligroso-en nosotres mismas. Ojalá este trabajo esté a la mínima altura de un intercambio ético justo para la comunidad de mujeres migrantes y afro descendientes en Chile.

BIBLIOGRAFÍA

Amnistía Internacional (2011), “Chile sin barreras”, Por una nueva Ley de Migración (N°15), Recuperado en:

https://tbinternet.ohchr.org/_layouts/15/treatybodyexternal/Download.aspx?symbolno=CMW%2FC%2fCHL%2fCO%2f1&Lang=en

Anuario Estadístico Nacional (2015), Estadísticas Migratorias del Departamento de Extranjería y Migración. Chile: Santiago. Recuperado en: <https://www.extranjeria.gob.cl/>

Barnet, M. (1966), *Biografía de un cimarrón*, Editorial Academia, Cuba: La Habana.

Belliard, C (2015), *Negritudes extranjeras en Chile, significaciones y estereotipos sexogénicos en torno a los inmigrantes afro latinoamericanos en Santiago de Chile*, Proyecto de Memoria para optar al Título de Antropóloga Social, proyecto Fondecyt N°1130203: Inmigrantes “negros” en Chile: prácticas cotidianas de racialización/sexualización.

Bidaseca, K (2012), *Voces y luchas contemporáneas del Feminismo Negro. Corpolíticas de la violencia sexual racializada*, Afrodescendencia, Aproximaciones contemporáneas de América Latina y el Caribe, Colección de ensayos, del Centro de Naciones Unidas para México, Cuba y República Dominicana, en el marco del año internacional de los Afrodescendientes, ONU, México. Recuperado en: <http://www.cinu.mx/AFRODESCENDENCIA.pdf>

Burguera, M; Ferrer, A, (1999) *El mundo de los Orishas*, Ediciones Aurelia, Colección Iroko

Cabrera, L, (1954), *El Monte*, Editorial Letras Cubanas, Cuba: La Habana.

Departamento de Extranjería y Migración, Migración en Chile 2005-2014. Chile: Santiago. Recuperado en: <https://www.extranjeria.gob.cl/>

Fernández, T, (2015), *Antología cubana del pensamiento antirracista*, Editorial Acana, Cuba: Camaguey.

Frantz, F, (1952), *Piel negra y máscaras blancas*, Seuil, Grove Press, Francia: Paris.

Granja, K, *Del black face y otros demonios*, Recuperado en: <https://afrofeminas.com/2017/12/25/del-blackface-y-otros-demonios/>

Jabardo, M (ed) Truth S; Wells I; Hill Collins P; Davis A; Stack C; Carby H; Parmar P; Ifekwunigwe J; Ang Ly-gate M, (2012), *Feminismos negros, una antología*, Traficantes de Sueños.

Lachateñere, R (1993), *El sistema religioso de los afro cubanos*, Colección Echú Bi, Editorial de Ciencias Sociales, Cuba: La Habana.

Martínez, J (2007), *Feminización de las migraciones en América Latina: discusiones y significados para políticas*, Seminario Mujer y Migración, Conferencia regional sobre migración, San Salvador: El Salvador.

Observatorio Iberoamericano sobre Movilidad Humana, Migraciones y Desarrollo (OBIMID) Rojas, N; Silva, C (2016), *La migración en Chile, breve reporte y caracterización*, Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones, Universidad Pontificia Comillas, España: Madrid.

Organización de las Naciones Unidas (ONU) (2017), *Situación de las personas afro descendientes en América Latina y desafíos de políticas para las garantías de sus derechos*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Chile: Santiago. Recuperado en: <http://www.mujeresafro.org/publicaciones/investigaciones/>

Ortiz, F (2015), *Epifanía de la mulatez: Historia y poesía*, Compilación y Prólogo de José A. Matos Arévalos, Colección Fernando Ortiz, Cuba: La Habana.

Rivera, F (2015), *Derechos humanos y Migración Internacional*, Serie Informe N°18-15, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Departamento de Estudios, Extensión y Publicaciones.

Rojas, N; Amode, N; Vásquez J (2015), *Racismo y matrices de “inclusión” de la migración haitiana en Chile: elementos conceptuales y contextuales para la discusión*, Polis, Revista Latinoamericana, Volumen 14, N°42 p. 217-245, Chile: Santiago.

Tijoux, M (2014), *El Otro inmigrante “negro” y el Nosotros chileno, un lazo cotidiano pleno de significaciones*, Boletín Oteaiken N°17, Recuperado en: <http://accioncolectiva.com.ar/sitio/>

Referencias

Apoyo para historia de Tamara, recuperado en: <https://es.panampost.com/sabrina-martin/2017/06/27/militares-secuestran-helicoptero-venezuela/>

Conferencia de prensa del presidente Sebastián Piñera sobre Pacto Migratorio, diciembre 2018. Recuperado en: <https://www.youtube.com/watch?v=z6BeKAUOqyA>

Discurso del presidente Sebastián Piñera en Estadio Víctor Jara, abril 2018. Recuperado en: <https://www.youtube.com/watch?v=dFZRsjegaU8>

Estadísticas sobre migración en Chile. Recuperado en: <http://www.extranjeria.gob.cl/estadisticas-migratorias/>

Estadísticas sobre afro venezolanos. Recuperado en: https://www.unicef.org/venezuela/spanish/overview_11420.html

Estadísticas sobre República Dominicana. Recuperado en:
<https://www.one.gob.do/sociales/pobreza-asistencia-social-y-condiciones-de-vida/pobreza>

Organización Mundial de la Migración (OIM). <https://rosanjose.iom.int/site/es/g-nero-y-migraci-n>

Fuentes personales

Juana

Melissa

Tamara

Yaramil

Carolina Amaral, militante en Micro Sesiones Negras.

Andrea Castellón, cientista política, Movimiento Acción Migrante (MAM).

Víctor Hugo, ex director jurídico del Servicio Jesuita Migrante (SJM), actual Jefe Regional de la oficina del Instituto Nacional de Derechos Humanos, Arica.

Juan Pablo Jarufe Bader, asesor legislativo de la Biblioteca Nacional del Congreso (BCN)

Camila Lima, militante de Micro Sesiones Negras.

José Manríquez, gestor cultural, gestor de Epicentro, espacio multicultural y artístico para migrantes.

Juliette Micolta, militante en Micro Sesiones Negras.

Jean Claude Pierre, presidente de la Plataforma Social Haitiana.

Ximena Poo, académica y periodista de la Universidad de Chile.

Nicolás Rojas, académico y sociólogo de la Universidad Alberto Hurtado.

Angeline Theosmy, militante Movimiento Mujeres Migrantes (3M).

María Emilia Tijoux, académica y socióloga de la Universidad de Chile.

Francisca Vargas, directora de la Clínica Jurídica para Migrantes y Refugiados de la Universidad Diego Portales.

Nadu, Radio Vybrasion FM.

Experiencias de formación

¿Qué es el feminismo negro?, por Micro Sesiones Negras, septiembre 2018.

Seminario en migración y derechos humanos, Museo de la Memoria y Derechos Humanos, Junio 2019.